Haruki Murakami

HOMBRES SIN MUJERES



En su obra más reciente, Haruki Murakami ofrece a los lectores siete relatos en torno al aislamiento y la soledad que preceden o siguen a la relación amorosa: hombres que han perdido a una mujer, o cuya relación ha estado marcada por el desencuentro, asisten inermes al regreso de los fantasmas del pasado, viven el enamoramiento como una enfermedad letal, son incapaces de establecer una comunicación plena con la pareja, o ven extrañamente interrumpida su historia de amor. Otros experimentan atormentados amores no correspondidos o, incluso, como en el relato protagonizado por una metamorfosis kafkiana, desconocen todavía los mecanismos del afecto y del sexo. Sin embargo, las verdaderas protagonistas de estos relatos —llenos de guiños a los Beatles, el jazz, Kafka, Las mil y una noches o, en el caso del título, Hemingway—, son ellas, las mujeres, que, misteriosas, irrumpen en la vida de los hombres para desaparecer, dejando una huella imborrable en la vida de aquellos que las han amado, o de los que, al menos, intentaron amarlas.

Haruki Murakami

Hombres sin mujeres



"Sólo el que sabe es libre,
y más libre el que más sabe…
Sólo la cultura da libertad.

No proclaméis la libertad de volar,
sino dad alas;
no la de pensar,
sino dad pensamiento.

La libertad que hay que dar al pueblo es la cultura."

Hasta entonces, Kafuku se había subido a un coche conducido por una mujer en varias ocasiones y, a su modo de ver, la manera de conducir de las mujeres podía clasificarse básicamente en dos tipos: o un poco demasiado brusca o un poco demasiado prudente. Por suerte, esta última era mucho más frecuente que la primera. En términos generales, ellas conducen con mayor prudencia y cuidado que los hombres. Desde luego, uno no tiene derecho a quejarse de que alguien conduzca con prudencia y cuidado. Sin embargo, a veces esa forma de conducir puede exasperar a los demás conductores.

Por otro lado, da la sensación de que muchas de las conductoras que pertenecen al «bando brusco» se creen que «ellas conducen bien». Se burlan de las conductoras excesivamente prudentes y se enorgullecen de no ser como ellas. Pero, cuando realizan un cambio de carril temerario, no parecen darse cuenta de que algunos de los conductores que las rodean sueltan suspiros o improperios mientras se ven obligados a utilizar el freno más de lo habitual.

También hay, por supuesto, quien no pertenece a ninguno de los dos bandos. Son mujeres que conducen con total *normalidad,* ni con demasiada brusquedad, ni con demasiada prudencia. Entre ellas, las hay bastante hábiles conduciendo. Sin embargo, incluso en esos casos, por una u otra razón Kafuku siempre notaba en ellas cierta tensión. No podría explicar de qué se trata en concreto, pero cuando va sentado al lado de la conductora percibe una «falta de fluidez» que le impide sentirse a gusto. La garganta se le reseca o se pone a hablar de cosas triviales e innecesarias para romper el silencio.

Obviamente, entre los hombres también hay quienes conducen bien y quienes no. Pero, por lo general, no le transmiten tensión. No es que vayan relajados. Seguramente también estén tensos. No obstante, parecen saber cómo separar de modo natural —tal vez inconscientemente— dicha tensión de su talante. A la vez que prestan atención a la conducción, charlan y obran con un nivel de absoluta normalidad. En resumen: una cosa es la tensión y otra el talante. Kafuku desconoce dónde radica esa diferencia.

Pensar separadamente en los hombres y las mujeres no es algo que suela hacer a diario. Apenas nota diferencias en las competencias en función del sexo. Su profesión lo obliga a trabajar con el mismo número de mujeres que de hombres y, de hecho, se siente más cómodo al trabajar con ellas. Por lo general, están atentas a los detalles y saben escuchar. Pero, en lo que concierne a conducir, cuando se sube en un coche pilotado por una mujer, en ningún momento deja de ser consciente de que es una de ellas la que lleva el volante. Esta opinión, sin embargo, nunca se la ha expresado a nadie. No le parece un tema apropiado para hablar con los demás.

Por eso, cuando le contó que buscaba un chófer particular y Ōba, el dueño del taller, le recomendó a una joven, Kafuku fue incapaz de mostrarse contento. Al reparar en su expresión, Ōba sonrió. Como si le dijera: «Sé lo que piensas».

—Escuche, señor Kafuku, le aseguro que esta chica conduce bien. Se lo garantizo. Si quiere, ¿por qué no queda con ella, aunque sea una vez, y la conoce?

—Está bien. Si tú lo dices… —repuso Kafuku.

Necesitaba un chófer lo antes posible y Ōba era un tipo de confianza. Ya hacía quince años que se trataban. Por su aspecto, Ōba recordaba a un diablillo de pelo duro como el alambre, pero, en lo tocante a coches, seguir sus consejos era ir a lo seguro.

—Por si acaso, le echaré un vistazo al alineado de la dirección y, si no encuentro ningún fallo, creo que podré entregarle el coche en perfecto estado pasado mañana a las dos. Ese día avisaré a la chica para que venga, así que ¿qué le parece si lo lleva a dar una vuelta de prueba por esta zona? Si no le convence, no tiene más que decírmelo. Conmigo no hace falta que se ande con reparos.

—¿Qué edad tiene?

—Creo que veinticinco. Aunque todavía no se lo he preguntado —reconoció Ōba. Luego frunció un poco el ceño—. Bueno, como acabo de decirle, al volante es irreprochable, pero…

—Pero ¿qué?

—Pues que… ¿cómo decirlo?, tiene algún defectillo.

—¿Por ejemplo?

—Es antipática, callada y fuma como un carretero —explicó Ōba. Cuando la vea, se dará cuenta de que no es precisamente la típica chica maja. Apenas sonríe. Y, para serle franco, creo que es un poco *feúcha*.

—Eso no importa. Si fuera una belleza, me pondría nervioso y, además, no quiero dar pie a rumores.

—Entonces creo que es perfecta.

—De todas formas, ¿seguro que conduce bien?

—Es de total confianza. Y no me refiero a «para ser mujer» ni nada por el estilo: es buena de verdad.

—¿A qué se dedica?

—Eso no lo sé. A veces trabaja de cajera en una tienda que abre las veinticuatro horas, otras como repartidora a domicilio… Al parecer, se gana la vida con trabajillos de ese tipo por periodos breves. Trabajos que enseguida deja si le surge algo con mejores condiciones. Llegó a mí por mediación de un conocido, pero ahora mismo no estamos en el mejor momento y no puedo permitirme contratar a otra empleada. Sólo la llamo cuando la necesito. Con todo, me parece una chica muy responsable. Por lo menos, no prueba el alcohol.

La mención del alcohol ensombreció el rostro de Kafuku. Un dedo de su mano derecha se alzó espontáneamente hacia sus labios.

—Entonces quedamos para pasado mañana a las dos —dijo Kafuku. Esa faceta antipática, callada y mal encarada de la chica atrajo su interés.

Dos días después, a las dos de la tarde, el Saab 900 descapotable y amarillo estaba listo. Habían reparado la abolladura en la parte frontal derecha y la habían pintado con tal minuciosidad que apenas se notaba el rasguño. Habían revisado el motor, reajustado las marchas y cambiado las pastillas de freno y las escobillas del limpiaparabrisas. Habían lavado el coche a conciencia, lustrado el volante y dado cera al salpicadero. Como de costumbre, el trabajo de Ōba era impecable. Kafuku llevaba doce años conduciendo aquel Saab, que ya pasaba de los cien mil kilómetros. La capota de lona también se veía ajada. Los días de aguacero, debía estar atento a las goteras que se formaban en las junturas. Pero de momento no tenía intención de cambiarlo por un coche nuevo. Hasta entonces nunca había tenido ninguna avería grave y, ante todo, sentía un cariño especial por aquel vehículo. Le gustaba conducirlo con la capota bajada, tanto en invierno como en verano. En invierno, se ponía al volante arropado con un grueso abrigo y una bufanda enrollada al cuello; en verano, con la gorra calada y unas gafas de sol oscuras. Disfrutaba cambiando de marcha mientras circulaba por las calles de la metrópolis y, durante la espera en los semáforos, se entretenía observando el cielo. Contemplaba el paso de las nubes y los pájaros posados sobre los cables del tendido eléctrico. Aquello se había convertido en una parte indispensable de su estilo de vida.

Kafuku rodeó lentamente el Saab inspeccionando pequeños detalles aquí y allá, como quien comprueba el estado físico de un caballo antes de la carrera.

Cuando compró aquel coche, su mujer todavía vivía. El amarillo de la carrocería lo había elegido ella. En los primeros años solían salir con él fuera de la ciudad. Puesto que ella no conducía, era Kafuku quien se ponía al volante. Habían hecho varias excursiones. A la península de Izu, a Hakone o a Nasu. Pero durante los casi diez años posteriores había conducido casi siempre solo. A pesar de que había mantenido relaciones con varias mujeres tras la muerte de su esposa, por el motivo que fuese nunca había tenido la oportunidad de sentarlas a su lado. Además, ya no salía de la ciudad, excepto cuando se lo exigía su profesión.

—Desde luego, empieza a notarse algún que otro deterioro, pero de momento todo funciona —dijo Ōba mientras pasaba suavemente la palma sobre el salpicadero como quien acaricia el cuello de un perro de raza grande—. Este coche es de fiar. Hoy en día los coches suecos son de muy buena calidad. Hay que estar atento al sistema eléctrico, pero los mecanismos básicos no presentan ningún problema. Se ve que lo ha cuidado, ¿eh?

Kafuku firmó los documentos pertinentes y, cuando el mecánico estaba

explicándole los pormenores de la factura, apareció la chica. Mediría un metro sesenta y cinco y no estaba gorda, pero era de hombros anchos y constitución robusta. En el lado derecho de la nuca se le veía un moratón ovalado del tamaño de una aceituna algo grande, aunque no parecía tener reparo en exponerlo. El cabello, moreno y abundante, lo llevaba recogido hacia atrás para que no le molestara. Se mirase por donde se mirara, no podía decirse que fuese una belleza y, como Ōba le había advertido, su gesto era muy adusto. Sus mejillas todavía conservaban algunas marcas de acné. Tenía los ojos grandes, de pupilas diáfanas, pero estaban velados por cierta expresión de desconfianza; la intensidad de su color se hallaba en consonancia con su tamaño. Las orejas, grandes y despegadas, parecían aparatos receptores instalados en una tierra remota. Llevaba una chaqueta de espiga masculina demasiado gruesa para el mes de mayo, pantalones de algodón marrones y unas Converse negras. Debajo de la chaqueta vestía una camiseta blanca de manga larga, y tenía los pechos bastante grandes.

Ōba le presentó a Kafuku. La joven se llamaba Watari. Misaki Watari.

—Misaki se escribe con *hiragana.*[0] Si hiciera falta, tengo un currículum preparado —dijo ella en un tono en cierto modo desafiante.

Kafuku negó con la cabeza.

—De momento, no es preciso que me lo des. ¿Sabes conducir con cambio manual?

—Me gusta el cambio manual —contestó ella con frialdad. Como cuando a un vegetariano acérrimo le preguntan si come lechuga.

—El coche es viejo, así que no dispone de sistema de navegación.

—No hace falta. Trabajé un tiempo de repartidora a domicilio. Tengo grabado en la cabeza hasta el último rincón de la ciudad.

—Entonces, ¿podrías llevarme a dar una vueltecita de prueba por los alrededores? Ya que hace buen día, podemos llevar la capota abierta.

—¿Adónde desea ir?

Kafuku reflexionó un instante. Estaban cerca del puente de Shi-no-hashi.

—Giras a la derecha en el cruce de Tengen-ji, estacionas en el aparcamiento subterráneo de Meidi-ya, allí compraré algunas cosas, luego subes la cuesta hacia el parque de Arisugawa, pasas por delante de la embajada francesa y te metes por la avenida Meiji. Y regresamos aquí.

—Entendido —convino ella. No le hizo falta confirmar cada paso. Y cuando Ōba le entregó la llave, lo primero que hizo la chica fue ajustar rápidamente la posición del asiento y los retrovisores. Parecía saber ya dónde se encontraba y para qué servía cada botón. Pisó el embrague y probó a meter las marchas. Se sacó unas RayBan verdes del bolsillo de la pechera y se las puso. Acto seguido, hizo un leve gesto afirmativo dirigido a Kafuku. Significaba que estaba lista—. Un reproductor de casetes —comentó como hablando consigo misma al ver el

aparato de audio.

—Es que me gustan los casetes… —dijo Kafuku—. Son más manejables que los cedés. Y así puedo practicar mis frases del guión.

—Hacía tiempo que no veía casetes.

—Cuando yo empezaba a conducir, eran cartuchos de ocho pistas —explicó Kafuku.

Misaki no dijo nada, pero a juzgar por su expresión no debía de saber qué eran los cartuchos de ocho pistas.

Como Ōba le había asegurado, la chica era una excelente conductora. Manejaba el vehículo siempre con suavidad, sin trompicones. Aunque las vías estaban congestionadas y a menudo tuvieron que esperar a que el semáforo cambiase, parecía tratar de mantener constantes las revoluciones del motor. Lo notó en los movimientos de su mirada. Pero si por un instante cerraba los ojos, Kafuku era prácticamente incapaz de percibir los cambios de marcha. Tanto era así que uno sólo conseguía darse cuenta si prestaba oído a las variaciones en el ruido del motor. También pisaba el freno y el acelerador con delicadeza y cuidado. Pero, sobre todo, lo más digno de agradecer era que la muchacha conducía relajada en todo momento. Daba la impresión de que estaba más distendida cuando conducía que cuando no. La frialdad de su semblante se atenuaba y su mirada parecía volverse un poco más cálida. Lo único que no cambiaba era su parquedad de palabras. Si no le preguntaban, no abría la boca.

Sin embargo, a Kafuku eso no le importaba demasiado. A él tampoco se le daba particularmente bien mantener conversaciones banales. No le desagradaba charlar sobre un tema sustancial con alguien con quien se entendiese, pero, si no era el caso, prefería que la otra persona guardara silencio. Recostado en el asiento del copiloto, contemplaba distraído las calles por las que transitaban. Para él, acostumbrado a ponerse siempre al volante, el paisaje urbano le resultaba novedoso desde ese punto de vista.

Cuando en la avenida Gaien-Nishi le pidió que aparcara en línea varias veces, ella se desenvolvió con precisión y eficiencia. Era una muchacha con intuición. Estaba hecha para conducir. Durante una espera larga en un semáforo, la joven encendió un Marlboro. Debía de ser su marca preferida. Tan pronto como el semáforo cambió a verde, lo apagó. Cuando conducía no fumaba. La colilla no tenía restos de carmín. Misaki tampoco se hacía la manicura, y, al parecer, apenas usaba maquillaje.

—Hay varias cosas que me gustaría preguntarte —le dijo Kafuku a la altura del parque Arisugawa.

—Pregúnteme lo que quiera —dijo Misaki Watari.

—¿Dónde aprendiste a conducir?

—Me crié en las montañas de Hokkaidō.[1] Conduzco desde los quince años, más o menos. Allí no se puede vivir sin coche. El pueblo está en un valle poco

soleado y las carreteras permanecen heladas prácticamente la mitad del año. A la fuerza aprendes a conducir bien.

—Pero me imagino que en la montaña no podrías practicar el estacionamiento en línea, ¿no?

Ella no contestó. Quizá porque era una pregunta tan estúpida que no necesitaba respuesta.

—¿Te ha contado Ōba por qué necesitaba urgentemente un chófer?

Misaki, sin dejar de mirar hacia el frente, respondió con voz monótona:

—Es usted actor y ahora mismo actúa en un teatro seis días a la semana. Va en su propio coche. No le gustan el metro ni los taxis. Porque quiere ensayar el guión dentro del coche. Pero hace poco tuvo un accidente por colisión y le han retirado el carnet de conducir. Se debió a que había consumido un poco de alcohol y a que tenía problemas de visión.

Kafuku asintió. Era como oír hablar sobre un sueño ajeno.

—Al pasar el examen oftalmológico que la policía le prescribió, le detectaron síntomas de glaucoma. Al parecer, hay un punto ciego en su campo visual. En la esquina derecha. Aunque usted todavía no se había dado cuenta.

Dado que la cantidad de alcohol no había sido excesiva, lo de conducir ebrio había conseguido mantenerlo en secreto. Había procurado que no trascendiese a los medios de comunicación. Pero en cuanto a los problemas de visión, la agencia de actores no podía hacer la vista gorda. Si seguía así, corría el riesgo de que algún coche se aproximara desde atrás por el lado derecho,[2] que entrase en el ángulo muerto y él no lo viese. Le habían ordenado no ponerse al volante hasta que obtuviera mejores resultados en las revisiones médicas.

—Señor Kafuku —le dijo Misaki—. ¿Puedo llamarle así? ¿Es su verdadero apellido?

—Sí, lo es. Suena bien, pero me parece que no trae ningún beneficio en particular,[3] porque entre mis familiares no hay una sola persona de la que pueda decirse que sea rica.

Se hizo un silencio. Luego Kafuku le anunció el sueldo que le pagaría por ser su chófer particular durante un mes. No era mucho. Pero era cuanto la agencia podía pagar. Aunque el nombre de Kafuku gozase de cierta popularidad, no solía hacer de protagonista en películas o series de televisión y los ingresos que obtenía con el teatro eran limitados. Para la clase de actor que era, contratar a un chófer particular, aunque sólo fuese por unos pocos meses, resultaba ya un lujo excepcional.

—Mi horario de trabajo varía en función de la agenda, pero como últimamente me centro en el teatro, por lo general no trabajo por las mañanas. Puedo dormir hasta el mediodía. Por las noches procuro terminar a las once como muy tarde. Cuando necesito un coche a horas más avanzadas, llamo a un taxi. Procuro tomarme un día de descanso a la semana.

—Me parece perfecto —dijo Misaki sin más.

—No creo que el trabajo en sí sea demasiado pesado. Lo más duro quizá sea, en cambio, los tiempos de espera sin hacer nada.

Misaki no hizo ningún comentario. Simplemente mantuvo los labios apretados. Ese gesto indicaba que había soportado cosas mucho más duras en las montañas.

—No me importa que fumes siempre que la capota vaya abierta. Pero cuando esté bajada, no quiero que lo hagas —le dijo Kafuku.

—Entendido.

—¿Alguna condición por tu parte?

—Ninguna en especial. —Misaki entornó los ojos y, tomando lentamente aliento, redujo de marcha. Luego añadió—: Es que me ha gustado este coche.

El resto del tiempo lo pasaron en silencio. Al regresar al taller mecánico, Kafuku llamó a Ōba y en un aparte le dijo: « Queda contratada» .

Al día siguiente, Misaki se convirtió en la chófer particular de Kafuku. A las tres y media de la tarde se presentaba en el apartamento de él en el barrio de Ebisu, sacaba el Saab amarillo del aparcamiento subterráneo y llevaba al actor hasta un teatro en Ginza. Si no llovía, dejaba la capota abierta. En el camino de ida, Kafuku siempre se sentaba al lado de la conductora y recitaba en voz alta el guión al ritmo de la casete. Era *El tío Vania,* de Antón Chéjov, en una adaptación ambientada en el Japón de la era Meiji.[4] Él interpretaba el papel del tío Vania. Había memorizado a la perfección todo el texto, pero aun así necesitaba repasarlo a diario para sentirse tranquilo. Era una costumbre que practicaba desde hacía mucho.

De regreso solía escuchar cuartetos de cuerda de Beethoven. Le gustaban, básicamente, porque de esa música nunca se hartaba y además resultaba propicia para reflexionar o bien para no pensar en nada mientras la escuchaba. Cuando le apetecía algo más ligero, ponía viejo rock estadounidense. Los Beach Boys, The Rascals, los Creedence, The Temptations. Música que había estado de moda cuando él era joven. Misaki nunca manifestaba su opinión sobre la música que Kafuku escogía. Él era incapaz de juzgar si a ella le gustaba, le resultaba insufrible o si ni siquiera le prestaba atención. Era una muchacha que no exteriorizaba sus emociones.

Normalmente, si había alguien al lado se ponía nervioso y era incapaz de repasar el guión en voz alta, pero la presencia de Misaki no lo perturbaba. En ese sentido, Kafuku agradecía la inexpresividad y sobriedad de la chica. Aunque declamase sus frases del guión, ella se comportaba como si nada le entrara en los oídos. O a lo mejor era que realmente no le entraba nada. Siempre iba concentrada en la carretera. O quizá fuera que estaba inmersa en una dimensión zen especial inducida por la conducción.

El actor tampoco tenía ni idea de qué pensaba Misaki de él. Ni siquiera sabía si sentía al menos un poco de simpatía hacia él, si le traía sin cuidado o si le tenía tal aversión que se le crispaban los nervios y sólo aguantaba porque necesitaba el trabajo. Pero a Kafuku poco le importaba lo que ella pensase. Le gustaban la suavidad y el rigor en su modo de conducir, y también el hecho de que no hablase demasiado ni manifestase sus sentimientos.

En cuanto terminaba la función, Kafuku se desmaquillaba, se cambiaba de ropa y abandonaba enseguida el teatro. No le gustaba remolonear. Además, apenas tenía amistades entre sus colegas de trabajo. Llamaba con el móvil a Misaki para pedirle que acercase el coche a la entrada reservada para los artistas. Cuando salía, el Saab descapotable amarillo estaba esperándolo. Y pasadas las diez y media se hallaba de vuelta en su apartamento de Ebisu. La misma rutina se repetía prácticamente a diario.

A veces también realizaba otros trabajos. Una vez por semana tenía que desplazarse hasta una cadena de televisión de la ciudad para el rodaje de una serie. Era una serie policiaca mediocre, pero gozaba de una alta cuota de audiencia y le pagaban bien. Kafuku interpretaba a un vidente que ayudaba a la detective protagonista. A fin de meterse en el papel, había salido varias veces disfrazado a la calle y se había hecho pasar por adivino que leía la suerte a los viandantes. Incluso se había corrido la voz de que solía acertar. Ya por la tarde, tan pronto como terminaba la grabación, se dirigía a toda prisa al teatro en Ginza, arriesgándose a llegar tarde. Los fines de semana tenía función matinal y luego impartía clases nocturnas de interpretación en una escuela de formación para actores. A Kafuku le gustaba orientar a la gente joven. En todos los desplazamientos conducía ella. Misaki lo llevaba sin el menor problema a cada lugar en función del horario, y Kafuku ya se había habituado a ir sentado a su lado en el Saab. De vez en cuando, incluso se quedaba profundamente dormido.

Cuando el tiempo se volvió más cálido, Misaki cambió la chaqueta masculina de espiga por otra más fina de verano. Para conducir siempre llevaba una de las dos chaquetas. Tal vez fuese el sustituto del uniforme de chófer. Ya en la temporada de las lluvias torrenciales, circulaban muchas más veces con la capota bajada.

Mientras iba en el asiento del copiloto, Kafuku solía pensar con frecuencia en su difunta esposa. Por algún motivo, desde que Misaki trabajaba para él como chófer, había empezado a acordarse a menudo de ella. Su mujer, que también había sido actriz, era dos años más joven que él y muy bella. Kafuku había acabado encasillado como «actor de carácter» y gran parte de los papeles que le proponían eran de personajes secundarios con alguna singularidad. Tenía la cara ligeramente alargada, y el cabello había empezado a escasearle ya de joven. No estaba hecho para papeles protagonistas. En cambio, su mujer era una actriz guapa en toda regla, y tanto los papeles como el caché que le ofrecían

estaban acordes con su belleza. Con el paso de los años, sin embargo, había acabado siendo él quien había cosechado la fama entre el público por su personal técnica interpretativa. En cualquier caso, ambos reconocían el estatus del otro, y la celebridad o la diferencia de ingresos jamás había sido un problema.

Kafuku la amaba. Se había sentido fuertemente atraído por ella justo desde el momento en que la conoció (a los veintinueve años), sentimiento que había permanecido invariable hasta el día que ella murió (entonces él ya había cumplido los cuarenta y nueve). Mientras su matrimonio duró, jamás se acostó con otra mujer. No era que no hubiera tenido ocasión, sino que nunca había sentido el deseo de hacerlo.

Sin embargo, ella sí se acostaba a veces con otros. Que él supiera, los amantes habían sido, en total, cuatro. O, al menos, había mantenido relaciones sexuales de manera regular con cuatro hombres. Ella, como es obvio, nunca se lo había revelado, pero él, en cada ocasión, enseguida se había dado cuenta de que estaba haciendo el amor con otro hombre en alguna otra parte. Kafuku siempre había tenido intuición para esas cosas y, cuando uno ama de verdad, es difícil no percibir las señales. Incluso, por el tono que su mujer empleaba al hablar de ellos, adivinó fácilmente quiénes eran los amantes. Todos eran, sin excepción, coprotagonistas de las películas en las que actuaba. Y la mayoría más jóvenes que ella. La relación duraba lo que duraba el rodaje y por lo general acababa de forma espontánea una vez terminado éste. El patrón se había repetido cuatro veces.

En su momento, Kafuku no había logrado entender por qué había tenido que acostarse con otros. Y seguía sin entenderlo. Desde que se habían casado, siempre habían mantenido una buena relación tanto conyugal como de compañeros de vida. Si tenían tiempo libre, charlaban sincera y apasionadamente sobre mil cosas; intentaban confiar el uno en el otro. Él estaba convencido de que congeniaban tanto a nivel psicológico como sexual. Además, en su entorno los consideraban una pareja ideal y bien avenida.

Ojalá se hubiera atrevido a preguntarle, cuando aún estaba viva, la razón por la que, a pesar de todo, se había acostado con otros. A menudo pensaba en ello. En realidad había estado a punto de interrogarla: ¿qué buscabas en ellos? ¿Qué me faltaba a mí? Fue pocos meses antes de que falleciera. Pero al final no tuvo valor para abordar el asunto ante una mujer que, atormentada por fuertes dolores, luchaba contra la muerte. Y ella desapareció del mundo en que él vivía sin haberle dado ninguna explicación. Preguntas no formuladas y respuestas no concedidas. En eso pensaba hondamente Kafuku mientras recogía en silencio las cenizas de su esposa en el crematorio. Tan hondamente que no oyó que alguien le hablaba al oído.

Desde luego le resultaba penoso figurarse a su mujer en brazos de otros hombres. Era normal que le doliera. Al cerrar los ojos, imágenes concretas

afloraban y desaparecían en su mente. No quería imaginárselo, pero no podía evitarlo. Su imaginación lo desmenuzaba lentamente y sin piedad, como si fuera un afilado cuchillo. A veces incluso se decía que ojalá no hubiese sabido nada. Pero el principio de que el saber está por encima de la ignorancia en cualquier situación constituía la base de su manera de pensar y su postura ante la vida. Por muy doloroso que resultase, debía saberlo. Porque sólo el saber fortalece a las personas.

Todavía más penoso que imaginar, sin embargo, era tener que fingir una vida normal y corriente para que su mujer no se diese cuenta de que él conocía su secreto. Esbozar siempre una plácida sonrisa mientras de su pecho desgarrado manaba una sangre invisible. Atender los quehaceres cotidianos como si nada ocurriera, mantener conversaciones casuales y hacerle el amor en la cama. Aquello habría superado a cualquier persona normal, de carne y hueso. Pero Kafuku era un actor profesional. Se ganaba el pan distanciándose de su cuerpo de carne y hueso para interpretar. Y se metió de lleno en el papel. Un papel sin espectadores.

Por lo demás —es decir, exceptuando el hecho de que su mujer se acostaba a escondidas con otros de cuando en cuando—, su vida conyugal era bastante plena y sin incidentes. A los dos les iba bien en lo profesional y gozaban de estabilidad económica. A lo largo de los cerca de veinte años de vida en común habían practicado el sexo un sinfín de veces y siempre había sido satisfactorio, al menos para Kafuku. Tras el repentino fallecimiento de su esposa debido a un cáncer de útero, había conocido a varias mujeres con quienes, dejándose llevar, había compartido lecho. Pero no había vuelto a experimentar el placer íntimo que le habían reportado los encuentros con su esposa. Lo que sentía era apenas una ligera sensación de *déjà-vu,* como si se reprodujese con exactitud algo que ya había vivido.

Dado que la agencia de actores exigía un documento legal para poder pagarle el sueldo, Misaki cubrió dicho requisito facilitando la dirección en que vivía, la dirección de la casa familiar, su fecha de nacimiento y el número del carnet de conducir. Vivía en un piso en Akabane, en el distrito de Kita, su familia residía en el pueblo de Kamijūnitaki, en Hokkaidō, y acababa de cumplir veinticuatro años. Kafuku no tenía ni la más remota idea de en qué parte de Hokkaidō se hallaba Kamijūnitaki, qué extensión tendría o cómo serían sus habitantes. Pero el hecho de que tuviese veinticuatro años se le quedó grabado.

Kafuku había tenido un bebé que había sobrevivido apenas tres días. Era una niña y a la tercera noche falleció en la sala de neonatos del hospital. El corazón se le había parado de pronto, inesperadamente. Al amanecer, la criatura ya estaba muerta. La explicación por parte del personal del hospital fue que padecía

un problema congénito de las válvulas cardiacas. Pero ellos no tenían forma de comprobarlo. Además, conocer la verdadera causa no haría que la niña recobrase la vida. Por suerte o por desgracia, todavía no habían decidido el nombre. Si viviera, tendría exactamente veinticuatro años. El día del cumpleaños de aquella niña sin nombre, Kafuku, a solas, unía sus manos. Y pensaba en qué edad tendría su hija de seguir con vida.

El perder de forma tan repentina a su hija les había causado una profunda herida, como es natural. Había dejado un vacío hondo y oscuro. Les llevó mucho tiempo levantar cabeza. Los dos se encerraron en casa y pasaron largas horas casi sin hablar. Tenían la sensación de que, si abrían la boca, sería para decir cualquier trivialidad. Ella empezó a beber vino. Durante una temporada, él se entregó con fervor inusual a la caligrafía china. Cuando, deslizando el pincel negro sobre el papel blanco, trazaba distintos ideogramas, sentía que el mecanismo de su corazón se volvía transparente.

Gracias al apoyo mutuo, sin embargo, poco a poco consiguieron cerrar la herida y superar esa difícil época. A partir de entonces se volcaron con mayor intensidad que antes en sus respectivos trabajos. Se entregaban con auténtico afán a la creación de los papeles asignados. «Lo siento, pero no quiero volver a tener hijos», le dijo ella, y él se mostró conforme. «De acuerdo, ya no tendremos más hijos. Haremos lo que tú quieras.»

Si hacía memoria, fue a partir de entonces cuando su mujer empezó a tener relaciones sexuales con otros hombres. Quizá el haber perdido a la niña había despertado esa clase de deseos en ella. Con todo, no dejaban de ser conjeturas. No pasaban de un simple *quizá*.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —dijo un día Misaki.

Kafuku, que contemplaba absorto el paisaje inmerso en sus pensamientos, la miró sobresaltado. Y es que, en los casi dos meses que llevaban compartiendo coche, rara vez Misaki había abierto la boca por voluntad propia.

—Naturalmente —respondió Kafuku.

—¿Por qué se hizo actor?

—Cuando era universitario, me metí en un grupo teatral de estudiantes por invitación de una amiga. No es que estuviera interesado en el teatro. En realidad, yo quería entrar en el equipo de béisbol. Había sido *shortstop* regular en el instituto y creía que tenía cualidades como defensa. Pero el equipo de béisbol de mi universidad estaba a un nivel demasiado alto para mí. Así que me dije: «Vamos a probar a ver qué tal», y me metí en el grupo de teatro con cierta curiosidad. Por otra parte, también me apetecía estar con mi amiga, ¿entiendes? Pero al cabo de un tiempo fui dándome cuenta de que disfrutaba actuando. Cuando interpreto puedo convertirme en alguien diferente. Y al terminar vuelvo

a ser yo mismo. Eso me hace feliz.

—¿Le hace feliz poder convertirse en alguien diferente?

—Siempre que tenga la certeza de que podré volver a ser yo mismo, claro.

—¿Nunca se le ha pasado por la cabeza no querer volver a ser quien es?

Kafuku se quedó pensativo. Era la primera vez que se lo preguntaban. Había un atasco. Se dirigían hacia la salida de Takehashi en la Autopista Metropolitana.

—Es que no tengo otro sitio adonde volver —respondió él.

Misaki no opinó al respecto.

Por un instante guardaron silencio. Kafuku se quitó la gorra de béisbol, la examinó y volvió a calársela. Comparado con el inmenso tráiler de innumerables ruedas que llevaban al lado, el Saab descapotable amarillo parecía realmente endeble. Era como un bote para turistas que flotara al lado de un petrolero.

—Quizá no me incumba —dijo Misaki poco después—, pero ¿le importa que le pregunte algo que me intriga?

—Adelante.

—¿Por qué no tiene amigos?

Kafuku miró con curiosidad el perfil de la chica.

—¿Y tú cómo sabes que no tengo amigos?

Ella se encogió levemente de hombros.

—Después de haberlo acompañado a diario durante casi dos meses, es natural que me dé cuenta de esas cosas.

Kafuku se quedó un rato observando con interés las enormes ruedas del tráiler.

—Pues ahora que lo dices —contestó al cabo—, prácticamente nunca he tenido a nadie a quien poder considerar amigo.

—¿Ni siquiera cuando era pequeño?

—No, de pequeño sí tenía buenos amigos. Jugábamos al béisbol, íbamos a nadar… Pero de mayor apenas he sentido el deseo de hacer amistades. Sobre todo una vez casado.

—¿Quiere decir que, como tenía a su esposa, dejó de necesitar amigos?

—Puede que sea eso. Porque, entre otras cosas, éramos buenos amigos.

—¿A qué edad se casó?

—A los treinta. Nos conocimos en un rodaje. Ella era actriz secundaria y yo tenía un papel menor.

El coche avanzaba poco a poco entre el atasco. Llevaban la capota bajada, como solían hacer cuando se metían en la autopista.

—¿Y tú no pruebas el alcohol? —le preguntó Kafuku para cambiar de tema.

—Por lo visto mi cuerpo no lo tolera —contestó Misaki—. Quizá también guarde alguna relación con el hecho de que mi madre tenía problemas con el alcohol.

—¿Y sigue teniéndolos?

Misaki negó con la cabeza.

—Mi madre murió. Perdió el control del volante mientras conducía borracha, el coche derrapó, se salió de la carretera y se estrelló contra un árbol. Falleció casi en el acto. Yo tenía diecisiete años.

—Lo lamento.

—Ella se lo buscó —soltó Misaki—. En algún momento tenía que ocurrir. Tarde o temprano: ésa era la única diferencia.

Siguió un silencio.

—¿Y tu padre?

—Ni siquiera sé dónde está. Se marchó de casa cuando yo tenía ocho años y no he vuelto a verlo. Nunca he tenido noticias suyas. Mi madre siempre me culpó por ello.

—¿Por qué?

—Yo era hija única. Mi madre solía decirme que, si yo hubiera sido una niña más guapa y mona, mi padre nunca se habría ido. Que nos abandonó porque yo he sido fea desde que nací.

—Tú no eres fea en absoluto —aseguró Kafuku con voz serena—. Eso eran sólo imaginaciones de tu madre.

Misaki volvió a encogerse un poco de hombros.

—Normalmente no era así, pero cuando bebía se ponía muy pesada. Repetía lo mismo una y otra vez. Y a mí me dolía. Tanto que, aunque suene cruel, sinceramente, sentí alivio cuando murió.

Ahora se hizo un silencio aún más prolongado.

—¿Y tú tienes amigos? —le preguntó Kafuku.

Misaki hizo un gesto negativo.

—No, no los tengo.

—¿Por qué?

Ella no respondió. Sin moverse, se limitó a mirar hacia delante con los ojos semientornados.

Kafuku bajó los párpados e intentó dormir un poco, pero no lo consiguió. Las paradas y arranques se sucedían a pequeños intervalos y, cada vez, ella cambiaba de marcha con esmero. El tráiler del carril de al lado se quedaba en ocasiones por delante del Saab y otras detrás, como una gran sombra ineludible.

—La última vez que tuve un amigo fue hace casi diez años —dijo Kafuku, dándose por vencido y abriendo los ojos—. Quizá sería más acertado decir que fue algo parecido a un amigo. Era seis o siete años más joven que yo, y muy buen tipo. Le gustaba beber, así que yo lo acompañaba y charlábamos delante de unas copas.

Misaki asintió levemente con la cabeza y esperó a que prosiguiera. Tras titubear un instante, Kafuku se decidió a contarlo.

—A decir verdad, aquel hombre había estado acostándose con mi esposa

durante algún tiempo. Él no sabía que yo lo sabía.

A Misaki le costó un poco asimilarlo.

—¿Quiere decir que mantenía relaciones sexuales con su mujer?

—Sí, eso mismo. Debió de mantener relaciones sexuales repetidas veces con mi mujer durante unos tres o cuatro meses.

—¿Y cómo se enteró usted?

—Ella me lo ocultó, como es obvio, pero yo simplemente me enteré. Contártelo me llevaría una eternidad. En cualquier caso, no había duda. No eran imaginaciones mías.

Aprovechando que se habían detenido, Misaki ajustó la posición del retrovisor.

—Y lo de que se hubiera acostado con su mujer, ¿no fue un impedimento a la hora de entablar amistad con él?

—No, al contrario. Si me hice amigo de ese hombre fue precisamente porque mi mujer se había acostado con él.

Misaki permaneció callada. Aguardaba una explicación.

—¿Cómo explicarlo?… Quería comprender. ¿Por qué mi esposa había acabado acostándose con él? ¿Y por qué precisamente con él? Al menos, ése fue el primer motivo.

La chica respiró hondo. Su pecho se hinchó y se hundió lentamente bajo la chaqueta.

—¿No le resultó complicado emocionalmente? Charlar y salir de copas con alguien que se acostaba con su mujer…

—¿Cómo no va a resultar complicado? —repuso Kafuku—. Acabas pensando en cosas en que prefieres no pensar. Te acuerdas de cosas de las que preferirías no acordarte. Pero lo que hice fue actuar. Al fin y al cabo, ése es mi oficio.

—Transformarse en otra personalidad —dijo Misaki.

—Exacto.

—Y volver a su personalidad original.

—En efecto. Vuelves, lo quieras o no. Sin embargo, cuando vuelves a ser tú mismo, tu posición ha cambiado un poco con respecto a antes. Ésa es la norma: es imposible regresar exactamente al mismo punto.

Empezó a lloviznar y Misaki activó los limpiaparabrisas; al poco los desactivó.

—¿Y consiguió comprender por qué su mujer se había acostado con él?

Kafuku negó con la cabeza.

—No, no lo logré. Creo que había varias cosas que él poseía y yo no. Seguramente muchas. Pero no sé cuál fue la que sedujo a mi esposa. Porque nosotros no nos movemos con tanta precisión. Las relaciones entre personas, en particular las relaciones entre hombres y mujeres son…, ¿cómo lo diría?…, una cuestión más general. Algo más ambiguo, más caprichoso, más lastimoso.

Misaki reflexionó un instante.

—¿Y fue capaz de mantener la amistad con esa persona a pesar de no

comprender nada? —preguntó luego.

Kafuku volvió a quitarse la gorra y esta vez se la colocó sobre el regazo. Entonces empezó a acariciar la parte superior.

—¿Cómo podría explicarlo? Una vez que te metes en el papel, es complicado encontrar la ocasión oportuna para dejarlo. Por muy duro que resulte psicológicamente, mientras la interpretación no adopte la forma adecuada, no puedes detenerte. Del mismo modo que una melodía no puede llegar al desenlace correcto si no alcanza determinados acordes… ¿Entiendes a qué me refiero?

Misaki sacó un Marlboro de la cajetilla y se lo llevó a la boca, pero no lo encendió. Jamás fumaba con la capota bajada. Simplemente lo sostuvo entre los labios.

—Entretanto, ¿él y su mujer seguían acostándose?

—No, ya no. Llegados a ese extremo, habría resultado…, ¿cómo decirlo?…, demasiado artificioso. Nos hicimos amigos algún tiempo después de la muerte de mi esposa.

—¿Se hizo amigo suyo *de verdad?* ¿O fue puro teatro?

Kafuku reflexionó.

—Ambas cosas —respondió al fin—. Poco a poco, yo mismo fui dejando de ver clara la frontera. Y es que en eso consiste meterse en serio en un papel.

Desde el primer encuentro, Kafuku había sentido cierta simpatía por él. Se llamaba Takatsuki, era alto y apuesto; en suma, lo que suele denominarse un galán. Había entrado en la cuarentena y no destacaba como actor. Tampoco tenía una presencia imponente. Su capacidad de interpretación era limitada. Por lo general encarnaba hombres de mediana edad simpáticos y vivaces. Aunque siempre estaba risueño, a veces la melancolía ensombrecía su rostro. Gozaba de un éxito firmemente arraigado entre las mujeres de cierta edad. Kafuku se cruzó con él por casualidad en los camerinos de una cadena de televisión. Habían pasado seis meses desde el fallecimiento de su esposa y Takatsuki se le acercó para, después de presentarse, darle el pésame. « En una ocasión coincidí con su esposa en una película. Se portó muy bien conmigo» , le dijo con gesto serio. Kafuku le dio las gracias. Que él supiera, en la lista de los amantes de su mujer Takatsuki ocupaba la cola por orden cronológico. Poco después de que acabara la relación entre ambos, ella se había sometido al examen médico en el hospital donde le habían detectado el tumor uterino en un estado bastante avanzado.

—Tengo que pedirle un favor —le espetó Kafuku tras los saludos de rigor.

—¿De qué se trata?

—¿Podría concederme unos minutos, si no es molestia? Me gustaría que nos tomáramos una copa y me contara cosas que recuerde de mi mujer. Ella solía

hablarme de usted.

Takatsuki no se lo esperaba. Pareció sorprendido. Quizá fuera más exacto decir que se quedó muy impresionado. Frunció un poco sus bien proporcionadas cejas y clavó una mirada circunspecta en el rostro de Kafuku. Como diciéndose que allí había gato encerrado. Pero no captó en él ninguna intención en particular. Kafuku mostraba una expresión serena, como la que podría tener un hombre que acababa de perder a la mujer que lo había acompañado tanto tiempo. Una expresión que recordaba a la superficie de un estanque una vez que las ondas concéntricas terminan de expandirse por el agua.

—Lo único que deseo es estar con alguien con quien pueda hablar de mi mujer —añadió Kafuku—. La verdad es que a veces es duro quedarse solo en casa. Aunque no quiero que se sienta obligado…

Al oírlo, Takatsuki debió de sentirse un tanto aliviado. Por lo visto, Kafuku no sospechaba nada.

—No, en absoluto. Si se trata de eso, será un placer. Si es que no le importa charlar con alguien tan aburrido como yo… —repuso Takatsuki y esbozó una débil sonrisa. En la comisura de los ojos se le formaron unas tiernas arrugas. Su sonrisa era encantadora.

«Si yo fuese una mujer de mediana edad, seguramente me ruborizaría», pensó Kafuku.

Takatsuki repasó mentalmente su agenda a toda prisa.

—Mañana por la noche creo que podríamos vernos con calma. ¿Le parece?

Kafuku le dijo que al día siguiente por la noche él también estaba libre. Se sorprendió de lo fácil que era leer sus sentimientos. Si escudriñaba en sus ojos, tenía la sensación de que podía ver lo que había al otro lado. Ni una pizca de retorcimiento o malicia. No era de esa clase de persona que cava un hoyo profundo en plena noche y espera a que alguien pase. Como actor seguro que nunca se convertiría en una gran estrella.

—¿Dónde podemos quedar? —le preguntó Takatsuki.

—Lo dejo en sus manos. Yo acudiré a donde me diga usted —contestó Kafuku.

Takatsuki mencionó el nombre de un famoso bar en Ginza. Añadió que, si reservaba una mesa un poco apartada, podrían charlar libremente sin que nadie los molestase. Kafuku conocía el local. Entonces se despidieron con un apretón de manos. La de Takatsuki era suave, de dedos largos y finos. Su palma estaba caliente y ligeramente sudada. Tal vez por los nervios.

Cuando se marchó, Kafuku tomó asiento en la sala de espera, abrió la mano con la que había estrechado la otra y la miró con fijeza. En ella permanecía vivo el tacto de la de Takatsuki. *«Esa mano,* esos dedos acariciaron el cuerpo desnudo de mi esposa», pensó. La observó de un extremo a otro, tomándose su tiempo. A continuación cerró los ojos y soltó un largo y hondo suspiro. «¿Qué diablos me

dispongo a hacer?» , se preguntó. De todas formas, ya no podría evitarlo.

Mientras bebían un whisky de malta en el bar, sentados a una mesa algo apartada, Kafuku comprendió una cosa: que Takatsuki seguía sintiéndose intensamente atraído por su mujer. Parecía que todavía no había logrado asumir el hecho de que estuviera muerta y de que su cuerpo hubiera sido incinerado y convertido en huesos y cenizas. Kafuku comprendía sus sentimientos. Las lágrimas asomaron a los ojos de Takatsuki varias veces mientras compartía sus recuerdos. A tal punto que uno sentía el impulso de tenderle la mano. « Este hombre es incapaz de ocultar sus sentimientos. Si lo provocase un poco, seguramente acabaría confesándolo todo.»

Por el tono que empleaba, parecía que la idea de romper la relación había partido de ella. Probablemente le había dicho a Takatsuki algo así: « Es mejor que dejemos de vernos» . Ella mantenía una relación durante unos meses y, llegado cierto momento, la cortaba de raíz. No había prórrogas. Que Kafuku supiera, todos sus amoríos (si podía llamárselos así) seguían el mismo patrón. Sin embargo, Takatsuki no parecía estar preparado para romper con ella así, sin más. Él seguramente deseaba una relación duradera.

Cuando su esposa, ya en fase terminal, estaba ingresada en la unidad de cuidados paliativos de un hospital metropolitano, Takatsuki la llamó para ir a visitarla, pero volvió a toparse con una rotunda negativa. Desde que la habían ingresado, apenas había dejado que la viese nadie. Aparte del personal médico, sólo su madre, su hermana y Kafuku tenían permitido entrar en su habitación. El hecho de no haber podido visitarla ni una sola vez debía de haberle producido un profundo pesar a Takatsuki. Se había enterado de que estaba enferma de cáncer unas semanas antes de su fallecimiento. Fue una noticia inesperada, como un jarro de agua fría, y una verdad que aún hoy seguía sin asimilar. Kafuku también comprendía esos sentimientos. Pero, claro, las emociones que los embargaban no eran exactamente las mismas. Kafuku había asistido día a día a los últimos momentos de una esposa consumida, y también había recogido sus blancos restos en el crematorio. A su manera, había pasado por una fase de aceptación. Era una diferencia considerable.

« Es como si yo estuviera consolándolo a él» , se dijo Kafuku mientras intercambiaban recuerdos. « ¿Qué sentiría mi mujer si presenciara esta escena?» Al pensar en ello, se sintió intrigado. De todas formas, se dijo, los muertos seguramente no pensaban ni sentían nada. Eso era, desde su punto de vista, lo bueno de morir.

Advirtió otra cosa: Takatsuki tendía a excederse con el alcohol. En su profesión, Kafuku había conocido a muchos bebedores (¿por qué los actores bebían con tanta ansia?), y, desde luego, no podía decir que Takatsuki perteneciese

al grupo de los sanos y moderados. Según Kafuku, en este mundo hay, *grosso modo*, dos clases de bebedores: los que necesitan beber para añadir algo a su vida y los que necesitan beber para librarse de algo. Y la manera de beber de Takatsuki pertenecía claramente a esta última.

Kafuku ignoraba de qué quería librarse. Quizá se tratara de una simple debilidad de carácter o de una herida del pasado. Tal vez de un problema engorroso con el que cargaba en el presente. O puede que de una mezcla de todo lo anterior. Pero, comoquiera que fuese, en él había ese « algo que a ser posible querría olvidar» , y para olvidarlo, o para mitigar el dolor que le causaba, se veía obligado a trasegar alcohol. Mientras Kafuku se tomaba una copa, Takatsuki se bebía dos de lo mismo. Llevaba un buen ritmo.

También es posible que el ritmo acelerado con que bebía se debiese a la tensión psicológica. Después de todo, Takatsuki estaba tomándose unas copas frente a frente con el marido de la mujer con quien un día se había acostado a escondidas. Lo raro habría sido que no estuviese nervioso. « Pero eso no es todo» , pensó Kafuku. « Lo más probable es que este hombre nunca haya sido capaz de beber de otra manera.»

Kafuku bebía con precaución, a su propio ritmo, mientras observaba a su interlocutor. Cuando, copa tras copa, el nerviosismo de Takatsuki empezó a remitir, le preguntó si estaba casado. Éste respondió que se había casado hacía una década y que tenía un niño de siete años.

—Pero, por cosas de la vida, vivimos separados desde hace un año. Seguramente acabará en divorcio dentro de poco, con lo cual la custodia del niño será un grave problema. Lo que quiero evitar a toda costa es perder la libertad de ver a mi hijo cuando quiera. Mi hijo es muy importante en mi vida. —Takatsuki le mostró una foto del hijo. Era un niño guapo, con cara de bueno.

Como a la mayoría de los bebedores habituales, a Takatsuki se le soltaba la lengua con el alcohol. Aunque no se le preguntase, hablaba por iniciativa propia de temas que probablemente no debería mencionar. Kafuku desempeñaba básicamente el papel de oyente, hacía algún afectuoso gesto de comprensión y lo consolaba, cuando debía hacerlo, midiendo sus palabras. De este modo, recabó toda la información que pudo de él. Kafuku se comportaba como si Takatsuki le cayese bien. Lo cual no le resultaba difícil, ya que por naturaleza no se le daba mal escuchar y, *en realidad,* Takatsuki le caía bien. A eso hay que añadir que ambos tenían un gran punto en común: seguían sintiéndose atraídos por una hermosa mujer que había muerto. Eran incapaces de paliar el dolor de la pérdida, cada uno desde su posición. Por eso congeniaban.

—Takatsuki, si te parece, ¿por qué no quedamos otro día? Me alegra haber podido charlar contigo. Hacía tiempo que no me sentía así —le dijo Kafuku cuando se despedían.

Había pagado la cuenta. A Takatsuki ni siquiera se le había pasado por la

mente que alguien tuviera que pagarla. El alcohol le hacía olvidar muchas cosas. Seguramente algunas de ellas importantes.

—Por supuesto —dijo Takatsuki alzando la cara—. Sería estupendo volver a verte. Yo también siento que me he quitado un peso de encima hablando contigo.

—Quizá haya sido un capricho del destino que nos hayamos encontrado —dijo Kafuku—. Tal vez mi difunta esposa ha querido que nos encontremos.

Eso, en cierto sentido, era verdad.

Se intercambiaron los números de teléfono. Y se despidieron con un apretón de manos.

Así fue como se hicieron amigos. Es lo que se llama compañeros de copas. De vez en cuando se llamaban para quedar, salían a beber por algunos bares de la ciudad y charlaban de todo un poco. No habían comido juntos ni una sola vez. Siempre quedaban en locales de copas. Kafuku jamás había visto a Takatsuki llevarse a la boca más que alguna cosa ligera, de picar. A tal punto que incluso se había preguntado si aquel hombre comía. Y aparte de alguna cerveza ocasional, nunca había pedido otra cosa que no fuese whisky. El *single malt* era su preferido.

Conversaban sobre los temas más diversos, pero en algún momento, indefectiblemente, acababan hablando de la difunta. Cada vez que Kafuku le contaba episodios de cuando ella todavía era joven, Takatsuki lo escuchaba con semblante serio. Como quien se dedica a recoger y conservar recuerdos ajenos. Cuando se dio cuenta, el propio Kafuku había empezado a disfrutar también de esas conversaciones.

Una noche, estaban bebiendo juntos en un pequeño bar de Aoyama. Era un local discreto, situado al fondo de un callejón en la parte de atrás del museo de arte Nezu. Un hombre taciturno de unos cuarenta años trabajaba de barman y una delgada gata de pelaje grisáceo dormía acurrucada en la esquina de una repisa. Debía de ser una gata abandonada que se había instalado en el bar. Un viejo álbum de jazz giraba en el tocadiscos. A los dos les gustaba el ambiente y ya habían estado allí unas cuantas veces. Por algún motivo, siempre que quedaban solía llover, y ese día lloviznaba.

—Sí, era una mujer asombrosa —dijo Takatsuki mirándose las manos, que tenía sobre la mesa. Para tratarse de un hombre de su edad, eran bonitas. No había arrugas que llamasen la atención, y tampoco descuidaba las uñas—. Debiste de ser feliz al lado de alguien así y compartir tu vida con ella.

—Desde luego —repuso Kafuku—. Tienes razón. Creo que fui feliz. Pero cuanto mayor es la felicidad, mayor es la angustia que se siente.

—¿A qué te refieres?

Kafuku alzó su whisky *on the rocks* e hizo girar el gran pedazo de hielo.

—A que existía la posibilidad de perderla. Sólo de pensarlo, se me encogía el

corazón.

—Comprendo perfectamente ese sentimiento.

—¿Por qué?

—Pues… —dijo Takatsuki, buscando las palabras adecuadas—. Me refiero a lo de perder a una mujer tan fantástica como ella.

—¿En general, quieres decir?

—Sí, claro —dijo Takatsuki, asintiendo repetidamente con la cabeza como queriendo convencerse—. Aunque sólo puedo imaginarlo.

Kafuku guardó silencio un instante. Lo prolongó lo máximo que pudo, casi hasta el límite.

—Y al final la perdí —dijo al cabo—. Fui perdiéndola poco a poco en vida hasta que se desvaneció por completo. Como algo gastado por la erosión, que acaba siendo arrancado de raíz y arrastrado por una ola gigante… ¿Entiendes?

—Creo que sí.

« ¡Qué vas a entender tú!» , se dijo Kafuku.

—Lo que más penoso me resulta —continuó— es que yo no la comprendía *de verdad*; al menos, no comprendía una parte de ella que debía de ser fundamental. Y ahora que está muerta, seguramente todo ha acabado sin que lo haya entendido. Como una pequeña y pesada caja fuerte hundida en las profundidades del océano. Cuando lo pienso, siento que la congoja me atenaza el pecho.

Takatsuki reflexionó un momento.

—Pero, Kafuku —dijo luego—, jamás comprenderemos del todo a una persona. Por muy profundamente enamorados que estemos.

—Compartimos nuestras vidas durante casi veinte años y yo consideraba que no sólo éramos un matrimonio compenetrado, sino también dos amigos que confiaban el uno en el otro. Que hablábamos de todo con honestidad. Al menos eso creía. Pero quizá en el fondo no fuese así. ¿Cómo decirlo…? Tal vez en mí hubiese una especie de punto ciego fatal.

—¿Un punto ciego? —dijo Takatsuki.

—Quizá me pasó inadvertido algo importante que había en ella. De hecho, aunque lo veía con mis ojos, *en realidad* no estaba viéndolo.

Takatsuki se mordió el labio. Después apuró su whisky y pidió otro al barman.

—Comprendo cómo te sentías —dijo.

Kafuku lo miró fijamente a los ojos. Takatsuki le sostuvo un rato la mirada, pero acabó desviándola.

—¿Qué quieres decir con eso de que lo comprendes? —preguntó serenamente Kafuku.

El barman apareció con otro whisky *on the rocks* y cambió el posavasos hinchado por la humedad por uno nuevo. Entretanto, los dos guardaron silencio.

—¿Qué quieres decir con eso de que lo comprendes? —repitió Kafuku cuando

el barman se alejó.

Takatsuki pareció reflexionar. En sus ojos temblaba algo diminuto.

« Este hombre se siente confuso» , concluyó Kafuku. « Lucha intensamente contra el deseo de confesar algo.»

Sin embargo, al final Takatsuki consiguió apaciguar aquel temblor interno.

—¿Acaso no nos es imposible comprender al cien por cien lo que piensan las mujeres? —dijo—. Pues a eso me refería. Al margen de la clase de mujer que sea. Así que me imagino que no se trata de un punto ciego exclusivamente tuyo. Si se trata de un punto ciego, todos vivimos con él. Por lo tanto, creo que no deberías culparte de ese modo.

Kafuku meditó un instante sus palabras.

—Pero eso no es más que una generalización —repuso al cabo.

—En efecto —reconoció Takatsuki.

—Yo estoy hablando de mi difunta esposa y de mí. Por favor, no generalices a la ligera.

Takatsuki se quedó callado un buen rato.

—Hasta donde se me alcanza —dijo después—, tu esposa era una mujer maravillosa. Estoy convencido de ello, aunque, desde luego, lo que sé de ella no es ni la centésima parte de lo que sabes tú. Ante todo, Kafuku, deberías sentirte agradecido por haber vivido veinte años con una persona tan fantástica. Te lo digo con toda sinceridad. Pero pretender escudriñar por completo el corazón de otra persona, por muy compenetrado que estés con esa persona o por mucho que la ames, es pedir demasiado. Lo único que consigues es sufrir. Sin embargo, tratándose de nuestro propio corazón, se supone que, esforzándonos, deberíamos poder escudriñarlo tan a fondo como grande sea nuestro esfuerzo. Así pues, ¿no crees que, al final, lo que tenemos que hacer es pactar con firmeza y honradez con nuestros propios corazones? Si uno desea ver *en serio* a los demás, no le queda más remedio que observarse en profundidad, de frente, a sí mismo. Eso es lo que pienso.

Sus palabras parecían haber brotado de algún lugar profundo, muy especial, de su persona. Tal vez solamente hubiera sido por un instante, pero una puerta oculta se había abierto. Resonaron como algo puro, salido del alma. Al menos era evidente que no estaba actuando. Takatsuki jamás habría sido capaz de actuar tan bien. Kafuku escrutó sus ojos en silencio. Esta vez, el otro no apartó la vista. Ambos se miraron largo rato. Y reconocieron en sus pupilas un brillo como de estrella remota.

Cuando se despidieron, volvieron a estrecharse las manos. Fuera lloviznaba. Cuando Takatsuki, vestido con su gabardina beis y sin paraguas, desapareció bajo la lluvia, Kafuku observó un instante la palma de su mano derecha, como de

costumbre. Y de nuevo pensó que *la mano que acababa de estrechar* había acariciado el cuerpo desnudo de su mujer.

Sin embargo, por una u otra razón, aquel día ese pensamiento no lo angustió. Simplemente se dijo que esas cosas pasaban. Eso era: seguramente esas cosas pasaban.

«Al fin y al cabo, ¿qué era sino un simple cuerpo?», se dijo Kafuku. «¿Acaso no acabará convertido dentro de poco en huesecillos y cenizas? Tiene que haber cosas más importantes.»

Si se trata de un punto ciego, todos vivimos con él. Esas palabras resonaron largo tiempo en sus oídos.

—¿Mantuvo la amistad con él durante mucho tiempo? —preguntó Misaki mientras observaba la hilera de coches que tenía delante.

—En total, nos vimos durante casi medio año: quedábamos en algún bar cada quince días y bebíamos juntos —respondió Kafuku—. Luego dejamos de vernos. Si recibía alguna llamada suya, no la atendía. Yo tampoco lo llamaba. Al cabo de un tiempo dejó de telefonearme.

—Supongo que a él le extrañaría, ¿no?

—Quizá.

—Tal vez le dolió.

—Es posible.

—¿Por qué dejó de verlo así de pronto?

—Porque ya no necesitaba seguir actuando.

—¿Quiere decir que, como no necesitaba actuar, tampoco necesitaba ser su amigo?

—En parte —reconoció Kafuku—. Pero eso no es todo.

—¿Qué más hay?

Kafuku guardó silencio un buen rato. Misaki lo miró de reojo, con el cigarrillo sin encender entre los labios.

—Si quieres fumar, puedes hacerlo —le dijo Kafuku.

—¿Cómo?

—Que puedes encenderlo si quieres.

—Pero si llevamos la capota bajada.

—No importa.

Misaki bajó la ventanilla y encendió el Marlboro con el mechero del coche. A continuación aspiró una gran bocanada de humo y entornó placenteramente los ojos. Tras retenerlo un rato en los pulmones, lo expulsó despacio por la ventanilla.

—Pero ¿no ves que te acorta la vida? —dijo Kafuku.

—Ya puestos, el propio hecho de vivir también la acorta —replicó Misaki.

Kafuku se rió.

—Bueno, es otra forma de verlo.

—Es la primera vez que le veo reírse —dijo ella.

«Ahora que lo dice, debe de ser verdad», pensó Kafuku. «Debe de hacer una eternidad que no me reía sin estar actuando.»

—Hace tiempo que quería decirte algo —prosiguió él—: Bien mirada, eres bastante mona. No hay nada de fealdad en ti.

—Muchas gracias. Yo tampoco me considero fea. Lo que pasa es que me falta atractivo. Como a Sonia.

Kafuku la miró un tanto sorprendido.

—¿Así que has leído *El tío Vania*?

—A fuerza de escuchar todos los días fragmentos de la pieza sin orden ni concierto, me entraron ganas de saber de qué iba la historia. Yo también tengo curiosidad, ¿sabe? —dijo Misaki—. «¡Oh, qué horror! No lo soporto. ¿Por qué he nacido tan poco agraciada? Me repugna.» Es una obra triste, ¿verdad?

—Es una historia llena de desesperanza. «¡Oh, estoy desbordado! ¡Dime algo! Tengo ya cuarenta y siete años. Suponiendo que viviese hasta los sesenta, tendría que vivir otros trece años. ¡Es demasiado! ¿Cómo diablos pasaré esos trece años? ¿Qué haré para llenar los días?» En aquella época la gente por lo general vivía hasta los sesenta. El tío Vania seguro que se alegraría de no haber nacido en nuestro tiempo.

—He estado informándome y nació usted el mismo año que mi padre.

Kafuku no dijo nada. Cogió varias cintas en silencio y examinó los títulos de las canciones escritos en las carátulas. Sin embargo, no puso música. Misaki sostenía el cigarrillo con la mano izquierda, que había sacado por la ventanilla. La fila de coches empezaba a avanzar y, únicamente cuando necesitaba cambiar de marcha, se llevaba el cigarrillo a los labios para poder servirse de ambas manos.

—La verdad es que pensaba darle algún escarmiento a ese hombre —confesó Kafuku—. Al hombre que se acostó con mi mujer. —Y devolvió los casetes a su sitio.

—¿Un escarmiento?

—Quería hacerle pasar un mal trago. Pretendía ganarme su confianza fingiéndome su amigo para, entretanto, encontrar su punto débil y utilizarlo para hacerle sufrir.

Con el ceño fruncido, Misaki pensó en aquello.

—¿A qué se refiere con lo del punto débil?

—No lo sé. Pero dado que siempre que bebía bajaba la guardia, tarde o temprano acabaría dando con algo. No me sería complicado valerme de ello para montar un escándalo, algún lío que dañase su reputación. Entonces acabaría perdiendo la custodia del hijo durante el proceso del divorcio, y eso le resultaría insoportable. Seguramente no volvería a levantar cabeza.

—¡Qué cruel!

—Sí, es una idea cruel.

—Es decir, que usted quería vengarse de él por haberse acostado con su mujer.

—No se trata exactamente de una venganza —señaló Kafuku—. Yo quería olvidar que mi mujer me había engañado. Lo intenté por todos los medios. Pero fue en vano. No conseguía quitarme de la cabeza la imagen de mi mujer en brazos de otro hombre. Siempre reaparecía. Como si un espíritu sin lugar adonde ir me vigilase constantemente desde un ángulo del techo. Yo creía que con el paso del tiempo acabaría desapareciendo. Pero no fue así. Al contrario, su presencia se volvió más intensa que antes. Necesitaba espantarlo. Y para eso tenía que eliminar esa especie de rabia que sentía en mí.

Kafuku se preguntó qué hacía contándole todo aquello a una chica de la misma edad que habría tenido su propia hija y que era oriunda de Kamijūnitaki, Hokkaidō. Pero ahora que había empezado, no podía parar.

—Y entonces pensó en darle un escarmiento —dijo la muchacha.

—Eso mismo.

—Pero no lo hizo, ¿no?

—No, no lo hice —repuso Kafuku.

Al oírlo, Misaki pareció algo aliviada. Exhaló un corto y leve suspiro y, dando un golpecito con el dedo, tiró la colilla por la ventanilla. Seguramente todo el mundo en Kamijūnitaki lo hacía.

—No sé bien cómo explicarlo, pero un buen día, de repente, todo empezó a darme igual. Como si el espíritu que me poseía se hubiera desvanecido de golpe —dijo Kafuku—. Ya no sentía rabia. Aunque quizá no era rabia, sino otra cosa distinta.

—Pero sin duda fue algo positivo para usted. Me refiero al hecho de no acabar hiriendo a alguien, de la manera que fuera.

—Yo opino lo mismo.

—Aunque sigue sin entender por qué se acostó su mujer con esa persona, por qué *precisamente* con esa persona, ¿verdad?

—Sí, no lo entiendo. La duda todavía me reconcome. Él era un tipo simpático y sin malicia. Me dio la impresión de que mi mujer le gustaba de verdad. No era sólo una cuestión de pasar el rato acostándose con ella. Su muerte fue para él un duro golpe. También le dolió mucho que ella se hubiera negado a que la visitara en el hospital antes de morir. Fui incapaz de sentir antipatía por él, tanto que no me importaba ser su amigo. —En ese punto, Kafuku se interrumpió y siguió el fluir de su corazón. Buscó palabras que se aproximasen siquiera un poco a la verdad—. Pero, para ser sincero, no era *gran cosa.* Puede que fuese una persona agradable. Era guapo, tenía una bonita sonrisa. Y al menos no era un adulador. Pero tampoco me merecía especial respeto. Francamente, resultaba superficial. Tenía sus puntos flacos y era un actor de segunda. Mi esposa, en cambio, era una

mujer con carácter, dueña de un gran mundo interior. Una persona que meditaba las cosas despacio, con calma, tomándose su tiempo. Y sin embargo, ¿por qué tuvo que sentirse atraída y acostarse con un *hombre sin importancia*, como él? Todavía hoy llevo esa espina clavada en el corazón.

—En cierto sentido lo considera incluso como un ultraje hacia usted. ¿Me equivoco?

—Puede que sea eso —admitió Kafuku tras reflexionar un instante.

—¿Y no será que en realidad no se sentía atraída por esa persona? —dijo de manera muy concisa Misaki—. Y por eso se acostó con él.

Kafuku sólo observaba el perfil de Misaki como si divisase un paisaje lejano. Ella activó de nuevo el limpiaparabrisas, que apartó las gotas de agua adheridas a la luna delantera con unos cuantos movimientos rápidos. El nuevo par de escobillas chirrió con fuerza, como dos hermanas gemelas que muestran su descontento.

—Las mujeres tenemos esas cosas —añadió ella.

No le salían las palabras. Así que Kafuku guardó silencio.

—Es como una enfermedad, señor Kafuku. No vale la pena pensar en ello. El que mi padre nos abandonase, que mi madre me hiciera daño… Todo es a raíz de la enfermedad. De nada sirve darle vueltas. No queda más remedio que apañárselas, tragar e ir tirando.

—Todos actuamos, entonces —dijo Kafuku.

—Eso creo. En mayor o menor medida.

Kafuku se hundió en el asiento de cuero, cerró los ojos y, haciendo un esfuerzo por concentrarse, intentó determinar el momento preciso en que la chica realizaba los cambios de marcha. Pero, nada: era imposible. Lo hacía con demasiada suavidad. Sólo variaba tenuemente el ruido de las revoluciones del motor que llegaba a sus oídos. Como el zumbido de un insecto que va y viene. Se acercaba y se alejaba.

Decidió echar una cabezada. Dormir profundamente durante un rato y despertar. Diez o quince minutos, más o menos. Volver a subirse al escenario y actuar. Recitar bajo los focos las frases establecidas en el guión. Recibir una salva de aplausos y que cayera el telón. Distanciarse un momento de uno mismo y volver en sí. Pero, al regresar, no estar exactamente en el mismo sitio que antes.

—Voy a dormir un poco —dijo Kafuku.

Misaki no dijo nada. Siguió conduciendo tan callada como hasta entonces. El actor agradeció el silencio.

Yesterday

Que yo sepa, Kitaru es el único ser humano que ha puesto su propia letra, y en japonés (y en dialecto de Kansai),[5] a *Yesterday,* de los Beatles. Cuando se bañaba, solía cantarla en voz alta:

> … es dos días antes de mañana,
> y el día después de anteayer…

Recuerdo que empezaba más o menos así, pero hace tanto tiempo de todo eso que no estoy totalmente seguro. De todas formas, la letra era un disparate, no tenía pies ni cabeza; de hecho, cualquier parecido con la original era pura coincidencia. La hermosa y melancólica melodía que tantas veces había oído y el dejo desenfadado —tal vez debería decir falto de patetismo— del dialecto de Kansai formaban una extraña combinación carente de cualquier sentido. Al menos así me sonaba a mí. Yo podría simplemente haberme reído o haber intentado descifrar alguna información oculta. Pero en esos momentos, asombrado, yo me limitaba a escuchar la canción.

Kitaru, que a mi parecer hablaba un *kansai-ben* casi perfecto, había nacido y se había criado en Den-en-chōfu, en el distrito Ōta de Tokio. Yo, a pesar de haber nacido y haberme criado en Kansai, hablaba un japonés estándar (el de Tokio) casi perfecto. Visto de ese modo, creo que formábamos una pareja bastante peculiar.

Lo conocí cuando ambos trabajábamos a tiempo parcial en una cafetería cerca de la entrada principal de la Universidad de Waseda. Yo trabajaba en la cocina y Kitaru de camarero. En los ratos libres solíamos charlar. Los dos teníamos veinte años y nos llevábamos una semana de diferencia.

—Vaya apellido más raro, Kitaru,[6] ¿no? —dije.

—Sí, la verdad es que es bastante raro —dijo Kitaru.

—Había un lanzador en el Lotte Orions que se apellidaba igual.

—Ah, sí, lo recuerdo. No, no tiene nada que ver conmigo. Aunque es un apellido tan poco común que quizás estemos emparentados.

Entonces yo cursaba segundo en la Facultad de Letras de la Universidad de Waseda. Él era un *rōnin*[7] y acudía a una academia preparatoria de Waseda. A pesar de que estaba en su segundo año como *rōnin,* no daba la impresión de esforzarse demasiado en los estudios. En su tiempo libre, leía libros que no tenían nada que ver con el examen de acceso. La biografía de Jimi Hendrix, manuales

de *tsumeshōgi*[8] o *¿Cómo se originó el universo?* Me dijo que venía a diario desde su casa en Ōta.

—¿Tu casa? —dije—. Estaba convencido de que eras de Kansai.

—No, no. Nací y me crié en Den-en-chōfu.

Me quedé desconcertado.

—Entonces, ¿por qué hablas en *kansai-ben*? —le pregunté.

—Lo aprendí por mi cuenta. Poniéndole voluntad.

—Ah, lo aprendiste por tu cuenta…

—Me maté a estudiar. Aprendí los verbos, los sustantivos, el acento… Prácticamente es lo mismo que estudiar inglés o francés. Incluso hice varias inmersiones en Kansai.

Me quedé sorprendido. Era la primera vez en mi vida que oía que una persona aprendiera el dialecto de Kansai «por su cuenta», como quien aprende inglés o francés. Me admiré de lo grande que era Tokio. Aquello parecía *Sanshiro* —.[9]

—Yo, desde pequeño, soy fan incondicional de los Hanshin Tigers y cada vez que vienen a jugar a Tokio voy a verlos, pero es que, si vas con el uniforme de rayas hablando dialecto tokiota a las gradas de los hinchas, nadie te hace caso. No puedes entrar en el grupo. Entonces decidí dejarme los codos estudiando.

—¿Y por eso aprendiste *kansai-ben*? —pregunté sorprendido.

—Sí. Para mí los Hanshin Tigers lo eran todo. Desde entonces no hablo más que *kansai-ben,* incluso en clase y en casa. Hasta sueño en *kansai-ben* —explicó Kitaru—. ¿Qué? ¿A que lo domino?

—Desde luego. Pareces nativo de Kansai. Sólo que tu *kansai-ben* no es el de la zona de los Hanshin, sino más bien el de la Osaka profunda.

—¡Vaya! ¡Tipo listo! Cuando estaba en el instituto, los veranos hacía *homestays* con una familia del barrio de Tennōji, en Osaka. Lo pasaba de maravilla. Además, podía ir andando hasta el zoológico.

—*Homestays* —repetí admirado.

—Si estudiara tanto para los exámenes como lo hice para aprender *kansai-ben,* no me habría pasado estos dos años de *rōnin* —aseguró Kitaru.

«Tienes toda la razón», pensé. Lo de decir algo gracioso y rematarlo con un comentario sensato también era muy propio de Kansai.[10]

—Y tú, ¿de dónde eres?

—De cerca de Kobe —contesté.

—Sí, pero ¿de dónde?

—De Ashiya.

—Buen sitio, sí señor. Podías habérmelo dicho antes y dejarte de rodeos.

Se lo expliqué: si cuando me preguntan de dónde soy digo que de Ashiya,

todo el mundo imagina que provengo de una familia rica. Pero es que en Ashiya hay de todo. Mi familia no es especialmente rica. Mi padre trabaja en una empresa farmacéutica y mi madre es bibliotecaria. Tenemos una casa pequeña y un Toyota Corolla color crema. Por eso decidí que, cuando me preguntasen de dónde era, respondería: «De cerca de Kobe», para no inducir a prejuicios innecesarios.

—¡Vaya! Pues estamos en la misma situación —aseguró Kitaru—. Yo vivo en Den-en-chōfu, pero, para ser franco, te diré que mi casa está en la zona más humilde. También la casa es humilde. Ven a verla un día y verás. Pensarás: «Pero ¿esto es Den-en-chōfu?». Te parecerá mentira. De todas formas, no hay que preocuparse por esas cosas. No es más que una dirección. Yo lo que hago es ir con la cabeza bien alta. En plan: «Yo he nacido y crecido en Den-en-chōfu, ¿qué pasa?».

Me quedé admirado. Y, a partir de ese momento, nos hicimos medio amigos.

Existen varios motivos por los que dejé de hablar *kansai-ben* al venir a Tokio. Hasta terminar el instituto siempre había hablado en *kansai-ben,* jamás había soltado una palabra en japonés tokiota. Pero al cabo de un mes de llegar a la capital me sorprendió darme cuenta de que me manejaba con fluidez y naturalidad en la nueva habla. Quizá se deba a que (sin ser yo consciente) siempre he tenido una personalidad camaleónica. O tal vez a que tengo buen oído para los idiomas. En cualquier caso, la gente de mi entorno no se creía que fuese oriundo de Kansai.

Otro motivo importante por el que dejé de hablar en *kansai-ben* fue que deseaba renacer bajo la forma de una persona diferente a la que había sido.

Cuando me admitieron en una universidad en Tokio y me subí al tren bala rumbo a la capital, consideré retrospectivamente mis dieciocho años de vida y no dejé de pensar en que realmente me avergonzaba de la mayor parte de las cosas que me habían sucedido. No pretendo exagerar. La verdad es que no eran más que hechos lamentables que prefería no recordar. Cuanto más pensaba en ello, más repulsión sentía hacia lo que yo era. Naturalmente, también guardo recuerdos maravillosos. No quiero decir que no haya vivido experiencias que evoque con orgullo, no. Admito que las he vivido. Pero en términos cuantitativos, las cosas que me abochornan, las que me dan ganas de llevarme las manos a la cabeza son, con diferencia, más numerosas. Si hago memoria, me doy cuenta de que mi manera de vivir y pensar hasta entonces era tan trivial y miserable que ni merece la pena comentarla. La mayor parte de mis vivencias eran trastos inservibles, anodinos y propios de alguien falto de imaginación. Quería juntarlos todos y arrumbarlos en el fondo de un gran cajón. O prenderles fuego y convertirlos en humo (aunque no sé qué clase de humo saldría). El caso es que

deseaba hacer borrón y cuenta nueva y empezar otra vida, como otra persona, en Tokio. Quería experimentar las nuevas posibilidades que me ofrecía mi yo. Y desde mi punto de vista, abandonar el *kansai-ben* para adquirir esa nueva habla era una forma práctica (y al mismo tiempo, simbólica) de conseguirlo. Porque, a fin de cuentas, lo que hablamos nos conforma como seres humanos. Al menos eso creía yo a los dieciocho años.

—¿Vergüenza? ¿Qué te avergüenza? —me preguntó Kitaru.

—Pues todo.

—¿No te llevas bien con tu familia?

—No es que no me lleve bien. Pero siento vergüenza sólo de estar con ellos.

—¡Pues sí que eres un tipo raro! —exclamó Kitaru—. ¿A qué viene lo de sentir vergüenza en compañía de tu familia? Yo me lo paso bastante bien con ellos.

Me callé. No sabía cómo explicárselo. Aunque me preguntasen qué tiene de malo un Toyota Corolla color crema, no sabría qué responder. Lo que ocurría era que la calle delante de nuestra casa era angosta y a mis padres no les interesaba gastar dinero en las apariencias.

—Mis padres se me quejaban a diario porque apenas estudiaba, lo que es pesado, sí, pero también normal. Porque es su deber. Tienes que intentar ser tolerante.

—Tú sí que eres optimista —repuse sorprendido.

—¿Tienes novia? —preguntó Kitaru.

—Ahora no.

—¿Antes sí?

—Hasta hace poco.

—¿Rompisteis?

—Exacto —dije.

—¿Por qué?

—Es una historia muy larga y ahora no me apetece hablar de ello.

—¿Era una chica de Ashiya? —preguntó Kitaru.

—No, no era de Ashiya. Vivía en Shukugawa. Aunque está bastante cerca.

—¿Te dejó llegar hasta el final?

Yo negué con la cabeza.

—No, no me dejó.

—¿Y por eso rompisteis?

Reflexioné un instante.

—Digamos que eso también influyó.

—¿Te dejó llegar casi hasta el final?

—Sí, justo casi hasta el final.

—¿Hasta dónde, en concreto?

—No quiero hablar de ello —dije.

—¿Ésa es una de las cosas de las que, según tú, « te avergüenzas» ?
—Sí —respondí. Era una de las cosas que prefería no recordar.
—¡Qué tipo tan complicado eres! —se admiró Kitaru.

Oí por primera vez aquella extraña letra del *Yesterday* que Kitaru cantaba en el baño de su casa en Den-en-chōfu. (Ni la zona ni la vivienda eran tan humildes como él decía. Se trataba de una casa de lo más normal y corriente en una zona de lo más normal y corriente. Vieja, pero más grande que la mía en Ashiya. Lo que pasaba es que no tenía lujos. El coche de la familia, por cierto, era un Golf azul oscuro un modelo anterior al último.) Al llegar a su casa, lo primero que hizo mi amigo fue meterse en la bañera. Y una vez dentro, tardaba en salir. Así que me llevé un pequeño taburete al espacio contiguo que servía de vestuario y, allí sentado, hablé con él a través del hueco de la puerta. Si no me refugiaba allí, tendría que aguantar las monsergas de su madre (principalmente quejas interminables sobre el bicho raro de su hijo, que no se aplicaba en los estudios). Entonces fue cuando se puso a cantar para que lo oyera —eso lo supongo, pero no estoy seguro— aquella canción de letra absurda.
—Esa letra no tiene sentido —dije—. Suena como si te estuvieras burlando de la *Yesterday* original.
—No digas tonterías. Ni me burlo ni nada parecido. Además, aunque así fuera, a John siempre le gustó lo absurdo. ¿O no?
—El que compuso *Yesterday* fue Paul.
—¿Ah, sí?
—Seguro —afirmé—. Paul la escribió, entró en el estudio de grabación solo y la cantó a la guitarra. Luego le añadieron el acompañamiento del cuarteto de cuerda. El resto del grupo no participa para nada. Los otros tres consideraban que era una canción demasiado suave para los Beatles. Aunque en los créditos figura a nombre de Lennon-McCartney.
—Mmm… No estoy al corriente de esa clase de curiosidades.
—No son curiosidades. Es un hecho de sobra conocido en todo el mundo —repuse.
—Bueno, ¡qué más darán esos pequeños detalles! —dijo Kitaru en tono flemático y entre vapores—. En el baño de mi casa yo canto lo que me viene en gana. Que tampoco pretendo sacar un disco, hombre. Y no estoy infringiendo los derechos de autor, ni le hago daño a nadie. Así que deja de meterte conmigo.
Y retomó la parte del estribillo con una voz bien proyectada, idónea para un baño. Incluso los agudos sonaban muy bien. « Y eso que hasta ayer ella estaba aquí conmigo…» , cantaba, o algo por el estilo. Y se acompañaba con el alegre chapoteo del agua que golpeaba ligeramente con ambas manos. Yo podría haberlo animado, pero no tenía ningunas ganas. No me hacía demasiada gracia

verme obligado a acompañar a alguien durante una hora mientras se bañaba y a hablar absurdamente a través de una puerta de cristal con él.

—Pero ¿cómo puedes tirarte tanto tiempo en la bañera? ¿No se te queda el cuerpo como una pasa? —le pregunté.

Yo me bañaba muy rápido. Enseguida me hartaba de estar quieto, sumergido en el agua caliente. En la bañera no se puede leer ni escuchar música. Sin esos dos elementos, no sé cómo pasar el tiempo.

—¿Sabes?, cuando estoy tranquilamente en la bañera, mi mente se relaja y se me ocurren buenas ideas. Así, como por arte de magia —dijo Kitaru.

—¿Con ideas te refieres a cosas como la letra de *Yesterday*?

—Bueno, ésa es una de ellas.

—Si tienes tanto tiempo como para que se te ocurran buenas ideas o lo que sea, ¿por qué no lo aprovechas y estudias con un poco más de seriedad para el examen de acceso? —le pregunté.

—¡Qué tío más pelma eres! Para ser tan joven, sueltas las mismas cosas que mi madre. No te las des de maduro.

—Pero ¿no te has cansado, después de dos años de *rōnin*?

—Pues claro que sí. También tengo ganas de entrar en la universidad cuanto antes y relajarme un poco. Además, quiero verme en condiciones con mi novia.

—Pues entonces aplícate un poco más.

—Mira… —dijo Kitaru en tono serio—, si fuera tan fácil, ya haría tiempo que lo habría hecho.

—La universidad es un peñazo. Cuando consigas entrar, te llevarás un chasco. Seguro. Aunque me imagino que más rollo será aún no conseguirlo.

—Has dado en el clavo. Así que no tengo nada que añadir.

—Entonces, ¿por qué no estudias?

—Porque me falta motivación —declaró Kitaru.

—¿Motivación? Verte en condiciones con tu novia me parece ya una buena motivación.

—Escucha… —dijo Kitaru. Y del fondo de su garganta brotó un extraño sonido, a medias suspiro y a medias gemido—. Si te lo cuento, voy a eternizarme, pero, en resumen, creo que estoy algo así como dividido.

Kitaru llevaba saliendo con una chica desde que cursaban primaria. Lo que se dice una novia desde la más tierna infancia. Tenían la misma edad, pero ella actualmente estaba matriculada en la Universidad Sofía de Tokio. Estudiaba filología francesa y frecuentaba el club de tenis universitario. Me había mostrado algunas fotos y era una chica tan guapa que, al verla, uno sentía el impulso irrefrenable de silbar. Tenía además estilo y una expresión muy viva. Sin embargo, ahora apenas se veían. Lo habían hablado y habían decidido que era

mejor no verse hasta que Kitaru aprobase, para no interferir en sus estudios. Había sido idea de él. Ella se había limitado a decir «Bueno, si lo prefieres así…» y se había mostrado de acuerdo. Hablaban a menudo por teléfono, pero lo que era quedar, quedaban, como mucho, una vez a la semana, y aquello, más que citas, parecían «entrevistas». Tomaban un té juntos y se ponían al día. Se tomaban de la mano. Se daban algún besito. Pero procuraban no pasar de eso. Tenían una relación bastante chapada a la antigua.

Aunque no podía afirmarse que Kitaru fuese especialmente guapo, al menos tenía unas facciones agraciadas. No era alto, pero sí esbelto, y tanto su peinado como su forma de vestir eran sencillos y elegantes. Si no abría la boca, incluso parecía un joven de ciudad educado y sensible. Podía decirse que Kitaru y su novia formaban una buena pareja. Si hubiese que buscarle algún defecto sería que, debido a la delicadeza de la hechura de su rostro en conjunto, la gente tenía la impresión de que a aquel chico le faltaba un poco de personalidad y criterio propio. Sin embargo, en cuanto abría la boca, esa primera impresión se desmoronaba, como un castillo de arena pisoteado por un vigoroso labrador retriever. Su dominio del *kansai-ben* sumado a aquella voz aguda y resonante dejaba pasmada a la gente. Y es que la incongruencia con su aspecto físico era abismal. Yo también me quedé perplejo la primera vez que me fijé en eso.

—Dime, Tanimura, ¿a ti no te apetecería salir con mi novia?

No entendí qué pretendía.

—¿A qué te refieres con salir?

—Es buena chica. Guapa, formal y bastante lista. Eso te lo garantizo. No tienes nada que perder —añadió.

—No creo que tenga nada que perder —le dije sin haber captado todavía de qué iba aquello—, pero ¿por qué tendría que salir con tu novia? No le veo la lógica.

—Porque eres un buen tío. Si no fuera así, no te lo habría propuesto.

No me servía como explicación. ¿Porque yo era un buen tío (si es que era cierto) debía *salir* con su novia?

—Erika —ése era el nombre de ella— y yo fuimos a la misma escuela del barrio, al mismo colegio de secundaria y al mismo instituto —explicó Kitaru—. En resumen: es como si hubiéramos pasado toda la vida juntos. Acabamos formando una pareja de modo natural y todo el mundo a nuestro alrededor nos dio el visto bueno. Nuestros amigos, nuestros padres e incluso los profesores. Porque estábamos siempre juntos, en armonía; que nos pasábamos el día pegados, vaya. —Kitaru juntó las palmas—. Y si hubiéramos llegado los dos a la universidad conservando esa armonía, habríamos sido felices para siempre, sin problemas ni crisis vitales. Pero yo fracasé estrepitosamente en la prueba de acceso y aquí me tienes. No sé cómo ni en qué punto exacto empezó, pero varias cosas se torcieron poco a poco. No culpo a nadie de eso, por supuesto; la culpa es

toda mía.

Yo lo escuchaba en silencio.

—Y entonces, por decirlo así, me partí en dos —dijo Kitaru. Y separó las manos que mantenía unidas.

¿Que se había partido en dos? No lo entendía.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

Kitaru permaneció largos segundos mirándose las palmas de las manos.

—Resumiendo: por una parte estoy intranquilo —dijo luego—. Mientras yo voy a una academia de mierda y estudio para un examen de mierda, Erika disfruta de su vida de universitaria, juega al tenis y hace lo que le apetece. Tiene nuevos amigos, e incluso es probable que salga con otros chicos a veces. Cuando me pongo a pensar en esas cosas, me siento abandonado, aturdido. ¿Entiendes lo que siento?

—Creo que sí.

—Pero ¿sabes qué? Por otra parte, al mismo tiempo eso me alivia un poco. Lo que quiero decir, en suma, es que si los dos lleváramos una vida de pareja despreocupada y en armonía, sin problemas ni crisis, ¿qué diablos pasaría en un futuro? Me parece que antes es mejor que caminemos por sendas diferentes por un tiempo y que cuando, efectivamente, sintamos que nos necesitamos, volvamos a juntarnos. Sí, a veces pienso que también existe esa opción. ¿Comprendes?

—Me parece que te comprendo y que, al mismo tiempo, no te comprendo —dije.

—Quiero decir que si, por ejemplo, me licenciara en la universidad, consiguiera un empleo en alguna empresa, me casara con Erika y formáramos un matrimonio ideal y feliz, tuviéramos un par de críos, los matriculáramos en la misma escuela primaria de Den-en-chōfu a la que fuimos nosotros, los domingos fuéramos de picnic a orillas del río Tamagawa, *obladí, obladá*… Por supuesto, como vida no estaría nada mal, pero no puedo negar que me preocupa, que no creo que sea bueno que la vida resulte tan natural, agradable y sin contratiempos.

—El problema es el hecho de que sea natural, agradable y sin contratiempos. ¿Es eso lo que quieres decirme?

—Pues sí, es eso.

Yo no tenía ni idea de qué problema había en que todo fuese natural, agradable y sin contratiempos, pero como no quería que la conversación se eternizase, decidí no insistir.

—Aun así, ¿por qué tengo que salir yo con tu novia? —quise saber.

—Porque si va a acabar saliendo con otro chico, prefiero que sea contigo. A ti te conozco bien. Además, así podrías contarme qué tal le va a ella.

Todo aquello no tenía mucho sentido, pero confieso que tenía curiosidad por citarme con la novia de Kitaru. En fotografía era una belleza de las que llaman la

atención y quería saber cómo alguien como ella se prestaba a salir con un tipo tan estrafalario como él. Era presa de la curiosidad, pese a que siempre he sido bastante cohibido ante los extraños.

—¿Y hasta dónde has llegado con ella? —le pregunté.

—¿Te refieres al sexo? —dijo Kitaru.

—Sí. ¿Habéis llegado hasta el final?

Kitaru negó con la cabeza.

—¡Ni en broma! Como nos conocemos desde pequeños, me resultaría un tanto incómodo desnudarla, o acariciarla o tocarla. Si fuera otra chica, no creo que me sucediera, pero el solo hecho de imaginarme metiéndole la mano bajo las bragas o algo por el estilo me resulta inapropiado. ¿Entiendes?

No, no lo entendía.

—Obviamente, sí nos besamos y nos tomamos de la mano —prosiguió él—. A veces también le acaricio los pechos por encima de la ropa. Pero medio jugando. Total, que aunque nos calentemos un poco, no se crea una atmósfera que nos impulse a dar un paso más.

—Pero ¡qué atmósferas ni qué narices! Eso es algo que en cierto modo uno tiene que trabajarse e ir preparando, ¿no crees? —le dije—. La gente lo llama libido.

—No, te equivocas. En nuestro caso las cosas no funcionan de esa manera. Aunque no sé bien cómo explicarlo —repuso Kitaru—. Por ejemplo, cuando te masturbas, te viene a la mente una chica en concreto, ¿no?

—Claro —contesté.

—Pues yo soy completamente incapaz de imaginarme a Erika. Tengo la sensación de que eso está mal. Por eso procuro pensar en otras chicas. Y en chicas que no me gusten demasiado. ¿Qué opinas?

Reflexioné un momento, pero no logré llegar a nada semejante a una conclusión. ¿Qué podía decir de las pajas de los demás? Incluso hay cosas de mí mismo que me cuestan entender.

—En cualquier caso, ¿por qué no probamos a quedar un día los tres? —propuso Kitaru—. Luego ya te lo pensarás con calma.

Kitaru, su novia (su nombre completo era Erika Kuritani) y yo quedamos un domingo por la tarde en una cafetería próxima a la estación de Den-en-chōfu. Ella era de la misma estatura que Kitaru, estaba morena y vestía una blusa blanca de manga corta bien planchada y una minifalda azul marino. Parecía la típica chica bien de Yamanote,[11] que estudiaba en una universidad privada femenina. Era tan maravillosa como en las fotografías, pero vista de cerca, más que la belleza de sus rasgos llamaba la atención la franca vitalidad que desbordaba su cuerpo. Y que contrastaba con la frágil apariencia de su novio.

Kitaru nos presentó.

—Aki, me alegro de que hayas hecho un amigo —dijo Erika Kuritani.

El nombre de Kitaru era Akiyoshi. La única persona en el mundo que lo llamaba Aki era ella.

—¡Qué exagerada! Tengo amigos a patadas —exclamó Kitaru.

—¡Mentira! —replicó ella—. Te cuesta hacer amigos, no lo niegues. Alguien que a pesar de haberse criado en Tokio sólo habla *kansai-ben,* que cuando abre la boca únicamente es para hablar hasta la saciedad de los Hanshin Tigers y del *tsumeshōgi,* alguien tan *excéntrico* como tú, es incapaz de relacionarse con la gente normal.

—Pues ahora que lo dices, este que tienes aquí también es bastante rarillo —dijo Kitaru señalándome con el dedo—. Aunque viene de Ashiya, sólo sabe hablar en japonés tokiota.

—¿Y no es eso bastante normal? —repuso ella—. Por lo menos es más frecuente que lo contrario.

—¡Eh!, que eso es discriminación cultural —protestó Kitaru—. ¿Acaso no son iguales todas las culturas? ¿Te crees que el japonés de Tokio es superior al *kansai-ben*?

—Mira, puede que sean iguales, pero a partir de la Restauración Meiji, el japonés estándar se fijó de acuerdo con la manera de hablar de Tokio —replicó Erika Kuritani—. Como prueba está el que no exista, por ejemplo, ninguna traducción al *kansai-ben* de *Franny y Zooey* de Salinger.

—Pues si la publicaran, yo me la compraría —dijo Kitaru.

«Yo también me la compraría», pensé, pero no dije nada. Era mejor no abrir el pico demasiado.

—De todas formas, es algo de sentido común —dijo ella—. Lo que pasa es que tú, Aki, tienes esa fijación tendenciosa metida en la mollera.

—¿Qué fijación tendenciosa ni qué historias? A mí lo único que me parece una fijación tendenciosa, y muy perniciosa, es la discriminación cultural —se quejó Kitaru.

En este punto, Erika Kuritani optó inteligentemente por eludir esa discusión y cambiar de tema.

—En el club de tenis que frecuento también hay una chica de Ashiya —dijo dirigiéndose a mí—. Se llama Eiko Sakurai. ¿La conoces?

—Sí, la conozco —dije.

Eiko Sakurai. Una chica alta y delgada con una nariz un tanto extraña cuyos padres poseían un enorme campo de golf. Era engreída y un poco antipática. Apenas tenía pecho. Por otro lado, jugaba bien al tenis y solía participar en torneos. Pero, con franqueza, no me apetecía mucho volver a verla.

—Pues éste, que es bastante buen tío, ahora mismo no tiene novia —le dijo Kitaru a Erika Kuritani, refiriéndose a mí—. Por su aspecto, parece del montón,

pero es educado y bastante sensato, no como yo. Sabe de muchas cosas y lee libros sesudos. Es pulcro y creo que no padece ninguna enfermedad. Tengo la impresión de que es un chico con un futuro prometedor.

—¡Qué bien! —exclamó ella—. En mi club han entrado algunas chicas nuevas muy monas, así que ya te las presentaré.

—No, mujer, no es eso —dijo Kitaru—. ¿Por qué no sales tú con él? Yo sigo siendo *rōnin* y no puedo dedicarte tanto tiempo como me gustaría. En cambio, creo que él podría ser una buena pareja para ti, y yo me quedaría más tranquilo.

—¿Qué quiere decir eso de que te quedarías más tranquilo? —quiso saber Erika Kuritani.

—En resumen: que os conozco a los dos y me sentiré más tranquilo que si sales con un desconocido.

Erika Kuritani entornó los ojos y miró a Kitaru a la cara, como si contemplara un cuadro paisajístico realizado con una perspectiva equivocada.

—¿Y por eso me dices que debería salir con Tanimura? ¿Como él es *bastante buen tío,* nos aconsejas en serio que mantengamos una relación de pareja?

—No es tan mala idea, ¿no crees? ¿O es que ya estás saliendo con alguien?

—No, hombre, no. No salgo con nadie —contestó ella en tono tranquilo.

—Entonces, ¿por qué no pruebas a salir con él? Considéralo un intercambio cultural.

—¿Un intercambio cultural? —repitió Erika. Y me miró.

Como me dio la impresión de que, dijera yo lo que dijese, no iba a servir de nada, guardé silencio. Tomé la cucharilla de café y observé con interés la forma del mango. Como un conservador de un museo que examinara una pieza extraída de la excavación de una tumba egipcia.

—¿A qué te refieres con un intercambio cultural?

—Dime, ¿no crees que nos vendría bien adoptar otros puntos de vista? —dijo Kitaru.

—¿Y a eso llamas tú intercambio cultural?

—Sí, pero lo que quiero decir es…

—Muy bien —soltó Erika Kuritani. Si hubiera tenido un lápiz delante, seguramente lo habría cogido y partido en dos—. Si así lo quieres, Aki, hagamos ese intercambio cultural. —Dio un trago a su té negro, devolvió la tacita al platillo y luego se dirigió a mí sonriendo—: De acuerdo, Tanimura. Ya que nos lo recomienda Aki, la próxima vez salgamos solos. ¿No te parece divertido? ¿Cuándo te viene bien?

Me quedé mudo. El que no se me ocurriesen las palabras adecuadas en los momentos importantes era uno de mis problemas. Uno puede cambiar de lugar de residencia o de lengua, pero esa clase de problemas fundamentales no se resuelven así como así.

Erika Kuritani sacó una agenda de cuero rojo del bolso y, hojeándola,

consultó sus compromisos.

—¿Estás libre este sábado?

—El sábado no tengo ningún plan, pero… —dije.

—Entonces quedamos para el sábado. ¿Dónde podríamos ir?

—A Tanimura le gusta el cine —apuntó Kitaru—. Sueña con ser guionista de cine. Incluso se ha inscrito en un curso sobre guiones de la universidad.

—Entonces podemos ir a ver una película. ¿Cuál podría ser?… Bueno, eso lo dejo en tus manos, Tanimura. A mí me gustan todos los géneros, excepto las películas de terror, que no las soporto.

—Erika es una cagueta tremenda —me dijo Kitaru—. De pequeños, cuando íbamos juntos a la casa del terror en Kōrakuen,[12] siempre teníamos que ir de la mano y…

—Después de la película podemos ir a tomar algo con calma —lo interrumpió Erika Kuritani. A continuación anotó un teléfono en una hojita y me la pasó—. Es el número de teléfono de mi casa. Cuando decidas dónde y cuándo quedamos, me llamas, ¿vale?

Yo, como en ese momento no tenía teléfono (hay que pensar que estoy hablando de una época en que los móviles todavía no existían ni por asomo), le di el número de la cafetería donde trabajaba. Luego eché un vistazo a mi reloj.

—Lo siento, pero tengo que marcharme —dije en un tono lo más animado que pude—. He de terminar un trabajo para mañana.

—¡Qué más da, hombre! —dijo Kitaru—. Para una vez que podemos reunirnos los tres, ¿por qué no charlamos tranquilamente? Cerca de aquí hay un restaurante de *soba*[13] bastante bueno…

Erika Kuritani no dio su opinión al respecto. Yo dejé el dinero de mi café sobre la mesa y me levanté.

—Es que es un trabajo bastante importante, lo siento —me excusé, aunque, en realidad, daba igual si lo hacía o no—. Te llamaré mañana o pasado —le dije a Erika Kuritani.

—Estaré esperándote —dijo ella y esbozó una sonrisa encantadora. Quizá un poco demasiado encantadora como para ser sincera.

Mientras me dirigía a la estación, tras salir de la cafetería y alejarme de los dos, me pregunté cómo había podido prestarme a algo así. Y es que otro de mis problemas consiste en pensar por qué las cosas son como son una vez que ya se han decidido.

Aquel sábado quedé con Erika Kuritani en Shibuya y vimos una película de Woody Allen ambientada en Nueva York. La elegí porque, cuando conocí a Erika, había tenido la impresión de que quizá le gustaría ver una película de

Woody Allen o de algún director semejante. Además, no creía que Kitaru la invitase a ver esa clase de filmes. Afortunadamente, la película estaba bien y los dos salimos del cine de buen humor.

Tras un corto paseo por las calles, ya al atardecer, entramos en un pequeño restaurante italiano en Sakuragaoka, pedimos una pizza y bebimos vino de Chianti. Era un local informal con precios asequibles. La iluminación era tenue, en cada mesa había una vela encendida (en aquella época, en casi todos los restaurantes italianos había velas y manteles a cuadros). Mantuvimos la típica conversación entre dos estudiantes universitarios de segundo curso en su primera cita (si es que a aquello podía llamársele cita): hablamos de la película que acabábamos de ver, de nuestras respectivas vidas universitarias, de nuestros gustos. La conversación se animó más de lo previsto y ella se rió a carcajadas varias veces. No está bien que lo diga yo, pero tengo una especie de don para conseguir que las chicas se rían.

—Aki me contó que hace poco rompiste con tu novia del instituto. ¿Es verdad? —me preguntó ella.

—Sí. Salimos casi tres años, pero la cosa no salió bien. Por desgracia.

—Aki también dijo que el motivo por el que no funcionó fue el sexo. O sea, ¿cómo decirlo?… Que ella no te daba lo que querías.

—En parte sí, pero no fue sólo por eso. Supongo que si hubiera estado enamorado de verdad, si de verdad hubiera estado seguro de que la quería, lo habría llevado mejor. Pero no era así.

Erika Kuritani asintió.

—Aunque hubiéramos llegado hasta el final, el resultado habría sido el mismo —continué—. Cuando me marché a Tokio y puse distancia de por medio, poco a poco empecé a verlo claro. Fue una pena que las cosas no salieran bien, pero ¡qué se le va a hacer!

—¿Te resulta duro?

—¿El qué?

—Quedarte de repente solo cuando antes erais dos.

—A veces —contesté con sinceridad.

—Pero ¿no te parece que, cuando eres joven, en cierta medida es necesario vivir periodos tristes y difíciles como ése? O sea, como parte del proceso de madurez.

—¿Eso crees?

—Es como un árbol: para crecer fuerte y robusto, necesita pasar inviernos duros. Si el clima siempre es cálido y suave, ni siquiera se le forman anillos.

Intenté imaginarme los anillos de crecimiento que había en mí. Se parecían a los restos de un *baumkuchen*[14] de hacía tres días. Cuando se lo dije, se echó a reír.

—Tal vez los seres humanos necesiten pasar por esos periodos —dije—. Pero

sería estupendo saber que algún día acabarán.

Ella sonrió.

—No te preocupes. Seguro que tarde o temprano encontrarás a alguien.

—Ojalá —dije—. Ojalá.

Erika Kuritani se quedó pensativa. Entretanto, yo me comí un trozo de la pizza que nos habían servido.

—Tanimura —me dijo entonces—, me gustaría pedirte un consejo. ¿Te importa?

—Claro que no. —«Vaya, vaya», pensé, «me parece que estoy a punto de meterme en un lío.». Otro de mis sempiternos problemas era que cualquiera me pedía enseguida consejo sobre asuntos importantes. Y lo que Erika Kuritani estaba a punto de sacar a colación tenía toda la pinta de ser una consulta sobre un tema no demasiado agradable.

—Últimamente me siento bastante confusa —declaró. Sus ojos se desplazaron lentamente de izquierda a derecha, como una gata en busca de algo—. Creo que tú también te habrás dado cuenta de que Aki, a pesar de estar en su segundo año de *rōnin,* apenas está estudiando para el examen de acceso. Ni siquiera se pasa por la academia. Así que imagino que el año que viene tampoco aprobará. Por supuesto, podría acceder a una universidad con un nivel más bajo, pero por algún motivo se le ha metido la de Waseda en la cabeza. Está empeñado en que tiene que ir a esa universidad. A mí me parece absurdo, pero da igual lo que yo, sus padres o los profesores le digamos, porque le entra por un oído y le sale por el otro. Si al menos se esforzara por aprobar… Pero es que ni siquiera hace eso.

—¿Y por qué crees que no estudia?

—Aki piensa que basta con tener suerte para aprobar el examen —prosiguió Erika—. Que prepararse es una pérdida de tiempo, es desperdiciar su vida. No logro entender cómo puede pensar así.

«Quizá sea otra forma de ver las cosas», pensé, pero por supuesto no lo dije.

Erika Kuritani suspiró y dijo:

—De pequeño, Aki sacaba las mejores notas de la clase. Pero ya en secundaria, empeoraron poco a poco, como si se deslizara por una pendiente. Tiene un punto de genio, pero a pesar de ser inteligente, por lo visto la constancia en el estudio no casa con su personalidad. No logra adaptarse al sistema educativo y se dedica a hacer cosas estrafalarias. Al revés que yo. Yo no soy tan lista como él, pero me aplico en los estudios.

Yo había conseguido acceder a la universidad sin estudiar demasiado. Quizá sólo tuve buena suerte.

—Quiero mucho a Aki y creo que tiene grandes virtudes. Pero a veces me cuesta aceptar su manera de pensar. Por ejemplo, lo del *kansai-ben.* ¿Cómo se le ocurre a una persona nacida y criada en Tokio esforzarse para hablar en *kansai-*

ben? Es absurdo. Al principio pensaba que se trataba de una broma, pero no: va en serio.

—¿No será que quería forjarse un carácter distinto al que había tenido hasta entonces? —aventuré. Curiosamente, yo me había esforzado por hablar el japonés estándar, y él, al contrario, por hablar en *kansai-ben*.

—¿Y habla en *kansai-ben* sólo por eso?

—Desde luego, es una decisión bastante extrema, pero…

Erika Kuritani cogió un trozo de pizza y mordió un pedazo un poco mayor que el tamaño de un sello conmemorativo. Tras masticarlo con aire pensativo, dijo:

—Tanimura, me gustaría preguntarte algo. No tengo a nadie más a quien pueda preguntárselo. ¿Te importa?

—No, en absoluto —respondí. No habría podido contestar otra cosa.

—En teoría, cuando un chico y una chica intiman durante bastante tiempo, él la desea, ¿no?

—En teoría, creo que sí.

—Cuando te besas con alguien, tienes ganas de ir más allá, ¿cierto?

—Normalmente sí.

—En tu caso también fue así.

—Claro.

—Pues Aki no. Aunque estemos a solas, no desea nada más.

Tardé un poco en encontrar las palabras con que contestarle.

—Me imagino que es algo totalmente personal, que la forma de desear varía dependiendo de cada uno. Es evidente que tú le gustas a Kitaru y, a lo mejor, si le cuesta dar un paso en esa dirección es porque te considera algo demasiado cercano y natural.

—¿En serio crees eso?

Negué con la cabeza.

—No puedo afirmarlo categóricamente, porque no he vivido nada parecido. Simplemente digo que quizá sea eso.

—A veces pienso si no será que no le atraigo sexualmente.

—Estoy seguro de que sí se siente atraído, pero tal vez le avergüence admitirlo.

—Tenemos ya veinte años. ¿Cómo va a sentir vergüenza?

—Quizá haya un pequeño *décalage* entre su edad y su manera de ser —aventuré.

Erika Kuritani reflexionó. Cuando pensaba daba la impresión de que lo hacía a fondo, yendo directa a la esencia del asunto.

—Kitaru debe de estar buscando algo seriamente —proseguí—. Y lo hace a su manera, distinta de la de los demás, a su ritmo y de un modo muy puro y directo. Pero creo que ni siquiera él mismo sabe todavía qué busca. Por eso no consigue encajar en lo que le rodea ni tirar hacia delante. Buscar algo cuando

uno no sabe qué está buscando es muy complicado.

Erika Kuritani alzó la cara y en silencio me miró a los ojos. En sus pupilas negras dos puntitos reflejaban bella e intensamente la llama de la vela. No fui capaz de aguantar la mirada.

—Aunque, claro, tú lo conocerás mejor que yo —me excusé.

Ella volvió a suspirar.

—¿Sabes? —dijo al cabo—. En realidad, estoy saliendo con otro chico, aparte de Aki. Es un año mayor y frecuenta el mismo club de tenis que yo.

Esta vez fui yo quien guardó silencio.

—Quiero a Aki de todo corazón, y dudo que pueda sentir algo tan profundo por nadie más. Cuando estoy lejos de él, siento una punzada de sordo dolor en el pecho. Como cuando te duele una caries. Lo digo de verdad. En mi corazón hay una parte reservada para él. Pero al mismo tiempo, ¿cómo podría decirlo?…, siento como un anhelo que me lleva a buscar algo diferente, a probar otras cosas. Llámalo curiosidad, espíritu aventurero u horizonte de posibilidades. Es algo tan natural que, aunque lo intente, soy incapaz de resistirme.

« Como una planta robusta no puede contenerse en una maceta» , me dije.

—A eso me refiero cuando digo que estoy confusa —aclaró Erika Kuritani.

—Entonces creo que deberías confesarle esos sentimientos a Kitaru —dije midiendo mis palabras—. Si por casualidad se enterara de que sales a escondidas con otro, le harías daño y me imagino que eso no te agradaría, ¿no?

—Pero ¿crees que podrá aceptarlo? ¿Que entenderá que mantenga una relación con otra persona?

—Me parece que sabrá entenderte, sí —dije.

—¿De verdad?

—Sí.

Seguramente, Kitaru ya había advertido esa inestabilidad emocional, esa confusión en Erika. Porque él también la sentía. En ese aspecto, sin duda estaban compenetrados. Sin embargo, yo no estaba seguro de cómo se tomaría mi amigo lo que su novia estaba haciendo (o lo que *podría* llegar a hacer). A mi juicio, Kitaru no era un tipo tan fuerte. Pero creía que soportaría aún peor el hecho de que ella se lo ocultase, que le mintiese.

Erika Kuritani observó en silencio cómo la llama de la vela se agitaba debido al aire acondicionado.

—¿Sabes? —dijo luego—. A menudo tengo un sueño. En el sueño, Aki y yo estamos en un barco. Un gran buque en pleno crucero. Estamos a solas en un pequeño camarote, bien entrada la noche, y por el ojo de buey se ve la luna llena. Pero es una luna de hielo, un hielo limpio y transparente. Y la mitad inferior está sumergida en el mar. Entonces Aki me explica: « Parece una luna, pero en realidad es un objeto hecho de hielo de unos veinte centímetros de grosor. Así que, cuando salga el sol por la mañana, se derretirá» . Sueño esta escena una

y otra vez. Es un sueño precioso. Siempre la misma luna. Siempre veinte centímetros de grosor. La mitad inferior hundida en el mar. Yo apoyo la cabeza en el hombro de Aki, la luna resplandece con gran belleza, estamos a solas y las olas producen un agradable rumor. Pero, al despertar, siempre estoy muy triste. La luna de hielo ya no se ve por ninguna parte. —Erika Kuritani se interrumpió —. Sería fantástico poder hacer ese crucero Aki y yo, los dos solos —añadió al cabo—. Cada noche, muy juntos, miraríamos la luna de hielo desde el ojo de buey. Al amanecer, la luna se derretiría, pero de noche volvería a asomar. O quizá no. Quizá una noche dejaría de salir. Me asusta pensar en eso. Si me pongo a pensar en qué soñaré mañana, me entra tanto miedo que incluso me parece oír el ruido de mi cuerpo al encogerse.

Al día siguiente, cuando vi a Kitaru en la cafetería donde trabajábamos, quiso saber cómo había ido la cita.

—¿Os besasteis?

—¿Cómo íbamos a besarnos? —repuse.

—Aunque lo hubierais hecho, no me enfadaría —aseguró.

—Da igual: no lo hicimos.

—¿No os tomasteis de la mano?

—No.

—Entonces, ¿qué hicisteis?

—Vimos una película, dimos un paseo, cenamos y hablamos —le conté.

—¿Sólo eso?

—En las primeras citas no suele hacerse nada demasiado atrevido.

—¿Ah, no? Es que yo apenas he tenido citas. No sé mucho de eso.

—Pero lo pasé bien con Erika. Si fuera mi novia, no me apartaría de ella bajo ningún concepto.

Kitaru se quedó pensativo. Pareció que quería decir algo, pero al final lo pensó mejor y se mordió la lengua.

—¿Y qué comisteis? —preguntó al rato.

Le conté lo de la pizza y el Chianti.

—¿Pizza y Chianti? —se sorprendió—. No tenía ni idea de que le gustase la pizza. Nosotros sólo hemos ido a restaurantes de *soba* o de platos combinados… ¿Así que también toma vino? Ni siquiera sabía que bebiera alcohol.

El propio Kitaru jamás lo probaba.

—Seguro que hay muchos aspectos de ella que no conoces —comenté.

Le hablé con más detalle de todo lo que habíamos hecho. Lo de la película de Woody Allen (me hizo contarle hasta los pormenores del argumento), lo que cenamos («¿Cuánto os cobraron?», «¿pagasteis a medias?»), cómo iba vestida Erika («Con un vestido blanco de algodón y el pelo recogido en un moño»), qué

ropa interior llevaba (« ¿Cómo voy a saberlo?»), de qué hablamos. Lo de que, a modo de prueba, estaba saliendo con un chico mayor que ella, eso, por supuesto, me lo guardé. Tampoco le hablé del sueño en que aparecía la luna de hielo.

—¿Vais a quedar otra vez?

—No.

—¿Por qué? ¿No te gustó?

—Sí, me parece maravillosa. Pero no puede ser. ¿Acaso no es tu novia? Por mucho que insistas, no voy a besarla.

Kitaru reflexionó.

—Escucha, desde que terminé la secundaria he estado visitando con regularidad a un terapeuta —dijo después—. Mis padres y los profesores me obligaron. Porque de vez en cuando causaba problemas en la escuela. Es decir, porque *no soy como los demás.* Pero no creo que ir a terapia me haya servido de nada. Terapeutas: suena como si fueran la leche, pero en realidad son unos fantoches. ¡Hasta yo sé escuchar lo que la gente dice poniendo cara de entendido!

—¿Sigues yendo a terapia?

—Sí. Ahora voy dos veces al mes. Es tirar el dinero. ¿No te habló Erika de lo de la terapia?

Negué con la cabeza.

—Francamente, no sé qué tiene de anormal mi forma de pensar. Desde mi punto de vista, me comporto como cualquier otra persona. Sin embargo, todo el mundo asegura que la mayoría de las cosas que hago no son normales.

—Bueno, yo también creo que hay ciertas cosas que no son muy normales —dije.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, para ser un tokiota que lo ha aprendido por su cuenta, tu *kansai-ben* es tan perfecto que resulta raro.

—Es cierto —admitió Kitaru—. Quizá eso no sea muy normal.

—Quizá a las personas en general esas cosas las inquieten.

—Tal vez.

—Una persona en su sano juicio no habría llegado tan lejos.

—Puede que tengas razón.

—Pero en mi opinión, aunque no puede decirse que sea muy normal, por lo que yo sé no creo que hayas molestado a nadie.

—Por ahora, no.

—Pues entonces, ¿qué más da? —dije. En ese instante, yo debía de estar un poco enfadado (aunque no sé con quién), y me percaté de que había empleado un tono un tanto alterado—. ¿Qué problema hay? Si *por ahora* no has molestado a nadie, ¿qué importa? ¿Qué sabemos nosotros de lo que ocurrirá en adelante? Si te apetece hablar en *kansai-ben,* hazlo cuanto te dé la gana. Háblalo hasta que te

canses. Si no quieres estudiar para el examen, pues no estudies. Si no quieres meterle la mano bajo las bragas a Erika Kuritani, no se la metas. Es tu vida. Puedes hacer lo que te apetezca. No tienes por qué rendir cuentas a nadie.

Kitaru me miró fijamente a los ojos, boquiabierto.

—¿Sabes, Tanimura? Eres un tío genial. Aunque quizá demasiado normal a veces.

—¿Qué le voy a hacer? —repuse—. Uno no puede cambiar su forma de ser.

—En efecto. Uno no puede cambiarla. Eso es justo a lo que me refiero.

—Pero Erika Kuritani es muy buena chica. Te toma muy en serio. Pase lo que pase, no deberías alejarte de ella, porque no volverás a encontrar a otra igual.

—Lo sé. Eso lo sé perfectamente, pero… sólo con saberlo no soluciono nada.

—Deja de replicarte a ti mismo a lo *manzai* —le dije.

Unas dos semanas después, Kitaru dejó el trabajo en la cafetería. O, mejor dicho, un buen día no acudió. Ni siquiera avisó de que no iría. Como era una época de mucho ajetreo, la dueña de la cafetería montó en cólera: «¡Menudo irresponsable!». Le debían una semana de sueldo, pero ni siquiera pasó a recoger el dinero. Cuando la dueña me preguntó si sabía sus señas, le contesté que no. En realidad, no tenía su número de teléfono. Lo único que sabía era dónde estaba su casa en Den-en-chōfu y el número de teléfono de Erika Kuritani.

Kitaru nunca me dijo que fuese a dejar el trabajo y, después de marcharse, jamás volvió a ponerse en contacto conmigo. Simplemente desapareció sin más de mi vida. Aquello me dolió, pues consideraba que nos unía cierta amistad. En cierto modo, fue un golpe que cortase tan fácilmente su relación conmigo. Porque en Tokio yo no había sido capaz de hacer ningún otro amigo como él.

Lo que sí me llamó la atención fue que, en los últimos dos días, Kitaru había estado muy callado. Cuando le hablaba, apenas respondía. Y luego desapareció. Podría haber llamado a Erika Kuritani para preguntarle si tenía noticias de él, pero por alguna razón no me pareció buena idea. Pensé que lo que ocurriese entre ambos debían resolverlo entre ellos. No sería sano implicarse aún más en su extraña y complicada relación. Yo tenía que tratar de sobrevivir en el modesto mundo al que pertenecía.

Poco después de su desaparición, empecé a acordarme con frecuencia de la novia con quien había roto. Quizá conocerlos a ambos había despertado ciertos sentimientos en mí. Un buen día le escribí una larga carta en la que le pedía perdón por lo que había hecho. Lo cierto es que podía haber sido mucho más amable con ella. Pero nunca recibí respuesta.

Enseguida, nada más verla, supe que se trataba de Erika Kuritani. No había vuelto a encontrarme con ella desde aquella cita, y ya habían pasado dieciséis años. Aun así, no había margen de error. Tenía la misma expresión vivaz y estaba tan guapa como entonces. Vestido de encaje negro, zapatos de tacón negros, doble collar de perlas en su fino cuello. También ella se acordó enseguida de mí. Estábamos en una sala de un hotel de Akasaka donde se celebraba una fiesta con cata de vinos. Dado que era un acto de etiqueta, yo llevaba traje oscuro y corbata. Explicar qué hacía yo en un lugar así me llevaría mucho tiempo. Ella era la responsable de la agencia de publicidad que organizaba el evento. Se notaba que desempeñaba su trabajo con gran competencia.

—Dime, Tanimura, ¿por qué no me llamaste más? La verdad es que me habría gustado volver a hablar con calma contigo…

—Eras demasiado guapa para mí.

Ella sonrió.

—Gracias, aunque no sea más que un cumplido.

—Jamás en mi vida ha salido un cumplido de esta boca —aseguré.

Su sonrisa se ensanchó. Pero lo que le había dicho no era ni una mentira ni un cumplido. Era demasiado guapa para interesarme seriamente por ella. Lo era antes y también ahora. Además, su sonrisa era demasiado maravillosa para ser real.

—Tiempo después llamé a la cafetería donde trabajabas, pero me dijeron que te habías marchado —dijo ella.

—Cuando Kitaru se fue, el trabajo se volvió tan aburrido que al cabo de dos semanas lo dejé.

Erika Kuritani y yo hicimos sendos resúmenes de lo que habían sido nuestras vidas durante los últimos dieciséis años. Tras licenciarme, yo había encontrado un empleo en una pequeña editorial, pero al cabo de tres años lo había dejado y desde entonces me dedicaba a escribir. A los veintisiete años me había casado. De momento no tenía hijos. Erika, por su parte, estaba soltera. «Estoy muy ocupada. Me cargan con tanto trabajo que no tengo tiempo ni para casarme», dijo, medio en broma. Supuse que habría tenido muchas relaciones después de Kitaru. Algo en el aura que desprendía me hacía pensarlo. Fue ella quien sacó el tema de Kitaru.

—¿Sabías que Aki está trabajando de chef de *sushi* en Denver? —dijo Erika Kuritani.

—¿Denver?

—Denver, estado de Colorado. Al menos eso me escribió en la postal que me envió hace tres meses.

—¿Y por qué Denver?

—No lo sé. La anterior postal, hará cosa de un año, me llegó desde Seattle, donde también trabajaba como chef de *sushi*. A veces, cuando se acuerda, me manda una postal. Suelen ser postales con imágenes tontas y sólo escribe cuatro cosas. Ni siquiera anota el remite.

—Así que chef de *sushi*… —dije—. ¿Al final no entró en la universidad?

Ella negó con la cabeza.

—Creo que, a finales de verano, de repente renunció a presentarse al examen. Dijo que era una pérdida de tiempo. Entonces se matriculó en una escuela de cocina en Osaka. Comentó que quería estudiar a fondo la gastronomía de Kansai y que, además, así podría ir al estadio de Kōshien. Por supuesto, yo le dije: « O sea, que has decidido algo tan importante como marcharte a Osaka. ¿Y qué pasa conmigo?» .

—¿Y qué dijo él?

Erika calló. Apretó los labios. Me dio la impresión de que se disponía a responder, pero que temía que, en el momento en que abriese la boca, aflorarían las lágrimas. Y que, pasara lo que pasase, no quería echar a perder aquel rímel aplicado con tanto esmero. Enseguida cambié de tema.

—La última vez que nos vimos bebimos un Chianti barato en un restaurante italiano de Shibuya, ¿te acuerdas? Y hoy estamos catando vinos de Napa. Curiosa coincidencia, ¿no crees?

—Me acuerdo muy bien —dijo ella, serenándose poco a poco—. Fuimos a ver una película de Woody Allen. ¿Cuál era?

Le recordé el título.

—La verdad es que era bastante buena, ¿no?

Me mostré de acuerdo. Es una de las obras maestras de Woody Allen.

—¿Y cómo te fue con aquel chico con el que salías, aquel que era un año mayor que tú y que iba al mismo club de tenis? —le pregunté.

—Por desgracia, no funcionó —contestó, negando con la cabeza—. No sé, no nos entendíamos. Salimos medio año y luego lo dejamos.

—¿Puedo preguntarte algo? Es bastante personal, pero…

—Claro que sí. Espero saber responder.

—Espero que no te moleste la pregunta.

—Lo intentaré.

—¿Llegaste a acostarte con ese chico?

Erika Kuritani me miró a los ojos, sorprendida. Se había ruborizado ligeramente.

—Tanimura, ¿por qué quieres saber eso, ahora, aquí…?

—¿Por qué? —repuse—. Quizá porque sentía cierta curiosidad desde hace tiempo. De todas formas, siento haberlo mencionado. Discúlpame.

Erika Kuritani hizo un leve gesto negativo con la cabeza.

—Bueno, no es que me haya sentado mal. Simplemente, dicho así, tan de

repente, me ha desconcertado un poco. Ocurrió hace tanto…

Lentamente, eché un vistazo a mi alrededor. Aquí y allá, invitados con trajes de gala degustaban el vino. Se descorchaban caras botellas, una tras otra. Una joven pianista tocaba *Like Someone in Love*.

—La respuesta es que sí —dijo Erika Kuritani—. Lo hicimos varias veces.

—La curiosidad, el espíritu aventurero, el horizonte de posibilidades…

Ella esbozó una débil sonrisa.

—Sí, la curiosidad, el espíritu aventurero, el horizonte de posibilidades…

—Así es como vamos adquiriendo anillos —comenté.

—Si tú lo dices…

—Por casualidad, ¿no fue poco después de nuestra cita en Shibuya cuando tuviste por primera vez ese tipo de relaciones con aquel chico? —quise saber.

Ella hojeó las páginas de su archivo mental.

—Sí. Creo que fue una semana después. De esa época me acuerdo bastante bien. Porque fue mi primera experiencia.

—Entonces, Kitaru tenía buen olfato —dije mirándola a los ojos.

Ella desvió la vista y estuvo un rato toqueteándose una por una las perlas del collar. Como para cerciorarse de que seguían allí. Luego soltó un leve suspiro, como si hubiera recordado algo.

—Sí. Tienes razón. Aki tenía una intuición privilegiada.

—Pero, al final, entre ese chico y tú las cosas no funcionaron.

Ella asintió.

—Yo, por desgracia, no soy tan lista —dijo—. Así que necesitaba dar una especie de rodeo. Puede que aun hoy siga alargándolo.

Todos damos un rodeo sin fin. Eso quise decirle, pero me callé. Otro de mis problemas es que me excedo soltando frases lapidarias.

—¿Kitaru se casó?

—Que yo sepa, sigue soltero —contestó Erika Kuritani—. Al menos yo no tengo noticia de que se haya casado. Quizá ninguno de los dos estemos hechos para el matrimonio.

—O quizá simplemente estéis dando un largo rodeo.

—Tal vez.

—¿No hay posibilidad de que volváis a encontraros y a estar juntos?

Ella rió bajando la cabeza y moviéndola un poco a ambos lados. No supe interpretar aquel gesto. Tal vez quería decir que no existía tal posibilidad. O que pensar en ello de nada servía.

—¿Todavía sueñas con la luna de hielo? —le pregunté.

De súbito, alzó la vista y me miró. Después una sonrisa afloró a su rostro. Con mucha lentitud, tomándose su tiempo. Y era una sonrisa espontánea, que le salía del alma.

—Todavía recuerdas el sueño, ¿eh?

—No sé por qué, pero sí.

—Y eso que era un sueño ajeno.

—Es que los sueños pueden prestarse o tomarse prestados cuando la ocasión lo requiere, sin duda —dije. Efectivamente, puede que suelte demasiadas frases lapidarias.

—Es una bonita forma de pensar —dijo Erika Kuritani sin dejar de sonreír.

Detrás de ella, alguien la llamó. Por lo visto, era hora de volver al trabajo.

—Ya no sueño con eso —me dijo por último—. Pero todavía lo recuerdo con claridad. No conseguiré olvidar tan fácilmente esa escena, y tampoco lo que sentía. Quizá jamás lo olvide.

Entonces, por un instante, clavó la mirada en algún punto más allá de mi hombro. Como si buscara la luna de hielo en el firmamento. A continuación se dio la vuelta y se alejó a paso rápido. Quizá, quién sabe, iba a retocarse el rímel al lavabo.

Cuando conduzco, por ejemplo, y suena *Yesterday,* de los Beatles, en la radio, me viene a la mente aquella letra tan rara que Kitaru cantaba en el baño. Y me arrepiento de no haberla apuntado. Era tan extraña que se me quedó grabada durante un tiempo, pero poco a poco comenzó a difuminarse hasta olvidárseme por completo. Tan sólo recuerdo fragmentos, pero a estas alturas ni siquiera estoy seguro de si son como Kitaru los cantaba. Porque la memoria, inevitablemente, se halla en continua transformación.

Cuando tenía veinte años, intenté varias veces llevar un diario, pero no lo conseguí. Por aquel entonces, en mi entorno se sucedieron distintos acontecimientos debido a los cuales al final no pude permitirme el lujo de pararme a anotar cuanto se me ocurría. Además, la mayor parte no eran precisamente hechos que me hicieran pensar: «Esto tengo que anotarlo a toda costa». En medio de aquel fuerte vendaval que soplaba de frente, lo más que pude hacer fue abrir los ojos, tomar aliento y seguir adelante.

Pero, por extraño que parezca, a menudo me acuerdo de Kitaru. Pese a que nuestra amistad apenas duró unos meses, cada vez que oigo *Yesterday* por la radio, diferentes episodios y conversaciones relacionados con él emergen de forma espontánea en mi mente. Las largas charlas que manteníamos en el baño de su casa en Den-en-chōfu. Cuando hablábamos de los puntos débiles en la alineación de bateadores de los Hanshin Tigers, de los engorros que el sexo acarrea, de lo absurdo de tener que estudiar para un examen, de su escuela primaria de Den-en-chōfu, de la diferencia en el plano ideológico entre el *oden* y el *kantō-daki*[15] o de la riqueza expresiva del léxico del *kansai-ben.* Y, por supuesto, el día en que, siguiendo sus deseos, tuve aquella única e insólita cita con

Erika Kuritani. Las confesiones que ella me hizo a la luz de una vela en aquel restaurante italiano. En esos instantes tengo la sensación de que todo ocurrió, literalmente, ayer. En ocasiones la música tiene el poder de reavivar los recuerdos con tal intensidad que a uno hasta le duele el corazón.

Sin embargo, si pienso en mí cuando tenía veinte años, lo único que logro recordar es que me sentía tremendamente solo y aislado. No tenía novia que confortase mi cuerpo y mi espíritu, ni amigos con quienes sincerarme. Me pasaba los días sin saber qué hacer, sin una visión de futuro a la que dar forma. Por lo general, me encerraba en mí mismo. A veces incluso me pasaba una semana sin hablar prácticamente con nadie. Esa vida duró un año. Se me hizo muy largo. Lo que ni yo mismo sé es si ese periodo, que duró todo un adusto invierno, dejó en mi interior algún valioso anillo de crecimiento.

Tengo la impresión de que, en esa época, también yo veía todas las noches la luna de hielo desde un ojo de buey. Una luna transparente, de hielo y dura, de veinte centímetros de grosor. Pero a mi lado no había nadie. Contemplaba su belleza y su frialdad a solas, sin poder compartirlas con nadie.

> … es dos días antes de mañana,
> y el día después de anteayer…

Ojalá Kitaru lleve una vida feliz en Denver, o en cualquier otra ciudad lejana. Si eso de ser feliz es pedir demasiado, ojalá viva al menos el presente con salud y sin carencias. Porque nadie sabe con qué soñaremos mañana.

Un órgano independiente

Existe una clase de personas que, debido a una excesiva despreocupación, a sus pocos desvelos, se ven obligadas a llevar una vida sorprendentemente artificiosa. No hay muchas, pero a veces, cuando menos se lo espera, uno se topa con una de ellas. El doctor Tokai pertenecía a esa clase de personas.

Para poder ser fieles a sí mismas (por decirlo así) en el mundo torcido y complejo que las rodea, estas personas necesitan entregarse a una serie de operaciones de ajuste, aunque, por lo general, ellas mismas ni siquiera se dan cuenta de las penosas artimañas a las que tienen que recurrir para sobrevivir. Están convencidas de que viven de un modo totalmente natural y honesto, sin trampas ni máscaras. Y cuando, por algún capricho del destino, un rayo de luz especial procedente de alguna parte se filtra e incide sobre lo artificial o lo *antinatural* de su comportamiento, la situación adopta a veces un cariz trágico y, otras, cómico. Por supuesto, también existen numerosas personas afortunadas (no puede expresarse de otra manera) que mueren sin llegar a ver esa luz o que, pese a verla, no les afecta.

A continuación quisiera describir a grandes rasgos lo que en un principio tuve la oportunidad de conocer de este personaje llamado Tokai. La mayor parte de la información me llegó directamente de sus labios, aunque también procede de algunas anécdotas que me contó alguna de las personas —dignas de confianza— con quien él se rodeaba. Incluiré, además, ciertas elucubraciones personales, del estilo «Esto es lo que debió de ocurrir», derivadas de palabras y actos muy característicos de él. Elucubraciones a modo de una blanda masilla que rellena los intersticios entre un hecho y otro. Lo que quiero decir, en definitiva, es que no se trata de un retrato elaborado sólo mediante datos puramente objetivos. Por eso, como autor, no recomiendo a los preciados lectores que utilicen lo aquí afirmado en calidad de prueba fehaciente en un proceso judicial o de documento acreditativo en una transacción comercial (ignoro por completo de qué clase de transacción podría tratarse).

Sin embargo, si fuesen tan amables de retroceder (comprueben antes que no haya un precipicio a sus espaldas) y observar el retrato con la distancia necesaria, seguramente se darán cuenta de que la sutil veracidad de los detalles no es una cuestión demasiado importante. Y la propia personalidad del doctor Tokai emergerá diáfana y en todas sus dimensiones; al menos, eso es lo que el autor espera. En suma, él era, ¿cómo decirlo?, una persona cuya personalidad no se prestaba a malentendidos.

No pretendo decir que fuese un hombre simple y predecible. Al menos, en parte, era una persona compleja, enrevesada, cuya naturaleza no era fácil de

penetrar. Yo, desde luego, jamás he sabido qué clase de tinieblas ocultaba aquella mente, con qué pecado cargaba a cuestas. No obstante, creo poder afirmar que fue relativamente sencillo trazar una imagen global de esta persona, dada la *constancia* en su modo de proceder. Tal vez resulte osada, pero ésa fue la impresión que a mí, como literato profesional, me produjo en aquel entonces.

Tokai, con cincuenta y dos años, nunca se había casado. Tampoco había tenido experiencias en el concubinato. Vivía solo en un apartamento de dos dormitorios en la sexta planta de un elegante edificio situado en el lujoso barrio de Azabu. Podría definírsele como un solterón empedernido. Cocinaba, hacía la colada, planchaba, limpiaba y, en general, llevaba a cabo todas las tareas domésticas sin problemas, y dos veces al mes confiaba en los servicios de una empresa de limpieza profesional. Siempre había sido amigo de la pulcritud y no le amargaban los trabajos del hogar. Si la ocasión lo requería, también sabía preparar cócteles deliciosos y podía cocinar cualquier plato, desde un *nikujaga*[16] hasta un *suzuki*[17] en papillote (como suele ocurrir con la mayoría de esta clase de personas, básicamente todo lo que preparan está bueno, pues no escatiman en gastos a la hora de comprar la materia prima). Prácticamente jamás se había sentido incómodo por el hecho de no tener a una mujer a su lado, ni se aburría, ni se entristecía por tener que dormir solo. Al menos *hasta cierta ocasión,* cabe decir.

Era cirujano plástico de profesión. Dirigía la Clínica de Cirugía Estética Tokai, en Roppongi. La heredó de su padre, que ejercía el mismo oficio. Como es evidente, tenía muchas oportunidades de conocer a mujeres. No puede decirse que fuera guapísimo, pero sus facciones eran bonitas (jamás había pensado en someterse él mismo a una operación de estética), la clínica iba viento en popa y al final del año se embolsaba una importante suma. Procedía de una buena familia y era de modales refinados, culto y buen conversador. Todavía conservaba el cabello (pese a que habían empezado a acentuársele las canas) y, aunque hubiera acumulado aquí y allá un poco de grasa de más, se aplicaba con entusiasmo en el gimnasio para mantener en la medida de lo posible el físico que tenía de joven. De modo que, a pesar de que esta franca afirmación pueda suscitar cierta aversión por parte de mucha gente, nunca le habían faltado mujeres con quienes relacionarse.

Por algún motivo, Tokai jamás, ni siquiera de joven, había deseado casarse y formar un hogar. Tenía la extraña convicción de que no estaba hecho para la vida conyugal. Así que siempre había procurado evitar a las mujeres que buscaban una relación con la idea de contraer matrimonio, por muy atractivas que fuesen. En consecuencia, cuando elegía una amante se limitaba por lo general a mujeres casadas o a mujeres que ya habían encontrado al «amor de su vida». Mientras mantuviera esas coordenadas, nunca se daría la circunstancia de que su pareja

anhelase casarse con él. En otros términos más fáciles de entender: Tokai era siempre para ellas un mero «amante número dos», un práctico «novio para los días de lluvia» o una conveniente «pareja con quien cometer una infidelidad». Y, a decir verdad, esas relaciones eran precisamente las que mejor se le daban y con las que más a gusto se sentía. Cualquier otra relación de pareja en que, por ejemplo, se le exigiera al otro cargar con alguna responsabilidad, fuera cual fuese, siempre le causaba cierta incomodidad.

Nunca le había afligido que dichas mujeres se acostasen con otros y no sólo con él. Al fin y al cabo, un cuerpo no es más que un cuerpo. Tokai (principalmente desde su condición de médico) así lo creía, y ellas (principalmente desde su condición de mujer), en general, así lo creían también. A Tokai le bastaba con que pensasen solamente en él cuando estaban con él. Qué pensaban o qué hacían el resto del tiempo era un asunto personal y exclusivo de ellas que a Tokai no le incumbía. Nada más lejos de su intención que inmiscuirse.

Para Tokai compartir una comida, tomar una copa de vino o disfrutar de una conversación con estas mujeres era en sí mismo ya un placer. El sexo no constituía sino otra diversión más, que se prolongaba en la misma línea, y no un objetivo en sí. Antes que nada, lo que buscaba era una relación en el plano intelectual con las mujeres. Lo que viniese después ya era otro asunto. Y eso hacía que ellas se sintieran atraídas de forma natural por él, que disfrutasen del tiempo que pasaban juntos sin reservas y que, como resultado, aceptasen a Tokai con agrado. No deja de ser una apreciación personal, pero me parece que gran parte de las mujeres del planeta (sobre todo, las atractivas) está hasta la coronilla de hombres ávidos de sexo.

A veces se lamentaba de no haber hecho un recuento de las mujeres con quienes había mantenido esa clase de relaciones durante más o menos los últimos treinta años. Pero nunca le habían interesado las cantidades. Él sólo buscaba la calidad. Tampoco era demasiado exigente con el físico de sus parejas. Bastaba con que no tuviesen ningún defecto grave que despertara su interés profesional y que no fuesen tan aburridas como para ponerse a bostezar sólo con mirarlas. El físico de una persona puede cambiarse prácticamente por completo, siempre que uno quiera y disponga de suficiente dinero (como especialista en aquel ámbito, conocía un número sorprendente de casos). Más que eso, valoraba que fuesen despiertas, inteligentes y que tuviesen sentido del humor. Las mujeres de conversación pobre, o las que carecieran de opinión, por muy extraordinario que fuese su aspecto físico, lo desazonaban profundamente. Ninguna técnica quirúrgica podía mejorar la capacidad intelectual. Disfrutar de una conversación durante una comida con una mujer encantadora e inteligente, entablar una animada charla mientras se acariciaban metidos en la cama… Tokai atesoraba esos momentos como lo más preciado de la vida.

Jamás había tenido que superar ningún problema importante en las relaciones

con las mujeres. Los empalagosos conflictos emocionales no eran de su agrado. Cuando, por alguna circunstancia, esa funesta nube negra asomaba por el horizonte, él se retiraba hábil e inteligentemente sin atizar el fuego ni herir, en la medida de lo posible, a la mujer en cuestión. Con la misma rapidez y naturalidad con que una sombra se funde con el crepúsculo a medida que éste avanza. Como soltero veterano que era, dominaba la técnica.

La ruptura con sus amantes se producía casi de forma regular. La mayoría de las solteras que ya tenían novio, llegado el momento, le anunciaban: «Lo siento mucho, pero ya no podré volver a verte. Dentro de poco nos casamos». Eran muchas las que decidían casarse justo antes de cumplir los treinta o los cuarenta. Como los calendarios, que se venden bien a finales de año. Tokai siempre reaccionaba a esos anuncios con serenidad y una sonrisa empañada por su exacta dosis de tristeza. Lo lamentaba, pero se resignaba. Aunque no estuviese hecha para él, la institución del matrimonio era, a su manera, sagrada. Debía respetarla.

En tales ocasiones, les compraba costosos regalos de boda y las felicitaba: «Enhorabuena. Ojalá seas muy feliz. Te lo mereces, porque eres una mujer inteligente, bella y encantadora». Y era honesto con sus sentimientos. Ellas (quizá), por pura simpatía, le habían ofrecido momentos magníficos y una valiosa parte de sus vidas. Sólo por eso ya tenía que estarles agradecido de corazón. ¿Qué más podía pedir?

Sin embargo, alrededor de un tercio de las mujeres que contraían felizmente el sagrado matrimonio lo llamaban de nuevo por teléfono al cabo de unos años. Y lo invitaban con voz jovial: «Escucha, Tokai, si te apetece, ¿por qué no volvemos a salir por ahí?». Entonces reanudaban una agradable aunque poco sagrada relación. Así tenía lugar el tránsito de una relación entre solteros despreocupados a otra un poco complicada (pero, con todo, dichosa) entre un soltero y una mujer casada. Aunque en realidad lo que hacían seguía siendo prácticamente lo mismo; sólo aumentaba un poco el nivel de artificiosidad. De esas mujeres a las que dejaba de ver porque se habían casado, dos tercios no volvían a ponerse en contacto con él. Seguramente llevaban una tranquila y satisfactoria vida matrimonial. Sin duda se habrían convertido en excelentes amas de casa y habrían tenido varios niños. Los maravillosos pezones que una vez había acariciado con suavidad, ahora debían de amamantar a un bebé. Aun así, Tokai se alegraba de ello.

Casi todos sus amigos estaban casados. También tenían hijos. Tokai había estado varias veces en sus casas, pero jamás había sentido envidia. De niños todavía eran encantadores, a su manera, pero al llegar a secundaria y al instituto, odiaban a los adultos casi sin excepción, se volvían agresivos, se metían en líos a

modo de desquite y mortificaban despiadadamente los nervios y el aparato digestivo de sus padres. Por otra parte, los progenitores sólo tenían en mente que los niños accediesen a colegios de élite, siempre andaban irritados por las notas, y las discusiones matrimoniales en que se culpaban de todo mutuamente se eternizaban. En casa, los niños apenas abrían la boca, se encerraban en sus habitaciones, donde o bien chateaban interminablemente con sus compañeros de clase, o bien se enganchaban a algún juego pornográfico inclasificable. Fuera como fuese, Tokai jamás había deseado tener unos hijos así. Aunque todos sus amigos intentasen convencerlo al unísono: «Digas lo que digas, los hijos son una bendición», aquel reclamo no le resultaba nada creíble. Seguramente querían hacerle cargar a él con el peso que ellos llevaban. Creían que todos los seres humanos tenían la obligación de pasar por un calvario idéntico al que vivían ellos.

Yo mismo me casé, siendo aún joven, y desde entonces he llevado una vida matrimonial ininterrumpida, pero da la casualidad de que no tengo hijos y que, por lo tanto, entiendo en cierta medida su punto de vista (aunque perciba en él un leve prejuicio esquemático y una exageración retórica). Incluso creo que casi tiene razón. Por supuesto, no todos los casos son tan trágicos. En este ancho mundo, existen también —por lo general con la misma frecuencia que un *hat-trick* en un partido de fútbol— hogares bonitos y felices en que padres e hijos mantienen una buena relación de principio a fin. Pero si me preguntasen si yo habría llegado a pertenecer a esa minoría de padres felices, no estaría nada seguro, y tampoco me parece, en absoluto, que Tokai fuera capaz de convertirse en un padrazo.

Si tuviera que expresarlo en una palabra sin temor a ser malinterpretado, diría que Tokai era una persona «sociable». En él no se detectaba, al menos en apariencia, nada que pudiese afectar a la estabilidad de su temperamento, como tener mal perder, complejos de inferioridad, envidia, prejuicios excesivos, orgullo, obcecación por menudencias, una sensibilidad demasiado acusada o férreas convicciones políticas. La gente que lo rodeaba admiraba su personalidad campechana sin facetas ocultas, lo educado que era y su actitud alegre y positiva. Y esas virtudes de Tokai funcionaban con mayor eficacia y concentración en las mujeres —que representan más o menos la mitad de la humanidad—. Las sutiles atenciones y miramientos que les profesaba eran imprescindibles en un profesional como él, pero, en su caso, no eran técnicas que hubiera adquirido a posteriori, urgido por la necesidad, sino una cualidad natural e innata. Igual que tener una voz bonita o dedos largos. Ése era el motivo (al que, desde luego, debemos añadir su gran destreza como cirujano) de que prosperara la clínica que dirigía. Siempre tenía numerosas pacientes, pese a que el negocio no se anunciaba en las revistas ni en ningún otro sitio.

Como seguramente los lectores sabrán, entre las personas «sociables» a menudo uno se topa con seres mediocres y aburridos, desprovistos de toda

profundidad. Pero ése no era el caso del cirujano. Yo siempre disfrutaba de la hora que pasaba con él los fines de semana tomándonos una cerveza. Tokai era un buen conversador al que no se le agotaban los temas. Su sentido del humor era práctico y directo, sin alusiones complicadas. Solía contarme anécdotas divertidas sobre la cirugía estética (mientras no infringiesen, por supuesto, el secreto médico debido) y revelarme numerosos datos interesantes sobre las mujeres. Pero la charla jamás derivaba hacia lo chabacano. Siempre hablaba de las mujeres con cariño y respeto y procuraba no dar información relacionada con la persona en particular.

—Un caballero es aquel que no habla demasiado de los impuestos que paga ni de la mujer con quien se acuesta —me dijo un buen día.

—¿De quién es esa frase? —le pregunté.

—Mía —repuso Tokai sin cambiar de expresión—. Eso sí, de los impuestos a veces uno tiene que hablar con su asesor fiscal.

Para Tokai, tener al mismo tiempo dos o tres «novias» era algo normal. Puesto que ellas tenían a sus maridos o a sus parejas, daban prioridad a esa parte de sus obligaciones y, como es lógico, el tiempo que le dedicaban a él era reducido. Por eso mismo a Tokai le parecía muy natural, y nada desleal, tener varias amantes a la vez. Aunque, claro, a ellas se lo ocultaba. Su postura consistía en mentir lo menos posible sin revelar más información de la necesaria.

En la clínica que dirigía, trabajaba desde hacía muchos años un eficiente secretario que, como un diestro controlador aéreo en un aeropuerto, era quien organizaba su complicada agenda. Además del programa de trabajo, muy pronto sus tareas habían empezado a incluir la gestión de la agenda privada *after hours* del cirujano con sus amantes. Estaba al día de todos los detalles de la animada vida privada de Tokai y desempeñaba sus funciones de manera muy profesional, sin abrir la boca más de lo necesario ni poner gesto de asombro ante tamaño ajetreo. Gestionaba con habilidad el trasiego para que las citas amorosas no se acumulasen. Aunque dicho así suene increíble, casi se sabía hasta los ciclos menstruales de cada una de las mujeres con quien el cirujano salía. Cuando éste se marchaba de viaje con una de ellas, el secretario se encargaba de conseguir los billetes de tren y hacer las reservas del *ryokan*[18] o del hotel en cuestión. Si no fuera por aquel competente secretario, sin duda la maravillosa vida personal de Tokai no habría discurrido con tal esplendor. En señal de agradecimiento, cada vez que tenía oportunidad Tokai hacía un regalo a su apuesto secretario (que era gay, por supuesto).

Afortunadamente, aún no le había ocurrido nunca que el marido o la pareja de una de sus novias se enterase de sus relaciones y se montase un drama, o que Tokai se viera en una situación comprometida. Hombre precavido por naturaleza,

a ellas les aconsejaba ser lo más prudentes posible. Sus consejos podían resumirse en tres puntos básicos: no meter la pata debido a las prisas, no seguir siempre las mismas rutinas y, cuando hubiera que mentir, contar mentiras lo más sencillas que se pudiera (respecto a las mujeres en general, eso era como enseñar a volar a una gaviota, pero por si acaso).

Dicho lo cual, tampoco es cierto que nunca tuviera contratiempos ni problemas. Tras haber mantenido este tipo de relaciones tan artificiosas con tantas mujeres durante tantos años, era imposible que no hubiera surgido ninguna dificultad. Incluso al mono le llega el día en que falla y no logra aferrarse a la rama.[19] Además, entre sus amantes había habido una, poco cautelosa, cuya desconfiada pareja había telefoneado a su despacho para preguntar sobre la vida privada y el código ético del cirujano (preguntas a las que el competente secretario había respondido con suma habilidad). En otra ocasión, hubo una mujer casada que se metió tan de lleno en la relación con él que acabó con el juicio levemente turbado. El marido resultó ser un luchador de artes marciales bastante conocido. Pero aquello tampoco llegó a mayores. No sufrió ninguna desgracia, como, por ejemplo, que le rompiesen la clavícula.

—¿No será simplemente que tuvo buena suerte? —dije yo.

—Quizá —respondió Tokai, y se rió—, es posible, sí. Pero eso no lo es todo. No puede decirse que yo sea una persona inteligente, pero para estas cosas tengo más tacto del que cabría esperar.

—Ah, tacto —dije.

—No sé cómo explicarlo… Es como si en los momentos críticos se me activara el ingenio… —balbuceó Tokai. Parecía que no se le ocurría ningún ejemplo concreto. O quizá se resistiese a comentarlo.

—Hablando de tacto —tercié yo entonces—, acabo de recordar una escena de una vieja película de François Truffaut. La chica le dice al chico: «En el mundo hay gente educada y gente con tacto. Ambas son buenas cualidades, desde luego, pero en la mayoría de los casos el tacto supera a la educación». ¿No habrá visto por casualidad esa película?

—No, creo que no.

—Ella lo explica con un ejemplo: un hombre, al abrir una puerta, se encuentra con una mujer a medio vestir. Una persona educada diría: *«Pardon, madame»* y cerraría la puerta de inmediato. En cambio, la persona con tacto diría: *«Pardon, monsieur»* y cerraría la puerta de inmediato.

—Ajá —dijo admirado Tokai—. Es un ejemplo muy interesante. Entiendo perfectamente a qué se refiere. Yo mismo me he visto en tal situación en varias ocasiones.

—¿Y fue capaz de superarlas gracias al tacto?

Tokai puso cara de circunstancias.

—Pero no quiero sobrestimarme. En el fondo, está claro que la suerte me ha

bendecido. Tan sólo soy un hombre educado con suerte. Puede que sea más razonable pensar así.

Sea como fuere, esa vida *bendecida por la suerte* duró alrededor de treinta años. Un largo periodo. Y un buen día, quién iba a imaginárselo, se enamoró perdidamente. Como un astuto zorro que por descuido cae en una trampa.

La mujer de la que se enamoró era dieciséis años más joven que él y estaba casada. Su marido, dos años mayor que ella, trabajaba para una empresa informática de capital extranjero. Tenían una hija, una niña de cinco años. Tokai y ella llevaban año y medio viéndose.

—Señor Tanimura, ¿ha tomado usted alguna vez la decisión de no permitir que alguien llegue a gustarle demasiado? ¿Y, además, se ha esforzado por no permitirlo? —me preguntó Tokai en cierta ocasión. Creo que era a comienzos de verano. Hacía más de un año que nos conocíamos.

Le contesté que creía que nunca me había ocurrido.

—A mí tampoco. Pero ahora sí —dijo Tokai.

—¿Y dice que está haciendo un esfuerzo para que alguien no le guste demasiado?

—Exactamente. Justo ahora, en este preciso momento, estoy haciendo ese esfuerzo.

—¿Y por qué?

—Por un motivo muy sencillo: cuando alguien te gusta demasiado, lo pasas mal. Sufres. Como no creo que mi corazón sea capaz de soportar tal peso, me esfuerzo todo lo posible para que no me guste.

Parecía hablar en serio. En su expresión no se percibía ni un atisbo de su habitual humor.

—Concretamente, ¿cómo se esfuerza? —le pregunté—. Quiero decir, ¿cómo consigue que no le guste demasiado?

—De distintas maneras. Pero, básicamente, procuro pensar en los defectos. Le saco todos los que se me ocurren, o más bien *aspectos que no me agradan demasiado,* y hago una lista. Luego los repito una y otra vez mentalmente, como si recitara mantras, y me convenzo de que no debo enamorarme más de la cuenta.

—¿Funciona?

—No, no mucho —admitió Tokai negando con la cabeza—. En primer lugar, apenas se me ocurren cosas negativas de ella. Además, la verdad es que incluso me siento muy atraído por esas partes negativas. En segundo lugar, mi corazón se ha vuelto incapaz hasta de juzgar qué es «más de la cuenta» y qué no. No consigo ver la línea divisoria. Es la primera vez en mi vida que me siento tan desorientado.

Yo le pregunté si, pese a haber salido con tantas mujeres, nunca había experimentado semejante turbación.

—Es la primera vez —afirmó el cirujano. Seguidamente, rebuscó en el fondo de su memoria hasta dar con un viejo recuerdo—. Ahora que lo pienso, sí, cuando iba al instituto viví algo semejante, aunque fue breve. Era como si, al pensar en otra persona, sintiese punzadas en el pecho y fuese prácticamente incapaz de pensar en nada más… Pero aquello fue una especie de amor no correspondido sin ningún futuro. Lo de ahora es completamente distinto. Ya soy un adulto hecho y derecho e incluso mantengo relaciones sexuales con ella. Y, a pesar de todo, estoy desconcertado. Tengo la impresión de que si sigo pensando en ella, hasta el funcionamiento de mis órganos acabará por alterarse. Sobre todo los de los aparatos digestivo y respiratorio.

Tokai guardó silencio un rato, como para cerciorarse del estado de sus sistemas digestivo y respiratorio.

—Por lo que me dice, parece que, al tiempo que se esfuerza usted para que no le guste demasiado, desea en todo momento no perderla —aventuré.

—Sí, en efecto. Desde luego es una contradicción. Una fractura interna. Deseo al mismo tiempo cosas opuestas. Por mucho que me esfuerce, jamás funcionará. No hay solución. Pase lo que pase, no voy a perderla. Si eso ocurriera, acabaría perdiéndome a mí mismo.

—Pero ella está casada y tiene una hija.

—Exacto.

—¿Y qué opina ella de la relación que mantienen?

Ladeando un poco el cuello, Tokai pareció pensar la respuesta.

—Sobre qué opina ella de nuestra relación —dijo al cabo— no tengo otra cosa que conjeturas, y las conjeturas sólo me confunden aún más. Lo único que me ha dejado claro es que no tiene intención de divorciarse de su marido. Que está además su hija y no quiere destruir su hogar.

—Sin embargo, mantiene una relación con usted.

—Por ahora, quedamos cuando se nos presenta una oportunidad. Pero no sé qué pasará en el futuro. Ella teme que, a la larga, el marido acabe por descubrir lo nuestro, así que no descarto que un día decida dejar de verme. O que el marido se entere y no podamos quedar nunca más. Otra posibilidad es que ella simplemente acabe aburriéndose de mí. Con franqueza, no tengo ni idea de qué sucederá el día de mañana.

—Y eso es lo que más le aterra.

—Sí. Cuando me pongo a darle vueltas a esas probabilidades, soy incapaz de pensar en nada más. Ni siquiera me pasa la comida por la garganta.

El doctor Tokai y yo nos habíamos conocido en un gimnasio que hay cerca de

mi casa. Él siempre aparecía con su raqueta de squash los fines de semana por la mañana, y al final acabamos jugando juntos de vez en cuando. Era el contrincante perfecto para disfrutar con desenfado de un partido, ya que era cortés, estaba en forma y ganar o perder le importaba lo estrictamente necesario. Aunque me llevaba unos pocos años, pertenecíamos prácticamente a la misma generación (estoy hablando de algo que ocurrió hace ya algún tiempo) y como jugadores de squash teníamos un nivel parecido. Sudábamos la gota gorda detrás de la pelota, luego íbamos a una cervecería cercana y nos bebíamos una cerveza. Como suele ocurrir con gente de buena familia que ha recibido una buena educación y jamás ha pasado estrecheces económicas, el doctor Tokai pensaba sobre todo en sí mismo. Y a pesar de ello, como ya he mencionado, podía mantenerse con él una conversación interesante y amena.

Cuando se enteró de que me ganaba la vida escribiendo, poco a poco Tokai empezó a hablarme también de su vida privada y no sólo de trivialidades. Quizá creyese que la gente que escribe, al igual que los terapeutas o los religiosos, poseen el derecho legítimo (o la obligación) de escuchar las confesiones de los demás. No sólo se le había ocurrido a él; yo ya había tenido la misma experiencia con otras personas. Por otra parte, a mí nunca me ha disgustado escuchar a los demás y, en concreto, las confesiones del cirujano suscitaban en mí, indefectiblemente, cierto interés. Básicamente era una persona capaz de verse a sí misma de un modo honesto, franco y bastante imparcial. Y apenas temía exponer sus puntos débiles a los otros. Cualidades todas de las que carecía la mayoría de la gente.

—He salido—dijo Tokai—, y en varias ocasiones, con mujeres de facciones más bellas que las de ella, con mujeres con cuerpos más espléndidos, con mejor gusto y con un corte de pelo más bonito que el suyo. Pero todas esas comparaciones carecen de sentido, porque para mí es un ser especial. Podría afirmar incluso que es un *ser sintético.* Todas las cualidades que posee se concentran y compactan en un solo núcleo. No pueden extraerse una a una y medir o analizar si son inferiores o superiores a las de cualquier otra. Y lo que hay en el núcleo es lo que me atrae tan poderosamente. Como un potente imán. Es algo que sobrepasa la razón.

El doctor y yo estábamos tomando dos grandes vasos de *black and tan,* mientras picábamos unas patatas fritas y unos pepinillos.

—« Comparada con esta cuita tras nuestro encuentro, la aflicción del pasado no vale nada.»

—Gonchu-nagon Atsutada[20] —dije, sin saber cómo había logrado acordarme.

—En una clase en la universidad me explicaron que el « encuentro» del

poema se refiere a una cita acompañada de relaciones carnales entre un hombre y una mujer. Ese día sólo pensé: «¡Ah! Se trata de eso…», pero a esta edad por fin empiezo a entender, por propia experiencia, los sentimientos del poeta. La honda sensación de pérdida tras haberse encontrado con la mujer amada, haberse unido a su cuerpo y haberle dicho adiós. Si lo piensa, ese sentimiento no ha cambiado en miles de años, ¿no cree? Y he cobrado conciencia de que si, hace poco, no hubiera reconocido ese sentimiento como parte de mí, jamás habría alcanzado la madurez como ser humano. Aunque me parece que me he dado cuenta un poco tarde.

Le dije que no creía que fuese demasiado tarde ni demasiado temprano. Por tarde que fuese, era mucho mejor que si jamás se hubiera dado cuenta.

—Sin embargo, creo que este tipo de sentimiento es mejor vivirlo mientras se es joven —repuso Tokai—. Así, habría podido producir anticuerpos o algo similar.

«Dudo que pueda atajarse tan fácilmente», me dije para mis adentros. Conozco a más de una persona que, incapaz de producir anticuerpos, desarrolló en su cuerpo un elemento patógeno maligno en estado latente. Pero no dije nada, pues la conversación se habría alargado.

—Ha pasado año y medio desde que empecé a verme con ella. Aprovechamos que su marido viaja al extranjero a menudo por motivos laborales para encontrarnos, comer juntos y acostarnos en mi casa. Nuestra relación empezó cuando ella se enteró de que su marido le había engañado con otra. Él le pidió perdón, rompió con la amante y le prometió que nunca más volvería a ocurrir. Pero eso no bastó para aplacar los sentimientos de ella. A fin de recuperar la estabilidad psicológica, por decirlo así, empezó a mantener relaciones sexuales conmigo. Llamarle *venganza* quizá suene un poco exagerado, pero las mujeres necesitan esa clase de reajuste emocional. Suele ocurrir.

Yo no estaba seguro de si realmente *solía ocurrir,* pero seguí escuchando en silencio.

—En todo este tiempo hemos disfrutado y nos lo hemos pasado muy bien juntos. Conversaciones animadas, secretos íntimos sólo nuestros, largas sesiones de sexo delicado. Creo que hemos compartido bellos momentos. Ella es muy risueña. Se ve que disfruta cuando se ríe. Pero a medida que la relación ha continuado, poco a poco he ido enamorándome cada vez más profundamente; ha llegado un momento en que no puedo dar marcha atrás, y en los últimos tiempos me ha dado por preguntarme a menudo: *¿qué demonios soy*?

Como no capté las últimas palabras (o las oí mal), le pedí que me las repitiese.

—Últimamente pienso a menudo en *qué demonios soy* —repitió.

—Es una pregunta difícil —comenté.

—Lo es, sí. Una pregunta muy difícil —repuso Tokai. Y asintió varias veces, como para reafirmar su dificultad.

La leve ironía de mi comentario debió de pasarle inadvertida.

—¿Qué demonios soy? —prosiguió—. Hasta ahora he desempeñado mi trabajo de cirujano plástico sin plantearme preguntas. Me formé en el departamento de cirugía plástica de la Facultad de Medicina, al principio ayudé en el trabajo a mi padre como asistente, pero cuando mi padre empeoró de la vista y se retiró, me hice cargo de la clínica. Modestia aparte, creo que soy buen cirujano. En el campo de la cirugía estética hay de todo, trigo y cizaña, todo es publicidad y pompa, y hay quien a escondidas hace lo que no debe. Pero en nuestra clínica siempre hemos sido honrados y jamás hemos tenido ningún problema grave con nuestros clientes. Como profesional, eso es algo que me enorgullece. Además, tampoco me quejo de mi vida privada. Tengo amigos y, de momento, estoy sano, no sufro achaques. Disfruto de la vida a mi manera. Pero en los últimos tiempos no dejo de preguntarme *qué demonios soy*. Y *bastante seriamente*. Si me despojaran de mi carrera y de mis habilidades de cirujano plástico, si perdiese el confortable estilo de vida que llevo y sin mayor explicación me arrojasen al mundo desnudo, *¿qué demonios sería*?

Tokai me miró a los ojos. Como esperando mi reacción.

—¿Por qué le ha dado de repente por pensar esas cosas? —pregunté.

—Creo que empecé a pensar en ello a raíz de un libro que leí hace poco sobre los campos de concentración nazis. En él se cuenta la historia de un médico internista que fue enviado a Auschwitz durante la guerra. De pronto, un ciudadano de ascendencia judía que ejercía la medicina por libre en Berlín fue arrestado, junto a su familia, y enviado a un campo de concentración. Hasta entonces había recibido el amor de los suyos, se había ganado el respeto de la gente, sus pacientes confiaban en él y había llevado una vida acomodada en una elegante mansión. Tenía cuatro perros y los fines de semana tocaba, como violonchelista *amateur,* música de cámara de Schubert y Mendelssohn con sus amigos. Disfrutaba de una existencia plácida y llena de bienestar. Pero, en un giro inesperado de la fortuna, se vio arrojado a un lugar que es un infierno en vida. Allí pasó de ser un acaudalado berlinés y un respetado médico, a ser menos que un ser humano. Lo apartaron de su familia, lo trataron como a un perro y apenas le daban de comer. Dado que el jefe del campo sabía que era un médico de renombre y que en algún momento podría serles de utilidad, día a día iba librándose de morir gaseado, aunque ignoraba qué ocurriría a la mañana siguiente. En un arrebato, cualquier carcelero podía matarlo a golpes con una porra. Al resto de los miembros de su familia seguramente ya los habían matado. —Tokai hizo una breve pausa—. Fue en ese momento cuando pensé: « Si los terribles sucesos vividos por este médico hubieran tenido lugar en otra época y en otro lugar, el suyo podría haber sido mi propio destino. Y si por alguna razón (ignoro cuál), un día, de pronto, me sacasen a rastras de mi vida presente, me arrebataran todos los privilegios y me quedara reducido a un simple número,

¿qué demonios sería?». Cerré el libro y estuve reflexionando. Aparte de mis conocimientos y de mi reputación como cirujano plástico, sólo soy un hombre de cincuenta y dos años, sin ninguna cualidad o habilidad especial. Estoy sano, sí, pero he perdido la fuerza que tenía cuando era joven. No podría soportar largo tiempo un trabajo físico intenso. Si tuviese que nombrar algunos de mis méritos, como mucho podría decir que sé elegir buenos Pinot Noir, que conozco unos cuantos restaurantes, locales de *sushi* y bares en que me tratan a cuerpo de rey, que sé escoger complementos elegantes cuando tengo que hacer un regalo a una mujer y que toco un poco el piano (si la partitura es fácil, puedo interpretarla a primera vista). Pero si me enviaran a Auschwitz, nada de eso me serviría.

Yo estaba de acuerdo. Saber de Pinot Noir, tocar el piano como aficionado o ser un buen conversador seguramente de nada vale en un lugar así.

—Permítame que le pregunte algo —prosiguió—: ¿Alguna vez ha pensado usted lo mismo, señor Tanimura? ¿En qué demonios se convertiría si su capacidad para escribir le fuera arrebatada?

Se lo expliqué: yo partía de considerarme un mero ser humano, nada más, y había iniciado mi actual vida como quien dice «en cueros». Empecé a escribir por azares del destino y, afortunadamente, conseguí ganarme la vida con ello. Pero para reconocer que soy un simple ser humano sin ningún valor o habilidad especiales no necesitaba imaginarme situaciones tan extremas como la de los campos de concentración de Auschwitz.

Tokai se quedó pensativo. Debía de ser la primera vez que se topaba con alguien que pensara así.

—Le entiendo. Puede que la vida sea más llevadera de ese modo, ¿no?

No sin cierto reparo, le indiqué que no sabía hasta qué punto podía afirmarse que fuese llevadero para un don nadie empezar la vida «en cueros».

—Desde luego —repuso Tokai—. Tiene razón. Empezar una vida desde cero debe de ser bastante duro. En ese aspecto, creo que he tenido más suerte que muchos. Pero *duele*, en otro sentido distinto, abrigar dudas sobre el valor de la propia existencia después de haber adquirido con los años un estilo de vida y determinado estatus social. Empiezo a pensar que la vida que he llevado hasta ahora ha sido un total desperdicio sin sentido. Cuando era joven, todavía existía la posibilidad de una revolución y podía albergar esperanzas. Pero, con los años, el lastre del pasado lo abruma a uno. No hay segundas oportunidades.

—¿Así que empezó a pensar seriamente en todo eso tras leer el libro sobre los campos de concentración nazis? —inquirí.

—Sí, es extraño, pero me impactó en lo más íntimo. A eso hay que añadir que el futuro con ella lo veo borroso, y últimamente sufro una especie de ligera crisis de la mediana edad. Lo único que hago es pensar *qué demonios soy*. Pero por más que piense, no hallo respuesta. Sólo doy vueltas una y otra vez en torno al mismo punto. Cosas que hasta ahora me procuraban placer, ya no me

entretienen. No me apetece hacer ejercicio ni comprar ropa, e incluso me da pereza abrir la tapa del piano. Ni siquiera tengo ganas de comer. Si me quedo quieto, lo único que me viene a la mente es ella. Pienso en ella hasta cuando atiendo a mis clientes en la clínica. Cualquier día se me va a escapar su nombre.

—¿Con qué frecuencia la ve?

—Depende. Varía en función de la agenda del marido. Ésa es otra de las cosas que me afligen. Cuando él se encuentra en viaje de negocios por un largo periodo, nos vemos a todas horas. Deja a la niña con los abuelos o contrata a una canguro. Pero cuando el marido está en Japón, pasamos semanas sin vernos. Esos días son bastante amargos. Cuando pienso que quizá ya nunca más volvamos a vernos, y disculpe por la expresión tan trasnochada, siento que se me parte el corazón.

Yo escuchaba en silencio. Las palabras elegidas eran, ciertamente, un poco manidas, pero no sonaban trasnochadas. Al contrario, tenían un tono realista.

Aspiró lentamente el aire y luego lo expulsó.

—Por lo general, siempre he tenido varias amantes a la vez. Quizá se sorprenda, pero en ocasiones he llegado a salir con cuatro o cinco. Si no podía quedar con una, quedaba con otra. Y con total despreocupación. Sin embargo, curiosamente, desde que me siento atraído por ella, el resto de las mujeres ha perdido su encanto. Aunque quede con otra, su imagen no deja de acudir a mi mente. No consigo alejarla. Los síntomas son graves.

«Los síntomas son graves», pensé. E imaginé a Tokai llamando a una ambulancia por teléfono. «Por favor, envíen una ambulancia urgentemente. Los síntomas son graves. Me cuesta respirar y tengo la sensación de que el corazón se me va a partir…»

—Un tema preocupante es que cuanto más la conozco —prosiguió el cirujano—, más me gusta. Llevamos un año y medio viéndonos, y ahora estoy mucho más prendado que al principio. Tengo la sensación de que algo tiene presos nuestros corazones. Cuando su corazón se mueve, tira del mío. Como dos barcas atadas por una cuerda. Que no se puede cortar, pues no existe ningún cuchillo capaz de cortarla. Ése es otro sentimiento nuevo para mí. Me angustia pensar en qué demonios me convertiré si esta sensación va a más.

—Ya veo —dije. Pero Tokai parecía esperar una respuesta más sustanciosa.

—Señor Tanimura, ¿qué puedo hacer?

—Desconozco qué medidas concretas podría adoptar —le respondí—, pero, por lo que he entendido, lo que usted siente en estos momentos es, más bien, algo lógico y normal. Porque en eso consiste al fin y al cabo estar enamorado. Uno es incapaz de controlar sus sentimientos y se siente manipulado por una fuerza irracional. En definitiva, no está usted viviendo nada extraordinario, ajeno al sentido común. Simplemente se ha enamorado perdidamente de una mujer. Siente que no quiere perder a la persona amada. Que desea estar con ella para

siempre. Sin duda el mundo se acabaría si no pudiese verla. Son sentimientos naturales que pueden observarse a menudo en los seres humanos. Es un episodio vital normal y corriente, no tiene nada de extraño o anómalo.

Cruzado de brazos, el señor Tokai reflexionó sobre lo que acababa de decirle. Algo no le convencía. Quizá le costase entender el concepto de « un episodio vital normal y corriente» . O, a lo mejor, en realidad el suyo sí se desviaba un poco del comportamiento que asociamos con « estar enamorado» .

Al apurar las cervezas, cuando nos disponíamos a marcharnos, me hizo una confesión:

—Señor Tanimura, lo que más temo y más me confunde es esa especie de rabia que siento.

—¿Rabia? —repuse un tanto sorprendido. No me parecía que ese sentimiento casara con la personalidad de Tokai—. ¿Rabia hacia qué?

Él negó con la cabeza.

—No lo sé. No se trata de rabia hacia ella, de eso estoy seguro. Pero cuando no la veo, cuando es imposible que nos veamos, noto crecer la rabia en mi interior. Ni yo mismo comprendo cuál es su objeto. Pero es una rabia tan intensa como jamás he experimentado. Me entran ganas de coger cuanto haya a mi alcance en la habitación y lanzarlo por la ventana. Las sillas, la televisión, los libros, los platos, los cuadros enmarcados, todo. Me importa un bledo darle en la cabeza a algún viandante y matarlo. Es absurdo, pero en esos momentos lo pienso así. Hasta ahora, naturalmente, he logrado controlarla. Pero puede que llegue el día en que sea incapaz de aplacar mi rabia. Y quizá acabe haciéndole daño de verdad a alguien. Eso me asusta. Preferiría herirme a mí mismo.

No recuerdo bien qué le dije. Tal vez le ofrecí unas comedidas palabras de consuelo. Porque en ese momento no comprendí qué había querido decir, o sugerir, con lo de la « rabia» . Ojalá hubiera dicho algo más coherente o más sólido. Sin embargo, aunque hubiera conseguido articular algo más coherente o sólido, probablemente no habría logrado cambiar el destino que se abatiría sobre el doctor.

Tras pagar la cuenta, salimos del local y cada uno se encaminó a su casa. Él se subió a un taxi cargado con la funda de la raqueta y se despidió agitando la mano ya dentro del vehículo. Ésa fue la última vez que vi al doctor Tokai. Estábamos casi a finales de septiembre, cuando todavía se hacía sentir el calor del verano.

A partir de entonces, Tokai no volvió al gimnasio. Yo me pasaba por allí los fines de semana para verlo, pero no aparecía. Nadie tenía noticias suyas. Era, no obstante, algo frecuente en el gimnasio. Alguien que suele frecuentarlo, un buen día desaparece sin más. El gimnasio no es un puesto de trabajo. El ir o no ir

depende de uno. Por eso no me preocupó. Y así transcurrieron dos meses.

Un viernes por la tarde, a finales de noviembre, recibí una llamada del secretario del cirujano. Se presentó como Gotō. Su voz era grave y aterciopelada. Me recordó la música de Barry White. Esa que suelen poner de madrugada en los programas de radio.

—Lamento tener que anunciárselo así, por teléfono, pero el doctor falleció el jueves de la semana pasada y el funeral se celebró este lunes, con la asistencia de sus más allegados.

—¿Que ha fallecido? —repuse atónito—. Si mal no recuerdo la última vez que lo vi, hace dos meses, gozaba de buena salud. ¿Qué le ocurrió?

Al otro lado del aparato Gotō guardó un breve silencio.

—Verá —dijo al cabo—, el doctor me confió algo en vida y me pidió que se lo entregase. Si no es mucha molestia, ¿le importaría que quedásemos? Así podré darle más detalles. Me acercaré a donde haga falta cuando a usted le vaya bien.

Le dije si le parecía bien ese mismo día. Gotō respondió que no había inconveniente. Lo cité en una cafetería de una calle paralela a la avenida Aoyama-dōri. A las seis. Allí podríamos hablar largo y tendido sin que nadie nos molestara. Gotō dijo que no conocía el local, pero que sabría encontrarlo.

Cuando llegué a la cafetería, cinco minutos antes de las seis, el secretario ya había tomado asiento y, al acercarme a él, se apresuró a levantarse. Por su tono al teléfono, me había imaginado a un hombre corpulento, pero resultó ser alto y delgado. Tal como le había oído decir a Tokai, era bastante apuesto. Vestía un traje marrón de lana, camisa blanca y corbata color mostaza oscuro. Su indumentaria era impecable. También llevaba bien arreglado el cabello, tirando a largo. El flequillo le caía sobre la frente con un aire desenfadado. Andaría por los treinta y cinco años, y si no le hubiera oído a Tokai decir que era gay, me habría parecido un muchacho joven normal y corriente bien arreglado (todavía quedaba en él un resto de mocedad). Tenía barba. Estaba tomándose un doble *expresso*.

Tras intercambiar un breve saludo, también pedí lo mismo.

—Falleció de una manera repentina, ¿no? —aventuré.

El muchacho entornó los ojos como si una intensa luz lo deslumbrara.

—Sí, es cierto. Fue muy repentino. No me lo esperaba. Pero al mismo tiempo fue una muerte dolorosa y muy lenta.

Aguardé en silencio a que añadiera alguna explicación. Pero él todavía no parecía querer entrar en detalles sobre la muerte del médico, seguramente hasta que me trajesen el café.

—Sentía un profundo respeto por el doctor Tokai —dijo el joven cambiando de tema—. Era en verdad un tipo excelente, como médico y como persona.

¡Cuánto aprendí de él! Llevo casi diez años trabajando en la clínica. Si no me hubiera topado con él, ahora no sería quien soy. Era una persona íntegra y transparente. Siempre sonriente, nunca se jactaba de nada, prestaba atención a quienes lo rodeaban, sin hacer distinciones, y todo el mundo le quería. Jamás le oí hablar mal de nadie.

Ahora que lo decía, yo tampoco le había oído hablar mal de nadie.

—El señor Tokai me habló mucho de usted —dije—. Me decía que, de no ser por su secretario, no podría llevar la clínica como era debido y que su vida privada sería un desastre.

Gotō esbozó una débil y triste sonrisa.

—No se crea, yo no valgo tanto. Sólo intenté serle de ayuda en todo cuanto podía, entre bastidores. Para ello me esforcé a mi modo. Fue una gran satisfacción.

Una vez el camarero trajo el *expresso* y se alejó, Gotō por fin abordó la muerte del médico.

—El primer cambio que me llamó la atención fue que el doctor había dejado de almorzar. Hasta entonces, todos los días a la hora de comer se llevaba sin falta algo a la boca, aunque fuese algo ligero. Era una persona muy estricta en lo relativo a las comidas, independientemente de lo ocupado que estuviera. Sin embargo, a partir de cierto momento dejó de almorzar. Si le decía: « Tiene que comer algo» , me respondía: « No te preocupes. Simplemente no tengo apetito» . Fue a principios de octubre. Ese cambio me inquietó. Porque el doctor no era una persona dada a cambiar de rutinas. Apreciaba la vida ordenada más que cualquier otra cosa. Y no sólo dejó de almorzar: de pronto también dejó de frecuentar el gimnasio. Solía ir tres veces a la semana a practicar natación, jugar al squash o a hacer aparatos, pero pareció perder todo interés. Luego empezó a descuidarse en el vestir. ¿Cómo decirlo? Su forma de vestir era cada vez más desaliñada, a pesar de que siempre había sido una persona pulcra y elegante. En ocasiones se ponía la misma ropa durante días. Y se volvió más taciturno, como si siempre estuviera imbuido de algún pensamiento, hasta que al poco tiempo dejó prácticamente de hablar y cada vez se quedaba más y más ensimismado. Si me dirigía a él, era como si no me escuchara. Por otra parte también dejó de citarse con mujeres fuera del horario de trabajo.

—Todos esos cambios los notó porque era usted quien controlaba su agenda, ¿no?

—Exacto. Sobre todo, las relaciones con las mujeres eran parte fundamental del día a día del doctor. De hecho, eran la fuente de su vitalidad. Resultaba muy raro que de pronto todo eso se hubiera quedado en nada. A los cincuenta y dos años uno no es precisamente un vejestorio. Sin duda sabrá que el doctor Tokai llevaba una vida bastante activa en lo que a mujeres se refiere.

—Lo cierto es que tampoco lo ocultaba. No quiero decir que se jactara de

ello, sino que era totalmente franco.

El joven Gotō asintió.

—Sí, en ese aspecto era muy franco. A mí también me contó muchas historias. Precisamente por eso me extrañaron esos cambios tan repentinos. Pero no quiso contarme lo que le pasaba. Fuera lo que fuese, lo guardaba para sí como un secreto íntimo. Yo, claro, probé a preguntarle. Si le había ocurrido algo o si tenía alguna preocupación. Pero el doctor se limitaba a negar con la cabeza y no se desahogaba. De hecho, apenas abría la boca. Sólo iba menguando día a día ante mis ojos. Estaba claro que no se alimentaba lo suficiente. Pero yo no podía inmiscuirme en su vida privada. Aunque fuese de talante campechano, no era de los que invitan a la gente a entrar en su mundo. Yo, que trabajé para él como secretario durante tantos años, únicamente fui a su casa una vez. Fue un día en que me envió desde la clínica a buscar algo que se había dejado olvidado. Las únicas que entraban y salían libremente de su hogar debían de ser las mujeres con quienes mantenía relaciones íntimas. A mí no me quedaba más remedio que hacer cábalas, intranquilo, a distancia. —Gotō volvió a soltar un leve suspiro. Como si quisiera expresar resignación respecto a *las mujeres con quienes mantenía relaciones íntimas*.

—¿Se le notaba que iba menguando día a día? —pregunté.

—Sí. Tenía los ojos hundidos y su rostro fue perdiendo color, hasta quedarse blanco como el papel. Incapaz de caminar bien, se tambaleaba y llegó un momento en que fue incapaz de sostener el bisturí. A todas luces, no estaba en condiciones de operar. Por fortuna, un asistente muy bueno con el que contaba lo sustituyó y se encargó de las operaciones. Pero ésa fue una solución eventual. Hice varias llamadas, cancelé todas sus citas y la clínica se quedó prácticamente cerrada, como si estuviéramos de vacaciones. Al poco tiempo, el doctor dejó de presentarse en el trabajo. Octubre tocaba a su fin. Si telefoneaba a su casa, nadie respondía. Durante dos días no logré contactar con él. Como me había confiado una llave de su apartamento, al tercer día por la mañana la utilicé para entrar en su casa. En realidad, no tenía que haberlo hecho bajo ningún concepto, pero la preocupación me atormentaba.

» Al abrir la puerta, me llegó un hedor espantoso. Por el suelo, hasta donde me alcanzaba la vista, había montones de cosas desparramadas. También ropa tirada: trajes, corbatas, incluso ropa interior. Parecía que nadie hubiera puesto orden en meses. Las ventanas estaban cerradas y el aire, estancado. Y el doctor estaba en su cama, simplemente acostado, sin moverse y en silencio. —El joven evocó para sí la escena un instante. Con los ojos cerrados, negó con la cabeza—. Al verlo, creí que estaba muerto —prosiguió—. Como si se le hubiera parado el corazón de pronto. Pero no. El rostro escuálido y pálido del doctor Tokai me miraba con los ojos abiertos. A veces parpadeaba. Aunque débilmente, también respiraba. Estaba tapado hasta el cuello y no se movía. Cuando lo llamé, no

reaccionó. Sus labios resecos permanecieron fuertemente cerrados, como si los hubieran cosido. Tenía barba. Lo primero que hice entonces fue abrir las ventanas para airear la habitación. Como no parecía que requiriera ninguna ayuda urgente y, por lo que se veía, tampoco daba impresión de estar sufriendo, decidí ponerme primero a ordenar la habitación. Menudo caos. Recogí la ropa dispersa, metí en la lavadora todo lo que se pudiera lavar y lo que necesitaba llevarse a la lavandería lo puse en una bolsa. Vacié el agua estancada en la bañera y la limpié. El agua debía de llevar allí bastante tiempo, pues el sarro se había adherido a las paredes de la bañera y había dejado marcas.

» Aquello era impensable en una persona tan maniática de la limpieza como el doctor. Todos los muebles estaban cubiertos de polvo blanco, lo cual indicaba que había suspendido el servicio regular de limpieza a domicilio. Sin embargo, por sorprendente que parezca, en el fregadero de la cocina apenas vi rastro de suciedad. Estaba muy limpio. Lo cual significaba que no había usado la cocina desde hacía mucho tiempo. No había restos de comida; sólo varias botellas de agua mineral tiradas aquí y allá. Al abrir la nevera, me asaltó un hedor indescriptible. Todos los alimentos estaban en mal estado: tofu, verduras, fruta, leche, sándwiches, jamón y esas cosas. Metí todo aquello en una bolsa grande de plástico y la llevé a los contenedores, en el sótano del edificio. —Gotō cogió la taza vacía de *expresso* y la observó un rato desde diferentes ángulos. A continuación alzó la mirada y dijo—: Creo que me llevó más de tres horas dejar el apartamento casi en su estado original. Entretanto, como había abierto las ventanas, el mal olor casi había desaparecido. Con todo, el doctor todavía no había abierto la boca. Se limitaba a seguir mis movimientos con los ojos. Dado lo demacrado que estaba, parecían más grandes y brillantes que nunca. Sin embargo, eran unos ojos totalmente inexpresivos. Me miraban a mí, pero en realidad no miraban nada. ¿Cómo explicarlo? Sólo perseguían *algún objeto,* como la lente de una cámara semiautomática programada para enfocar cosas en movimiento. Al doctor le daba igual que fuera yo o no, qué hacía allí, esas cosas. Era una mirada muy triste. Nunca la olvidaré.

» Luego lo afeité con una maquinilla eléctrica. Le lavé la cara con una toalla humedecida. No se resistió. Hiciera lo que le hiciera, él simplemente se dejaba hacer. Más tarde, telefoneé a su médico de cabecera. Cuando le expliqué la situación, acudió enseguida. Lo examinó y le hizo unas pruebas sencillas. Mientras tanto, el doctor Tokai seguía sin abrir la boca. Nos miraba fijamente con aquellos ojos vacíos e inexpresivos. Sólo eso.

» No sé cómo explicarlo… Puede que no sea la expresión más apropiada, pero el doctor Tokai ya no parecía estar vivo. Era como si alguien que en teoría debía hallarse bajo tierra y haberse quedado momificado a base de ayunos no hubiera logrado desprenderse del apego a los deseos mundanos y se hubiera arrastrado a la superficie, incapaz de convertirse por completo en momia. Ya sé

que es una manera horrorosa de decirlo, pero es exactamente lo que sentí entonces. Su alma había desaparecido ya. Nada indicaba que fuese a volver. Y sin embargo, sus órganos funcionaban de manera independiente, sin rendirse. Ésa fue la sensación que tuve. —En ese punto, negó de nuevo con la cabeza varias veces—. Lo siento. Creo que me estoy extendiendo demasiado. Iré al grano. En definitiva, el doctor Tokai padecía una especie de anorexia. Se mantenía en vida sólo a base de agua, sin ingerir apenas alimentos. Bueno, para ser exactos no era anorexia. Como sabrá, suelen ser las mujeres jóvenes quienes padecen esta enfermedad. Empiezan a dejar de comer porque creen que, cuanto más delgadas estén, más guapas van a estar y al cabo de un tiempo perder peso se convierte en el objetivo en sí y prácticamente no comen nada. En los casos más extremos, el ideal de estas chicas es pesar cero kilos. Por eso no es posible que un hombre de mediana edad sufra anorexia. Pero ésos eran exactamente los síntomas del doctor Tokai. Sólo que, como es evidente, él no lo hacía por razones estéticas. Si dejó de comer, creo que fue porque en realidad la comida no le pasaba por la garganta, *literalmente*.

—¿Mal de amores? —dije.

—Tal vez algo similar —contestó el joven secretario—. O quizá fuese el deseo de acercarse a ese cero. Quizá quisiera quedar reducido a nada. Porque si no una persona no es capaz de soportar el tormento del hambre. Quizá la satisfacción por que su cuerpo estuviera cada vez más cerca de pesar cero kilos fuera superior al sufrimiento. Las jóvenes víctimas de la anorexia deben de sentir lo mismo a medida que bajan de peso.

Intenté figurarme a Tokai en su cama, ciegamente enamorado y esquelético como una momia. Pero sólo me vino a la cabeza su imagen de persona amante de la buena mesa, jovial, sana y bien vestida.

—El médico le suministró nutrientes por vía intravenosa y llamó a una enfermera para que preparase un gotero. Pero el efecto de los nutrientes era escaso y el gotero podía quitárselo él mismo si se lo proponía. Yo tampoco podía permanecer día y noche al pie de su cama. Si lo obligábamos a comer un poco, vomitaba. Ingresarlo en el hospital también quedaba descartado: no íbamos a llevarlo por la fuerza si no quería. En ese momento el doctor Tokai había renunciado a seguir viviendo y tomado la determinación de aproximarse lo máximo posible a cero. Ya no podríamos detener el deterioro, poco importaba qué hiciésemos o cuántas inyecciones le pusiésemos. Sólo nos restaba ser testigos, con los brazos cruzados, de cómo el hambre acababa con su cuerpo. Fueron días amargos. Había que hacer algo, pero en realidad no podía hacerse nada. El único consuelo era que el doctor no parecía sufrir casi. Al menos, yo no vi sufrimiento en su rostro durante aquellos días. Iba a diario a su casa, recogía el correo, limpiaba, me sentaba a su lado mientras él dormía y le hablaba de esto y de aquello. Le informaba de asuntos profesionales, comentaba cosas triviales.

Pero el doctor no decía ni una sola palabra. No reaccionaba. Yo ni siquiera sabía si seguía consciente o no. Estaba allí quieto en silencio, mirándome a la cara con unos ojos inexpresivos muy abiertos. De una transparencia sorprendente. Casi parecía que pudiera verse el otro lado.

—¿Le habría ocurrido algo con esa mujer? —pregunté—. Él mismo me contó que mantenía una relación seria con una mujer casada y con una hija.

—Sí. Desde hacía un tiempo había empezado a tomarse las cosas muy en serio respecto a esa relación. Había puesto fin a sus demás relaciones frívolas. Y, por lo visto, ocurrió algo grave entre los dos. Eso debió de quitarle las ganas de vivir. Probé a llamar a la casa de esa mujer. Pero fue el marido, y no ella, quien se puso al teléfono. Le dije: « Querría hablar con su esposa de una cita en nuestra clínica» . « Ya no vive aquí» , dijo el marido. Le pregunté dónde podía encontrarla. « No lo sé» , contestó fríamente el marido, y colgó sin más. —Volvió a hacer una breve pausa—. En suma —dijo al cabo—, al final conseguí localizarla. Se había marchado de casa, abandonando a su marido y a su hija, y vivía con otro hombre.

Por un instante, me quedé sin habla. Me costaba entender todo aquello.

—¿Quieres decir que plantó a su marido y al señor Tokai? —pregunté luego.

—En otras palabras, sí —afirmó titubeante el secretario. Y frunció ligeramente el ceño—. Había un tercer hombre. Desconozco los pormenores, pero por lo visto es más joven que ella. Personalmente, algo me dice que se trata de un individuo poco recomendable. Ella huyó de su casa con él. Parece ser que el doctor Tokai no había sido más que un trampolín, por decirlo así. Y ella lo usó a su antojo. Hay indicios de que el doctor ingresó en la cuenta de la mujer bastante dinero. Examinando los pagos y las tarjetas de crédito del doctor, he comprobado que hubo movimientos bastante extraños de grandes sumas de dinero. Imagino que ella se lo gastó en caros regalos. O tal vez en saldar deudas. No hay evidencias que justifiquen el uso de ese dinero e ignoro los detalles, pero lo que sí sé es que la cantidad que retiraron en un periodo de tiempo tan corto asciende a una buena suma.

Solté un hondo suspiro.

—¡Menudo desastre!

El joven asintió.

—Creo que si, por ejemplo, ella le hubiera dicho: « No puedo separarme de mi marido y mi hija, así que hemos de cortar de raíz nuestra relación» y hubiera roto con él, seguramente el doctor habría podido soportarlo. Dado que estaba muy enamorado, como nunca lo había estado, el batacazo habría sido sin duda terrible, pero no al extremo de comprometer su propia vida. Si hubiera habido un motivo razonable, por muy profundo que hubiese caído, en algún momento el doctor habría levantado cabeza. Pero la aparición de un tercer hombre, y el hecho de que ella lo hubiera manipulado con tanta destreza, supuso un golpe muy

fuerte para el doctor Tokai.

Yo lo escuchaba en silencio.

—Cuando el doctor falleció, sólo pesaba ya unos treinta y cinco kilos —prosiguió Gotō—. Teniendo en cuenta que normalmente pasaba de los setenta, se había quedado reducido a la mitad. Le sobresalían las costillas, como las rocas en la playa cuando baja la marea. Su aspecto era tal, que uno tenía que apartar la vista. Me recordó a los cadavéricos prisioneros judíos que vi en una vieja grabación cuando acababan de ser liberados de los campos de concentración nazis.

Campos de concentración. Sí, en cierto sentido sus previsiones habían dado en el blanco. *Últimamente no dejo de pensar en qué demonios soy*.

—En términos médicos —continuó el secretario—, la causa directa del fallecimiento fue una insuficiencia cardiaca. El corazón perdió fuerza y no pudo bombear la sangre. Pero, a mi juicio, fue el amor lo que le provocó la muerte. Literalmente, *un mal de amores.* Llamé varias veces a la mujer para pedirle que me explicara las circunstancias. Le rogué por lo que más quisiera, aunque fuera una sola vez, unos minutos, que acudiera a ver al señor Tokai. Si sigue así, el doctor no vivirá mucho. Pero ella no lo hizo. Aunque la hubiese tenido delante, dudo que el doctor hubiera sobrevivido, por supuesto. Él ya se había resignado a morir. Pero, quién sabe, quizá se hubiera producido el milagro. O tal vez habría fallecido en otro estado de ánimo. O a lo mejor verla sólo lo habría perturbado. Quizá eso hubiera redoblado su tormento. No lo sé. Francamente, hay tantas cosas que desconozco en este asunto… Lo único que sé es que nadie se muere porque ame demasiado y la comida no le pase por la garganta. ¿No cree?

Me mostré de acuerdo. Ciertamente, era la primera vez que oía algo semejante. En ese sentido, Tokai debía de ser una persona especial. Al decírselo, Gotō se llevó las manos a la cara y sollozó quedamente. Debía de sentir un hondo cariño por el doctor. Quise consolarlo, pero en realidad yo no podía hacer nada. Luego se calmó y, sacando un pañuelo blanco limpio del bolsillo del pantalón, se enjugó las lágrimas.

—Disculpe. ¡Qué vergüenza!

Afirmé que llorar por alguien no era vergonzoso. Sobre todo por una persona fallecida a quien se quiere. El joven secretario me lo agradeció.

—Muchas gracias. Me consuela que me diga eso.

De debajo de la mesa, sacó la funda de una raqueta de squash y me la ofreció. Dentro iba una Black Night nuevo modelo. Un objeto de lujo.

—El doctor me la confió. La había pedido a un servicio de venta por correo, pero cuando la recibió ya había perdido el vigor necesario para jugar al squash. Me pidió que se la diese. Cuando estaba casi en las últimas, de pronto recobró temporalmente la conciencia y me pidió una serie de favores. Esta raqueta es uno de ellos. Si le parece bien, úsela, por favor.

Yo le di las gracias y acepté el regalo. Luego le pregunté qué había ocurrido con la clínica.

—Ahora mismo está cerrada temporalmente, pero creo que o bien se cerrará definitivamente, o bien se venderá con todo el mobiliario y equipamiento. Por supuesto, ha habido ya un traspaso y yo todavía echo una mano de vez en cuando, pero aún no se ha decidido qué hacer en el futuro. Yo también necesito poner un poco en orden mi corazón. Ahora mismo, todavía no soy capaz de pensar como es debido.

Deseé que el joven secretario se recuperase del trauma y pudiera rehacer su vida.

—Señor Tanimura, siento incomodarle —me dijo cuando estábamos despidiéndonos—, pero he de pedirle algo: por favor, acuérdese siempre del doctor Tokai. Era un hombre con un corazón purísimo. Creo que lo único que podemos hacer por una persona fallecida es conservarla en nuestra memoria el máximo tiempo posible. Aunque resulta más fácil decirlo que hacerlo. Eso no puede pedírsele a cualquiera.

—Tienes razón —convine—. Acordarse de un muerto durante mucho tiempo es más difícil de lo que la gente piensa. Haré todo lo que pueda por no olvidarme de él.

Se lo prometí. Soy incapaz de juzgar si el corazón del doctor Tokai era purísimo o no, pero está claro que en cierto sentido no era un ser *normal y corriente* y vale la pena recordarlo. A continuación, nos despedimos con un apretón de manos.

Por ese motivo, es decir, para no olvidarme del doctor Tokai, escribo estas líneas. Para mí, el método más eficaz de recordar algo es dejarlo por escrito. A fin de no causar molestias a los protagonistas, he modificado un poco los nombres y los lugares, pero los hechos en sí sucedieron casi tal cual se relatan. Ojalá el joven Gotō lea este texto, esté donde esté.

A menudo me acuerdo de otro detalle relacionado con el doctor Tokai. No recuerdo ya cómo acabamos hablando de ese tema, pero una vez me expuso su opinión sobre las mujeres en general.

Tokai estaba convencido de que todas las mujeres nacían con una suerte de órgano independiente especialmente diseñado para mentir. El dónde, cómo y qué mentiras cuentan varía un poco, dependiendo de cada una. Pero en algún momento todas las mujeres han de mentir, incluso tratándose de temas serios. En los asuntos triviales, naturalmente, también mienten, pero es que ni en los más serios se plantean no mentir. Y en esos momentos apenas les cambia el color de la cara o el tono de la voz. Eso se debe a que no son ellas, sino el órgano independiente del que están provistas, el que obra a su albedrío. Por eso, contar

mentiras —salvo en unas pocas excepciones— jamás atormenta sus hermosas conciencias ni altera sus plácidos sueños.

Recuerdo bien aquel día por el tono resuelto, extraño en el doctor, con que hablaba. Yo no podía evitar mostrarme de acuerdo en lo básico con su opinión, aunque quizá difiriésemos un tanto en ciertos matices. Tal vez se debía a que ambos habíamos llegado a la misma cumbre, no demasiado bonita por cierto, escalando por rutas personales diferentes.

A las puertas de la muerte, Tokai pudo comprobar, sin ningún regocijo seguramente, que no estaba equivocado. No es necesario que diga que siento una profunda pena por el doctor. Lamento de corazón su pérdida. Hay que estar muy mentalizado para abstenerse de comer y morir atormentado por el hambre. El sufrimiento físico y psíquico que acarrea escapa a toda razón. Pero al mismo tiempo confieso que, en cierta medida, envidio que amara a una mujer —pasemos por alto la clase de mujer que era— al punto de desear reducir su propio ser a nada. De haberlo querido, habría podido continuar y llevar a término esa vida artificial como hasta entonces. Habría mantenido relaciones superficiales con varias mujeres a la vez, habría degustado aromáticas copas de Pinot Noir, tocado *My Way* en el piano de cola de la sala de estar y habría seguido disfrutando de sus dulces amoríos en un rincón de la ciudad. Y sin embargo, acabó tan perdidamente enamorado que la comida no le pasaba por la garganta, se adentró en un mundo completamente nuevo, vio un paisaje que nunca había visto y, en consecuencia, se precipitó hacia la muerte. Tomando prestadas las palabras del joven Gotō, se fue *reduciendo a nada.* No puedo juzgar qué vida hubiera sido para él más feliz, en el sentido exacto de la palabra, o más genuina. Igual que para el joven Gotō, el destino que el doctor Tokai vivió de septiembre a noviembre de aquel año está para mí lleno de interrogantes.

Yo sigo practicando squash, aunque tras la muerte de Tokai me mudé y cambié de gimnasio. En el nuevo gimnasio, he decidido jugar con un contrincante fijo. Cuesta dinero, pero resulta más cómodo. Casi nunca utilizo la raqueta que el doctor me regaló. Entre otras razones porque es demasiado ligera para mí. Y cuando siento esa ligereza no puedo evitar recordar su cuerpo escuálido.

Cuando su corazón se mueve, tira del mío. Como dos barcas atadas por una cuerda. Que no se puede cortar, pues no existe ningún cuchillo capaz de cortarla.

Muy tarde descubrimos que estaba atado a la barca equivocada. Pero ¿acaso puede afirmarse eso con toda certeza? Creo que, igual que aquella mujer (probablemente) se había valido del órgano independiente para mentir, el doctor Tokai también se sirvió, salvando las distancias, por supuesto, de un órgano independiente para amar. Fue una acción heterónoma ante la cual su voluntad nada valía. A posteriori, resulta fácil para un tercero censurar con gesto triunfante sus actos o negar con la cabeza en señal de pena. Pero sin la intervención de ese

órgano que eleva nuestras vidas, nos empuja hacia el fondo, perturba nuestros corazones, nos muestra hermosos espejismos y a veces nos empuja hacia la muerte, nuestra existencia seguramente sería mucho más anodina. O acabaría convirtiéndose apenas en una sarta de artimañas.

Desde luego, no hay forma de saber en qué pensaba Tokai, cuáles fueron sus pensamientos en el umbral de una muerte que él mismo escogió. Pero al parecer, en medio de esa profunda pena y sufrimiento, recobró la conciencia, aun temporalmente, para decir que me legaba aquella raqueta de squash nueva. Quizá con eso quería transmitir algún mensaje. Tal vez vislumbró en sus últimos momentos una suerte de respuesta a la pregunta de *qué era él*. Y quizá el doctor quiso comunicármela. Tengo esa sensación.

Sherezade

Cada vez que mantenía relaciones sexuales con Habara, ella le contaba una extraña y apasionante historia. Como la Sherezade de *Las mil y una noches.* A diferencia de lo que ocurría en el cuento, por supuesto, Habara no tenía ni la más mínima intención de cortarle el cuello al amanecer (para empezar, ella jamás se había quedado junto a él hasta la mañana del día siguiente). Si le narraba aquellas historias era simplemente porque le apetecía. Sin duda ella también querría consolar a Habara, que se veía obligado a permanecer encerrado en la casa a solas. Pero Habara suponía que eso no era todo; que, además, a ella debía de gustarle el hecho en sí de hablar en la intimidad con un hombre, en la cama —sobre todo en esos momentos de languidez tras el sexo.

Habara la llamaba Sherezade. No delante de ella, pero en el pequeño diario que llevaba anotaba a bolígrafo «Sherezade» los días en que ella acudía. También apuntaba de manera concisa —de tal modo que, aunque alguien lo leyese, no lo dedujera— el argumento de las historias que ella le relataba.

Habara ignoraba si aquellas historias eran reales, inventadas o una mezcla de verdad y ficción. Era imposible deducirlo. En ellas realidad y especulación, observación y fantasía parecían fundirse de manera indistinguible. Por eso Habara había decidido prestarle atención sin más y dejar de preocuparse por si eran falsas o verdaderas. ¿Qué importancia podía tener para él esa diferencia, fuesen reales o no, o aunque se tratase de un complejo jaspeado?

El caso es que Sherezade era una excelente oradora que sabía captar la atención del otro. Todo lo que contaba se convertía en un relato especial, se tratase de la historia que se tratase. El tono, las pausas, la forma en que hacía avanzar el relato, todo era perfecto. Despertaba el interés del oyente, lo mantenía astutamente en ascuas, le obligaba a pensar, a especular, y luego le daba justo lo que deseaba. Con esa envidiable destreza conseguía que, por un instante, el oyente se olvidase de la realidad que lo rodeaba. Como si le pasase un paño húmedo a un encerado, borraba limpiamente fragmentos de recuerdos desagradables que permanecían como adheridos, preocupaciones que el oyente hubiera querido olvidar de haber sido posible. «¿Acaso no basta con eso?», pensaba Habara. De hecho era exactamente lo que él más anhelaba entonces.

Sherezade tenía treinta y cinco años, cuatro más que Habara, y básicamente era un ama de casa a tiempo completo (aunque tenía titulación de enfermera y, al parecer, a veces, cuando hacía falta, la llamaban para trabajar) y madre de dos niños que estaban en primaria. Su marido trabajaba en una empresa como tantas otras. Vivían a veinte minutos en coche de allí. Al menos, ésa era (o casi) toda la información sobre sí misma que había proporcionado a Habara. Claro que él no tenía manera de comprobar si era cierta o no. Aunque tampoco se le ocurrían motivos para sospechar de ella. No le había dicho su nombre. «No

tienes ninguna necesidad de saberlo, ¿o sí?» , le dijo Sherezade. En efecto, así era. Para él, ella siempre sería « Sherezade» , lo que de momento no suponía ningún problema. Ella tampoco había llamado jamás a Habara por su nombre, que sin duda debía de conocer. Lo evitaba prudentemente, como si mencionarlo fuese algo inapropiado y de mal agüero.

Aunque se la mirase con buenos ojos, físicamente Sherezade no se parecía en nada a la hermosa mujer de *Las mil y una noches.* Era un ama de casa de una ciudad de provincias que empezaba a entrar en carnes (como si rellenase agujeros con masilla) y que avanzaba a paso firme hacia el territorio de la mediana edad. Tenía una pequeña papada y arrugas de cansancio en las comisuras de los ojos. Tanto su peinado como su ropa o su maquillaje, sin llegar a resultar de mal gusto, no despertaban precisamente admiración. Sus facciones no estaban mal, pero daban impresión de indefinición, como si fuera una imagen desenfocada, algo así. La mayoría de la gente no se habría fijado en ella al cruzársela por la calle o al coincidir con ella en un ascensor. Quizá diez años antes hubiera sido una chica mona y vivaracha. Puede que algunos hombres se volviesen a mirarla. Aun así, el telón de esos días ya había caído. Y ahora nada parecía indicar que fuese a alzarse de nuevo.

Sherezade visitaba House dos veces a la semana. No había un día fijo, pero jamás iba los fines de semana. Seguramente necesitaba pasarlos con su familia. Una hora antes de acudir, avisaba por teléfono. Hacía la compra en el supermercado del barrio y le llevaba los alimentos en coche. Un Mazda azul compacto. Un viejo modelo con una prominente abolladura en el parachoques trasero y con las ruedas negras de suciedad. Estacionaba en la plaza de aparcamiento de House, abría el portón trasero para sacar las bolsas de la compra y, con ellas en las manos, llamaba al timbre. Habara comprobaba quién era por la mirilla, abría el cerrojo y la cadena y la invitaba a pasar. Ella iba directa a la cocina, sacaba los alimentos y los guardaba en la nevera. Luego hacía la lista de la compra para la siguiente vez. Se afanaba con destreza, sin hacer movimientos inútiles, como un ama de casa competente. Mientras se ocupaba en alguna tarea, apenas hablaba y siempre estaba seria.

Cuando ella acababa, sin que ninguno de los dos lo propusiera, se dirigían con naturalidad al dormitorio, como arrastrados por una corriente marina invisible. Allí, Sherezade se desnudaba con gestos rápidos y, en silencio, se metía en la cama con Habara. Ambos se abrazaban sin apenas decir palabra y practicaban sexo como si colaborasen para despachar una tarea impuesta. Cuando ella tenía la menstruación, cumplía su objetivo valiéndose de la mano. Y la manera, como mecánica, con que ella movía la mano hacía que Habara se acordase de que ella poseía el título de enfermera.

Después del sexo, charlaban acostados. En realidad, solamente ella hablaba; Habara se limitaba a asentir de vez en cuando y a hacer alguna breve pregunta.

Y cuando el reloj marcaba las cuatro y media de la tarde, Sherezade interrumpía la historia, aunque fuese por la mitad (por algún motivo, siempre se hacía la hora cuando el relato llegaba a su clímax), salía de la cama, recogía la ropa tirada por el suelo, se vestía y se preparaba para marcharse. « Tengo que hacer la cena» , le decía.

Habara la acompañaba a la entrada, volvía a echar el cerrojo a la puerta y miraba por entre las cortinas cómo el pequeño y sucio coche azul arrancaba. A las seis, preparaba una cena frugal con los alimentos que había en la nevera y cenaba solo. Durante una época había trabajado de cocinero, así que cocinar no le disgustaba en absoluto. Durante la cena bebía Perrier (no probaba el alcohol) y después se tomaba un café mientras veía una película o leía (le gustaban los libros que requieren repetidas lecturas o largo tiempo para terminarlos). No tenía nada más que hacer. Tampoco gente con quien hablar. Nadie a quien telefonear. Como no disponía de ordenador, no podía acceder a internet. Además, no hojeaba el periódico ni veía programas de televisión (había buenos motivos para ello). Naturalmente, tampoco podía salir de casa. Si por alguna circunstancia Sherezade dejase de visitarlo, sus vínculos con el mundo exterior se cortarían y se quedaría literalmente abandonado en una isla desierta.

Pero esa posibilidad no lo inquietaba. « Es una situación a la que tendré que enfrentarme por mis propios medios. Una situación difícil, pero que de algún modo iré superando. Tampoco estoy en una isla desierta» , pensaba Habara. « No se trata de eso, sino de que *yo mismo soy una isla desierta.»* Estaba acostumbrado a estar solo. No se venía abajo tan fácilmente, por mucha soledad que experimentara. Lo que empañaba su corazón era pensar que, si ella no volvía, ya no podrían charlar en la cama. O mejor dicho, ya no podría escuchar las historias de Sherezade.

Poco después de haberse instalado en House, Habara había empezado a dejarse barba. Siempre había tenido una barba cerrada. Por una parte, su objetivo era cambiar su aspecto, pero eso no era todo: la principal razón por la que había empezado a dejarse barba era porque estaba ocioso. Con barba podía arreglarse a menudo la perilla, las patillas, el bigote y disfrutar de la sensación al tacto. Podía matar el tiempo dándole forma con las tijeras y la navaja de afeitar. Hasta entonces no se había dado cuenta de que el solo hecho de dejarse barba ya era suficiente para matar el aburrimiento.

—Yo, en mi vida anterior, fui una lamprea —le dijo un buen día Sherezade, cuando estaban metidos en la cama. Con toda espontaneidad, como quien afirma que « el Polo Norte se halla muy al norte» .

Dado que Habara no sabía nada sobre el aspecto de las lampreas o sobre qué clase de criaturas eran, no dio ninguna opinión al respecto.

—¿Sabes cómo se comen las lampreas a las truchas? —preguntó ella.

—No, no lo sé —contestó Habara. En realidad, era la primera vez que oía que las lampreas comiesen truchas.

—Las lampreas no tienen mandíbula. En eso se diferencian de una anguila común.

—¿Así que las anguilas tienen mandíbula?

—¿Nunca has visto una? —preguntó ella pasmada.

—Como anguila de vez en cuando, pero nunca he tenido ocasión de fijarme en su mandíbula.

—Pues la próxima vez fíjate bien. Por ejemplo, cuando vayas a un acuario. Las anguilas normales tienen mandíbula y dientes. En cambio, las lampreas no. En vez de boca tienen una ventosa. Con ésta se adhieren a las piedras que hay en el lecho de los ríos y los lagos y se mecen boca abajo. Como si fueran algas.

Habara se imaginó un montón de lampreas flotando como algas en el fondo acuático. Era una escena de algún modo irreal. Aunque Habara sabía que la realidad a veces se aleja de la realidad.

—De hecho, las lampreas viven entre las algas. Se ocultan entre ellas. Y cuando una trucha pasa sobre sus cabezas, salen como propulsadas y se le pegan al vientre. Con la ventosa, claro. Luego viven como parásitos, adheridas a la trucha, igual que sanguijuelas. Dentro de la ventosa tienen una especie de lengua dentada que utilizan a modo de lima para hacer un agujero en el cuerpo del pez e ir devorándole poco a poco.

—La verdad, no me haría mucha gracia ser una trucha —comentó Habara.

—Se cuenta que en la Antigua Roma había viveros de lampreas en todas partes y a los esclavos impertinentes que no obedecían a sus dueños los arrojaban vivos como cebo para las lampreas.

«Tampoco querría ser esclavo en la Antigua Roma», pensó Habara. Aunque, desde luego, no querría ser esclavo en ninguna época.

—Cuando estaba en primaria, vi lampreas por primera vez en un acuario y, al leer el texto informativo sobre sus hábitos de vida, de pronto me di cuenta de que fui eso en mi vida pasada —afirmó Sherezade—. De hecho, me acuerdo con claridad. Recuerdo cómo me adhería a las piedras en el lecho, cómo me balanceaba, confundida entre las algas, y cómo observaba las truchas gordas que pasaban sobre mi cabeza.

—¿Recuerdas haber mordido alguna?

—No, eso no.

—Me alegro —dijo Habara—. ¿Es lo único que recuerdas de tu época de lamprea? ¿Que te mecías en el fondo del agua?

—Nadie suele acordarse con todo detalle de su vida pasada. Con suerte, te acordarás a lo sumo de una pequeña parte. Es como espiar al otro lado de una pared por una mirilla. Sólo logras ver una pequeña pincelada del panorama. ¿Te

acuerdas tú de algo de tu vida pasada?

—No, de nada —dijo Habara. Francamente, ni siquiera le apetecía recordarla. Le bastaba y le sobraba con la actual.

—Pues no se estaba tan mal en el fondo del lago. Te sujetabas con la ventosa a una roca, te ponías boca abajo y veías pasar los peces. Alguna vez incluso vi una tortuga enorme. Vista desde abajo, era negra e inmensa como la nave espacial enemiga de *La guerra de las galaxias.* Unos pájaros grandes y blancos de picos largos y afilados atacaban a los peces, como sicarios. Desde el fondo del agua, parecían nubes en el cielo azul. Eso sí: nosotras, escondidas en las profundidades, entre las algas, estábamos a salvo de los pájaros.

—¿Y eres capaz de visualizar esa escena?

—Vivamente —declaró Sherezade—. La luz, la sensación del fluir del agua… Recuerdo incluso lo que pensaba en esos momentos. A veces hasta soy capaz de colarme dentro de la escena.

—¿Lo que pensabas?

—Sí.

—Pero ¿es que pensabas en algo?

—Por supuesto.

—¿En qué piensa una lamprea?

—Pues piensa en cosas propias de lampreas. Sobre asuntos de lampreas en contextos de lampreas. Pero no puede trasladarse a nuestro lenguaje. Porque son pensamientos que pertenecen a algo que está dentro del agua. Igual que cuando eres un feto en el vientre de tu madre. Sabes que pensabas en algo, pero no puedes expresarlo con palabras mundanas. ¿O no?

—¿Estás diciéndome que te acuerdas de cuando estabas en el vientre de tu madre? —dijo sorprendido Habara.

—Claro que sí —contestó Sherezade como si tal cosa. Y apoyó ligeramente la cabeza en el pecho de él—. ¿Tú no?

—No —dijo Habara.

—Pues entonces alguna vez tendré que contarte la historia de cuando yo era un feto.

Ese día, Habara anotó en el diario: « Sherezade, lamprea, vida anterior» . Si alguien lo hubiera leído, jamás hubiera imaginado lo que significaba.

Habían pasado cuatro meses desde la primera vez que Habara se había encontrado con Sherezade. A Habara lo habían enviado a House, una casa que se hallaba en una ciudad de provincias al norte de la región de Kantō. Una mujer que vivía cerca se ocuparía de él a modo de « intermediaria» . Su tarea consistía en comprar comida y otros productos y llevárselos a House, ya que Habara no podía salir. Cuando él lo deseaba, también le compraba los libros y las revistas

que quería leer y los cedés que le apetecía escuchar. A veces también elegía algunas películas en deuvedé al azar y se las llevaba (aunque a Habara no le convencían sus criterios de selección).

Fue a la semana siguiente de haberse instalado cuando Sherezade lo invitó a acostarse con ella, casi como algo obvio. Desde el primer día llevaba preservativos consigo. Quizá fuese una más de las «actividades de apoyo» que habían encomendado a la mujer. En cualquier caso, ella lo propuso sin ningún reparo o vacilación, con delicadeza, y a él tampoco se le ocurrió oponerse a ello. Aceptando la invitación, se metió en la cama y, aun sin haber comprendido bien la lógica de los acontecimientos, se abrazó al cuerpo de Sherezade.

El sexo con ella no podía definirse como apasionado, pero tampoco era completamente mecánico. Si bien había empezado como parte de las funciones que le habían asignado (o que le habían sugerido firmemente), a partir de cierto momento, ella pareció encontrar —aunque fuese en parte— cierto placer en el acto. Habara lo percibió (y se alegró de ello) en el sutil cambio que se produjo en el modo en que reaccionaba el cuerpo de ella. Después de todo, él no era una fiera salvaje enjaulada, sino una persona de tiernos sentimientos. Practicar el sexo sólo para satisfacer la libido no resulta tan divertido, a pesar de que hasta cierto punto sea necesario. Pero Habara no conseguía dilucidar en qué medida Sherezade lo consideraba parte de su deber y en qué medida lo veía como algo personal.

No sólo sucedía con el sexo. Habara era incapaz de saber hasta qué punto las actividades cotidianas que hacía por él eran tareas impuestas y hasta qué punto derivaban de su buena voluntad (si es que podía llamársele buena voluntad). En distintos aspectos, Sherezade era una mujer cuyos sentimientos e intenciones resultaban difíciles de penetrar. Por ejemplo, solía usar ropa interior de materiales sencillos y sin adornos. La clase de prendas que viste a diario un ama de casa común en la treintena —según suponía Habara, pues hasta entonces jamás había mantenido relaciones con un ama de casa en la treintena—. Eran prendas que se podían comprar en las rebajas de cualquier hipermercado. Sin embargo, otros días también lucía lencería sofisticada e incitante. Habara ignoraba dónde la adquiría, pero sin duda se trataba de artículos de lujo. Prendas delicadas elaboradas con bellas sedas, encajes primorosos y colores vivos. Él no entendía con qué objetivo o dependiendo de qué circunstancias tenía lugar ese contraste extremo.

Otra cosa que lo confundía era que el sexo con Sherezade y las historias que le contaba estaban indivisiblemente imbricados, formando una unidad. No podían separarse. Y sentirse tan atado —profundamente atado— de esa manera a unas relaciones carnales que no podían definirse como demasiado apasionadas, con alguien por quien no se sentía verdaderamente atraído, era una situación que jamás había vivido y que lo desconcertaba un poco.

—Cuando era adolescente —dijo un buen día Sherezade a modo de confesión cuando estaban en la cama—, en varias ocasiones aproveché la ausencia de los dueños para entrar en una casa.

Como le ocurría con la mayoría de sus relatos, Habara fue incapaz de dar una opinión pertinente.

—¿Alguna vez has entrado en una casa ajena de ese modo? —le preguntó Sherezade.

—Creo que no —dijo Habara con voz ronca.

—Pues una vez lo haces, engancha.

—Pero es ilegal.

—Exacto. Si la policía te pilla, te detiene. Te puede caer una pena gorda por allanamiento de morada y hurto (o tentativa de hurto). Pero, aun a sabiendas de que es peligroso, se convierte en adictivo.

Habara aguardó en silencio a que prosiguiera.

—Lo mejor de entrar en una casa ajena cuando no hay nadie es, sin duda, el silencio. No sé por qué, pero todo está muy callado. Quizá sea el lugar más silencioso del mundo. Ésa fue la sensación que tuve. Cuando me quedaba allí sola sentada en el suelo, inmersa en aquel silencio, conseguía remontarme con toda facilidad a la época en que fui lamprea —explicó Sherezade—. Era una sensación maravillosa. Creo que ya te he contado que fui lamprea en mi vida anterior, ¿no?

—Sí.

—Pues eso. Me adhiero con la ventosa a una roca en el fondo del agua, con la cola hacia arriba, meciéndome. Igual que las algas que me rodean. Reina la calma, no se oye un ruido. O a lo mejor es que no tengo oídos. En los días soleados, la luz incide sobre la superficie penetrándola como una flecha. A veces, esa luz se divide en haces brillantes, como si traspasara un prisma. Los peces, de diversas formas y colores, nadan lentamente sobre mi cabeza. Y yo no pienso en nada. O, mejor dicho, sólo tengo pensamientos de lamprea. Están empañados, pero al mismo tiempo son diáfanos. No son transparentes, pero a la vez carecen de cualquier impureza. Yo, siendo yo, no soy yo. Y es una sensación maravillosa.

La primera vez que Sherezade se había colado en una casa ajena fue cuando estaba en el segundo curso del instituto. Se había enamorado de un chico de su misma clase en el instituto público local. Era alto, jugaba al fútbol y sacaba buenas notas. No podía decirse que fuera especialmente guapo, pero sí pulcro y tremendamente simpático. Como gran parte de los amores de las chicas de instituto, fue un amor no correspondido. Por lo visto él estaba interesado por otra chica de la clase y ni siquiera prestaba atención a Sherezade. Nunca le había

dirigido la palabra, quizá ni siquiera se hubiera dado cuenta de que iban a la misma clase. Pero ella era incapaz de renunciar a él. Cuando lo veía, sentía que le faltaba el aire e incluso a veces había estado a punto de vomitar. Si no hacía algo, acabaría enloqueciendo. Sin embargo, no se le pasaba por la cabeza declarársele. No podía salir bien.

Un día, Sherezade decidió hacer novillos y se fue a la casa del chico, a unos quince minutos de la de Sherezade. Calculó que a esas horas no habría nadie. El padre, que trabajaba para una empresa de cemento, había fallecido unos años antes en un accidente de tráfico en la autopista. La madre era profesora de lengua japonesa en un colegio público de la ciudad vecina. La hermana cursaba secundaria. De modo que, de día, lo normal sería que la casa estuviese vacía. Ella se había preocupado de investigar de antemano la situación familiar.

La puerta de la entrada, naturalmente, se hallaba cerrada con llave. Por probar, Sherezade miró debajo del felpudo. Allí estaba. Era una urbanización de una tranquila ciudad de provincias con un bajo índice de criminalidad. Por eso sus habitantes no se preocupaban demasiado por la seguridad. Muchos dejaban las llaves bajo los felpudos o las macetas para los miembros de la familia que hubieran olvidado las suyas.

Por precaución, pulsó el timbre, esperó un rato y, tras comprobar que no obtenía respuesta y que ningún vecino la veía, Sherezade entró en la casa. Seguidamente cerró por dentro con llave. Se quitó los zapatos y los metió en una bolsa de plástico que guardó en la mochila que llevaba a la espalda. Después, con gran sigilo, subió a la planta superior.

La habitación del chico estaba, como se había figurado, en la planta de arriba. La pequeña cama de madera estaba perfectamente hecha. Contempló las baldas repletas de libros, el armario ropero, la mesa de estudio. Sobre una estantería había una minicadena y unos cuantos cedés. De la pared colgaba un calendario del Fútbol Club Barcelona y una especie de banderín de un equipo, ningún otro adorno más ni nada semejante. No había fotografías ni dibujos. Sólo la pared color crema. De lo alto de la ventana pendían unas cortinas blancas. La habitación estaba limpia y ordenada. Ni un libro tirado, ni una prenda de ropa por el suelo. El material de escribir que había sobre la mesa estaba perfectamente alineado, reflejo del carácter escrupuloso del dueño de la habitación. O quizá fuera la madre quien lo ordenara todo con esmero a diario. O tal vez ambas cosas. Eso puso nerviosa a Sherezade. Si la habitación hubiese estado hecha un desastre, nadie se habría enterado aunque ella hurgase un poco. «Ojalá sea así», pensó Sherezade. Debía ir con sumo cuidado. Pero al mismo tiempo se alegraba de que la habitación fuese sencilla, estuviese impoluta y en completo orden. Era muy propio de él.

Se sentó en la silla frente al escritorio y permaneció allí quieta un rato. «Ésta es la silla en que se sienta todos los días a estudiar.» Al pensarlo, se le aceleró el

corazón. Por orden, fue cogiendo todo el material de escritorio, lo palpaba, lo olía, lo besaba. Los lápices, las tijeras, la regla, la grapadora, el calendario de mesa y ese tipo de cosas. Sólo por el hecho de que eran pertenencias suyas, objetos que por lo general no tendrían nada de especial parecían resplandecer.

Luego fue abriendo uno a uno los cajones del escritorio, examinando a fondo su contenido. En los separadores del cajón superior había pequeños objetos de escritorio y algunos recuerdos. En el segundo cajón estaban las libretas de las asignaturas que cursaba en la actualidad y, en el tercero (el situado más abajo), varios documentos, libretas y modelos de exámenes viejos. Casi todo cosas relacionadas con los estudios o material del club de fútbol del colegio. No había nada importante. No encontró nada de lo que esperaba, como un diario o cartas. Ni siquiera una sola fotografía. Le pareció un poco extraño. ¿Acaso no tenía más vida personal, aparte de los estudios y el fútbol? ¿O quizá lo guardaba en otro sitio, a salvo de miradas ajenas?

Con todo, Sherezade exultaba por el simple hecho de sentarse delante de su escritorio y admirar su letra en los cuadernos. De seguir así, acabaría perdiendo el juicio. Para calmar la excitación, se levantó de la silla y se sentó en el suelo. Luego miró el techo. A su alrededor todo seguía en silencio. Ni un solo ruido. Así fue como acabó transmutándose en la lamprea en el fondo del agua.

—¿Simplemente entraste en su habitación, tocaste algunas cosas y después te quedaste allí quieta? —preguntó Habara.

—No, no sólo eso —dijo ella—. Yo quería tener algo de él. Quería llevarme algo que utilizara o se pusiera a diario. Pero no podía ser de valor, porque entonces enseguida se habría dado cuenta de que había desaparecido. Así que decidí robarle un lápiz.

—¿Sólo un lápiz?

—Sí. Un lápiz usado. Pero no valía con robarlo y ya está. Porque de ese modo me convertía en una simple ratera. Y no lo era. Yo era, por decirlo así, una *ladrona del amor*.

« Ladrona del amor» , pensó Habara. « Suena a título de película muda.»

—Así que, a mi vez, tenía que dejar una *prenda.* Como prueba de mi existencia. Como declaración de que no era un simple hurto, sino un trueque. Pero no se me ocurría qué dejar. Aunque rebusqué en mi mochila y en los bolsillos, no encontré nada que pudiese servir de prenda. Ojalá hubiera ido preparada, pero es que ni se me había ocurrido… No me quedó más remedio que dejar un tampón. Uno sin usar, claro, en su envoltorio. Lo llevaba encima porque estaba a punto de venirme la menstruación. Decidí colocarlo en un sitio difícil de encontrar, en el fondo del último cajón. Lo de meter a escondidas un tampón en el fondo de su cajón me excitó muchísimo. Quizá demasiado, porque

justo al poco tuve la regla.

«Un lápiz y un tampón», se dijo Habara. Debería anotarlo en el diario: «Ladrona del amor, lápiz y tampón». Seguro que nadie lo entendería.

—Ese día creo que estuve, como mucho, quince minutos en su casa. No pude quedarme demasiado; era la primera vez en mi vida que me colaba en una casa y estaba muy nerviosa pensando en que alguien de la familia podía volver de improviso. Después de echar un vistazo fuera, salí a hurtadillas de la casa y cerré la puerta con llave, que devolví a su sitio, bajo el felpudo. Luego me fui a clase. Llevándome el preciado lápiz.

Sherezade permaneció un rato callada. Parecía estar remontándose en el tiempo para visibilizar cada cosa que allí había.

—Después, experimenté durante una semana una sensación de plenitud como nunca hasta entonces —continuó Sherezade—. Garabateaba en la libreta con su lápiz. Lo olía, lo besaba, lo apretaba contra mi mejilla, lo acariciaba. A veces incluso lo chupaba. Me dolía que fuese gastándose poco a poco por el uso, pero era inevitable. Me dije que, si quedaba reducido e inservible, tendría que ir a por otro. Su estuche estaba lleno de lápices. Y él no se daría cuenta. Como seguramente tampoco repararía en el tampón del cajón del escritorio. Al pensar en ello, me ponía a cien. Era una sensación extraña, como si sintiera punzadas en la cintura, para controlarla tenía que rascarme las rodillas por debajo del pupitre. No me importaba que en realidad él ni me dirigiera una mirada o apenas fuera consciente de mi existencia, porque sin que él lo supiese yo tenía en mi poder una parte suya.

—Es como un ritual de brujería —dijo Habara.

—Sí, en cierto sentido quizá lo fuera. Me di cuenta de eso más tarde, cuando por casualidad leí un libro sobre el tema. Pero por aquel entonces todavía era una estudiante de instituto y mis reflexiones no llegaban a tanto. Sólo me dejaba arrastrar por mis deseos. Y me repetía a mí misma que estaba jugándomela. Si me pillaban entrando en una casa, aparte de expulsarme del instituto, se correría el rumor y ni siquiera me sería fácil vivir en el barrio. Pero en vano. Creo que yo no estaba del todo en mis cabales.

Diez días después volvió a hacer novillos y fue a la casa del chico. Eran las once de la mañana. Igual que la vez anterior, entró con la llave de debajo del felpudo. Y subió a la planta superior. La habitación seguía perfectamente ordenada y la cama estaba bien hecha. Para empezar, Sherezade cogió un largo lápiz usado y se lo guardó en su propio estuche. Después se tumbó medrosamente en su cama. Se estiró los bajos de la falda y, con las manos sobre el torso, miró el techo. «En esta cama duerme él todos los días.» Al pensarlo, se le aceleró el corazón y sintió que se ahogaba. El aire no le llegaba a los pulmones. La garganta

se le resecó y al respirar le dolía.

Enseguida, desistiendo de la idea, se levantó de la cama, estiró la cobertura para arreglarla y volvió a sentarse en el suelo, como la última vez. Entonces miró hacia el techo. Se dijo que todavía era pronto para acostarse en su cama. La emoción que le provocaba era demasiado intensa.

Esta vez Sherezade pasó media hora allí. Sacó sus libretas del cajón y les echó un vistazo. Leyó también un trabajo que el chico había redactado a raíz de la lectura de *Kokoro,* de Natsume Sōseki. Era una lectura que le habían mandado para el verano. Estaba escrito con una bella y cuidada caligrafía, propia de un alumno que sacaba buenas notas, y, por lo que pudo ver, no había ni una sola falta; de hecho lo habían calificado con « sobresaliente» . Natural. Ante un texto escrito con una letra tan maravillosa, cualquier profesor habría querido darle un sobresaliente, aun sin haberlo leído.

Luego abrió los cajones del armario ropero y observó, una tras otra, todas las cosas que había. Su ropa interior y su calzado. Camisetas, pantalones. Zapatillas de fútbol. Todas las prendas estaban escrupulosamente dobladas y en orden. Ni una sola se veía sucia o desgastada.

« Todo está muy limpio y ordenado. ¿Las doblará él mismo? ¿O lo hará su madre?» Sherezade sintió celos de la madre, que hacía todo eso por él a diario.

Acercó la nariz a los cajones y olfateó todas y cada una de las prendas. Las habían lavado cuidosamente y olían a ropa secada al sol. Sacó una camiseta gris del cajón, la desplegó y se la llevó a la cara. Quería comprobar si la zona de la axila olía a su sudor. Pero no. Aun así, permaneció un buen rato con la cara pegada a la camiseta, aspirando. Deseaba llevársela, pero era demasiado peligroso. Toda la ropa estaba meticulosamente dispuesta y ordenada. Quizá él (o su madre) se sabían de memoria el número exacto de camisetas. Si faltase una, se armaría una buena.

Al final, Sherezade renunció a llevársela. La dobló como estaba antes y la devolvió al cajón. Debía ser precavida. No podía arriesgarse. Esta vez, además del lápiz, decidió llevarse una pequeña insignia con forma de balón de fútbol que había encontrado en el fondo de un cajón. Debía de ser del equipo infantil en el que había jugado en primaria. Estaba vieja y no parecía de valor. Aunque desapareciese, seguramente no la echaría de menos. O tardaría tiempo en reparar en su ausencia. De paso comprobó si aún seguía en el cajón el tampón que había escondido. Sí, allí estaba.

Sherezade intentó imaginarse qué ocurriría si la madre descubriera aquel tampón. ¿Qué pensaría? ¿Interrogaría directamente al hijo? « ¿Qué haces tú con un tampón? ¡Explícamelo!» ¿O acaso se lo guardaría y haría oscuras conjeturas? Sherezade no podía imaginarse la reacción de la madre. En cualquier caso, decidió no tocarlo. Después de todo, era la primera señal que dejaba.

Esta vez, como segunda prenda, decidió dejar tres cabellos. La noche anterior

se había arrancado tres, los había envuelto en film transparente y los había metido en un pequeño sobre. Sacó de la mochila el sobre y lo metió entre las viejas libretas de matemáticas de un cajón. Eran pelos negros y lisos, ni muy largos ni muy cortos. A no ser que los sometieran a la prueba del ADN, nunca se sabría de quién eran. Aunque a simple vista se notaba que pertenecían a una chica joven.

Tras salir de la casa, fue caminando al instituto para asistir a la primera clase de la tarde. Y los diez días siguientes los pasó embargada de nuevo por una exaltada sensación de plenitud. Sentía que poseía otras partes de él. Pero, naturalmente, aquello no terminaría ahí. Porque, como Sherezade había reconocido, entrar en una casa ajena acaba convirtiéndose en adictivo.

Al llegar a ese punto de la historia, Sherezade miró el reloj que había al lado de la cabecera y dijo, como hablando sola:

—¡Ay! Tengo que marcharme ya.

Salió de la cama y empezó a vestirse. Los dígitos del reloj anunciaban las cuatro y treinta y dos. Volvió a ponerse la ropa interior blanca, práctica y sin apenas adornos, se abrochó el sostén a la espalda, se calzó rápidamente los pantalones vaqueros y se puso por la cabeza un suéter azul marino de la marca Nike. En el baño se lavó cuidadosamente las manos con jabón y, tras arreglarse un poco el cabello con un cepillo, se marchó en el Mazda azul.

Habara se quedó solo y, como no tenía nada mejor que hacer, se puso a reflexionar sobre lo que ella le había contado en la cama, igual que una vaca que rumia pasto. No tenía ni la menor idea de qué derrotero tomaría aquella historia, como solía ocurrir con la mayoría de sus relatos. Para empezar, ni siquiera era capaz de imaginarse el aspecto de Sherezade cuando iba al instituto. ¿Sería esbelta en esa época? ¿Vestiría uniforme con calcetines blancos y llevaría el cabello trenzado?

Puesto que todavía no tenía apetito, antes de ponerse a preparar la cena reanudó la lectura de un libro ya empezado, pero no podía concentrarse. Involuntariamente, le venía a la mente la imagen de Sherezade colándose a hurtadillas en la habitación de la planta superior, o con la camiseta de su compañero de clase pegada a la nariz para olfatearla. Habara estaba ansioso por saber cómo terminaba la historia.

Tres días después, con el fin de semana de por medio, Sherezade volvió a pasarse por House. Como siempre, colocó los alimentos que había traído en grandes bolsas de papel, comprobó las fechas de caducidad, modificó el orden de los productos en la nevera, verificó las reservas de latas y otras conservas,

comprobó las existencias de condimentos y preparó la siguiente lista de la compra. Puso otra botella de Perrier a enfriar. Y amontonó sobre la mesa los nuevos libros y deuvedés.

—¿Falta algo? ¿Necesitas alguna cosa?

—No se me ocurre nada —contestó Habara.

Luego se metieron en la cama e hicieron el amor. Después de excitarse con los preliminares en su justa medida, él se puso el preservativo y la penetró (ella siempre exigía que usase preservativo) y, tras un tiempo prudencial, eyaculó. Aunque no lo hacían por obligación, tampoco ponían el alma en ello. Por lo general ella siempre parecía alerta contra un exceso de pasión. Del mismo modo que, por lo general, un profesor de autoescuela nunca espera excesiva entrega en la manera de conducir de sus alumnos.

Tras comprobar con ojo clínico que Habara había expulsado la debida cantidad de semen dentro del profiláctico, Sherezade retomó la historia.

Tras la segunda intrusión en la casa vacía, vivió unos diez días exultante. Había guardado la insignia con forma de balón de fútbol en su estuche de lápices. A veces, durante las clases, la acariciaba. Mordisqueaba el lápiz y chupaba la mina. También pensaba en la habitación del chico. En su escritorio, en la cama en que dormía, en el armario lleno de su ropa, en sus bóxers, blancos y sencillos, en los tres pelos y en el tampón que había ocultado en el cajón.

Desde que había empezado a colarse en aquella casa, apenas se aplicaba en los estudios. Durante las clases, o bien se quedaba embobada sumida en sus ensoñaciones, o bien se dedicaba a toquetear el lápiz y la insignia. Al volver a casa, tampoco tenía ganas de hacer los deberes. Sus notas nunca habían sido malas. No se contaba entre las mejores de la clase, pero solía cumplir con sus obligaciones de estudiante y sus notas estaban por encima de la media. Por eso, cuando le preguntaban en clase y ella apenas era capaz de responder, los profesores, más que enfadarse, se extrañaban. Además, durante un recreo la habían llamado a la sala de profesores. «Pero ¿qué te pasa? ¿Tienes algún problema?», le habían preguntado. Sin embargo, ella no sabía qué contestar. «Es que últimamente no me encuentro muy bien…», conseguía a duras penas balbucear. Por supuesto, jamás podría confesarles algo así: «La verdad es que hay un chico que me gusta y he empezado a colarme en su casa cuando no hay nadie, le he robado lápices y una insignia y me quedo embobada toqueteándolos, no pienso más que en él». Porque ése era un secreto oscuro y pesado con el que debía apechugar sola.

—Empecé a sentir la urgencia de meterme en su casa cada cierto tiempo —

dijo Sherezade—. Como ya habrás imaginado, era muy peligroso. No podía seguir jugando con fuego indefinidamente. Lo sabía. Un día me descubrirían, y entonces avisarían a la policía. Aquella idea me angustiaba. Pero era imposible detener la rueda una vez que la había echado a rodar cuesta abajo. Diez días después de la segunda «visita», mis piernas se encaminaron de manera espontánea hacia la casa. De lo contrario, me habría vuelto loca. Aunque, bien pensado, en realidad quizá ya estaba loca, ¿no crees?

—Faltabas mucho a clase. ¿Eso no te creó problemas? —preguntó Habara.

—En mi casa tienen una tienda y como estaban ocupados trabajando, mis padres apenas me prestaban atención. Hasta entonces nunca les había causado problemas, ni me había rebelado contra ellos. Por eso creían que podían despreocuparse. Podía falsificar con facilidad los justificantes que tenía que entregar en el instituto. Escribía un texto breve imitando la letra de mi madre, firmaba y lo sellaba. Previamente, ya había avisado al tutor de que, por motivos de salud, de vez en cuando tendría que ausentarme media jornada para ir al hospital. Si de vez en cuando faltaba medio día, nadie le daba importancia. —En ese instante, Sherezade enmudeció y echó un vistazo al reloj digital que había junto a la cama. Luego prosiguió—: Volví a coger la llave de debajo del felpudo, abrí la puerta y entré en la casa. Como siempre… Pero no, aquel día reinaba una sensación de *vacío* mayor que de costumbre. No sé por qué, pero me sobrecogió el ruido del termostato de la nevera en la cocina al activarse y desactivarse. Sonaba como el resuello de un animal grande. Más tarde, llamaron por teléfono. Estuvo a punto de darme un infarto cuando aquel timbrazo estridente resonó por toda la casa. Sudaba profusamente. Al cabo de diez timbrazos paró sin que nadie hubiera atendido la llamada, claro. Entonces se hizo un silencio todavía más profundo.

Ese día Sherezade permaneció largo rato acostada boca arriba en la cama del chico. Esta vez el corazón no se le aceleró tanto como la última vez y consiguió respirar con normalidad. Era como si él estuviese durmiendo tranquilamente junto a ella. Tenía la sensación de que, si extendía la mano, sus dedos tocarían los fornidos brazos de él. Pero, claro, el chico no estaba allí. Simplemente la envolvía una nube de ensueño.

A continuación, experimentó unas ganas irreprimibles de aspirar su olor. Se levantó de la cama, abrió los cajones del ropero y buscó sus camisetas. Todas estaban bien lavadas, secadas al sol y plegadas en forma de rollo. Ni rastro de suciedad u olor. Igual que la vez anterior.

Luego tuvo una idea. Tal vez funcionase. Bajó a toda prisa la escalera. En la salita anexa al cuarto de la bañera encontró el cesto de la ropa sucia y abrió la tapa. Allí estaban las prendas usadas de él, junto a las de su madre y su hermana.

Seguramente eran prendas de la víspera. Había una camiseta de hombre. Era de marca BVD, blanca de cuello redondo. Aspiró su olor. Era el inconfundible olor a sudor de un hombre joven. Un asfixiante olor corporal, que podía percibir si estaba cerca de los alumnos de su clase. No resultaba especialmente agradable. Pero le proporcionaba un sentimiento de felicidad *sin límites*. Al acercar la parte de la axila a la cara y aspirar hondo, se sintió abrazada por él, estrechada con fuerza entre sus brazos.

Sherezade subió a la planta superior con la camiseta y volvió a tumbarse en la cama. Entonces pegó la prenda a su rostro y aspiró una y otra vez aquel olor a sudor. De pronto, sintió cierto estremecimiento en la zona de la pelvis. También cómo se le endurecían los pezones. ¿Iba a tener la regla? No, no era eso. Todavía era demasiado pronto. Supuso que se debía a la libido. No supo cómo afrontarlo, cómo calmarse. «Da igual, pues no puedo hacer nada en esta situación. Al fin y al cabo estoy en su cama, en su habitación.»

Al final, decidió llevarse a casa aquella camiseta sudada. Era arriesgado, sin duda. La madre seguramente repararía en que faltaba. No llegaría al extremo de pensar que la habían robado, pero se preguntaría extrañada adónde había ido a parar. Dado lo limpia y organizada que estaba la casa, debía de ser una neurótica del orden y el control. Si no encontraba algo, seguro que inspeccionaba la vivienda entera en su busca. Como un perro policía muy bien adiestrado. Y hallaría algunas de las huellas que Sherezade había dejado en el dormitorio de su amado hijo. Aun así, ella no quería soltar la camiseta. Su cabeza no consiguió disuadir a su corazón.

«¿Qué puedo dejar en su lugar?», se preguntó. Pensó en su ropa interior. Aquella mañana llevaba unas bragas sencillas, muy normales, relativamente nuevas. Podía esconderlas en el fondo de un cajón. Las consideraba válidas como objeto de trueque. Pero al desnudarse notó que tenía la entrepierna caliente y húmeda. «Es la libido», se dijo. Probó a olerlo, pero aquello no olía a nada. Con todo, no podía dejar algo manchado de deseo de esa manera. De hacerlo, estaría denigrándose a sí misma. Volvió a ponérselas, mientras decidía hacer el intercambio con otra cosa. ¿Qué podía ser?

Llegada a ese punto, Sherezade guardó silencio. Permaneció callada un buen rato. Con los ojos cerrados respiraba tranquilamente. Habara se quedó también tumbado en silencio, esperando a que ella dijese algo.

—Habara, escucha —dijo Sherezade por fin abriendo los ojos. Fue la primera vez que lo llamaba por su nombre.

Él la miró a la cara.

—Dime, Habara, ¿crees que podrías hacerme otra vez el amor? —preguntó.

—Creo que sí.

Y una vez más volvieron a abrazarse. El cuerpo de Sherezade había cambiado. Ahora era blando y húmedo hasta lo más hondo. Su piel también estaba tersa y reluciente. Habara supuso que en ese preciso instante ella estaba rememorando con realismo y nitidez la experiencia en la casa de su compañero de clase. «Es más, *en realidad* esta mujer ha retrocedido en el tiempo y ha vuelto a los diecisiete. Del mismo modo que cuando viaja a su vida anterior. Sherezade es capaz de ello. Sabe ejercer sobre sí misma el poder de su magnífica oratoria. Como una extraordinaria hipnotizadora capaz de hipnotizarse a sí misma valiéndose de un espejo.»

Los dos gozaron intensamente, como nunca hasta entonces. Con pasión, tomándose su tiempo. Y al final, ella alcanzó un indudable orgasmo. Su cuerpo se convulsionó varias veces. En ese momento, hasta su rostro pareció cambiar de forma radical. Como quien vislumbra una escena fugaz por una fisura, Habara pudo entrever cómo había sido Sherezade a los diecisiete. La persona con quien hacía el amor era una problemática chica de diecisiete años encerrada accidentalmente en el vulgar cuerpo de un ama de casa de treinta y cinco. Él se dio cuenta. Dentro de ella, la muchacha seguía oliendo absorta aquella sudada camiseta masculina, mientras su cuerpo se estremecía levemente.

Cuando acabaron, Sherezade no dijo nada. Ni siquiera examinó el preservativo, como solía. Los dos yacieron en silencio, el uno junto al otro. Ella miraba el techo con los ojos bien abiertos. Como una lamprea que observara la superficie luminosa del agua desde la cama. Habara pensó en lo estupendo que sería hallarse en otro mundo o ser una lamprea en un mundo distinto; no un ser humano concreto llamado Tsujii Habara, sino una anónima lamprea. Tanto Sherezade como él eran dos lampreas que, adheridas gracias a sus ventosas a una roca, la una junto a la otra, miraban hacia la superficie, balanceándose a merced de la corriente, a la espera de que pasase ufana alguna trucha gorda.

—Entonces, ¿al final qué dejaste a cambio de la camiseta? —preguntó Habara rompiendo el silencio.

Ella permaneció sumergida en aquel silencio un rato más.

—Nada —contestó al cabo—. Porque no llevaba nada parecido, o nada que se le igualara. Así que me limité a marcharme con la camiseta. Y en ese instante me convertí en una simple asaltacasas.

Doce días más tarde, cuando fue a casa del chico por cuarta vez, habían cambiado la cerradura. Era cerca del mediodía y el dorado de la cerradura brillaba intenso y orgulloso al sol. La llave ya no estaba debajo del felpudo. Que la prenda del hijo hubiese desaparecido del cesto de la ropa sucia debía de haber despertado los recelos maternos. Tras buscar a fondo aquí y allá con su perspicaz mirada, la madre se habría fijado en que algo extraño había ocurrido en su hogar.

Quizá alguien había irrumpido mientras todos estaban ausentes. Así que había cambiado de inmediato la cerradura de la entrada. El parecer de la madre había sido, ciertamente, atinado y su reacción, sumamente rápida.

Como es natural, Sherezade se llevó un buen chasco al descubrir que habían cambiado la cerradura, pero al mismo tiempo se sintió aliviada. Era como si alguien a su espalda le hubiera despojado del peso que cargaba sobre los hombros. «Gracias a eso ya no necesito entrar en esta casa», pensó. De no haberla cambiado, estaba segura de que habría seguido entrando y de que, a medida que su comportamiento se radicalizaba, habría acabado pasándose de rosca. Y tarde o temprano hubiera sobrevenido la desgracia. Por cualquier motivo, algún miembro de la familia habría podido regresar de repente mientras ella estaba arriba. Y entonces no hubiera tenido escapatoria. No cabrían excusas. En algún momento hubiera sucedido. Había conseguido evitar esa situación catastrófica. Probablemente debía agradecérselo a esa madre —con quien jamás se había encontrado—, poseedora de una mirada tan sagaz como la de un halcón.

Todas las noches, antes de dormir, Sherezade olía la camiseta robada. Se acostaba con ella al lado. Cuando iba a clase, la envolvía en papel y la escondía donde nadie pudiese encontrarla. Una vez sola en su habitación, ya después de la cena, la sacaba, la acariciaba y la olfateaba, preocupada porque, día tras día, el olor fuera disipándose paulatinamente; pero no fue así. Aquel olor a sudor permaneció como un valioso recuerdo indeleble.

Al pensar que jamás podría (o jamás tendría que) volver a colarse en casa del chico, poco a poco Sherezade fue recobrando el juicio. Su mente empezó a operar con normalidad. Ya se quedaba menos veces ensimismada en el aula y, aunque fragmentariamente, la voz de los profesores empezó a entrarle por los oídos. Pero durante las clases, se concentraba más en mirar al chico que en prestar atención a los profesores. Lo miraba constantemente tratando de detectar algún cambio en sus gestos o una actitud de nerviosismo. No obstante, se comportaba como de costumbre. Como de costumbre reía simplonamente, abriendo mucho la boca; cuando el profesor le preguntaba algo, daba en un tono resuelto la respuesta correcta y, al salir de clase, se volcaba en los entrenamientos del club de fútbol. Gritaba y sudaba a mares. No parecía ser consciente de que algo anómalo había ocurrido a su alrededor. Ella estaba admirada: era una persona terriblemente íntegra. *Ni una sola mácula*.

«Pero yo conozco su mácula», pensó Sherezade. «O algo *semejante a una mácula*. Quizá nadie más lo sepa. Soy la única que lo sabe (tal vez su madre también).» La tercera vez que había ido a la casa, se había topado con varias revistas porno escondidas ingeniosamente en un cajón. Había un montón de fotografías de mujeres desnudas. Con las piernas abiertas, exponían dadivosamente sus genitales. También había fotografías de parejas en plena

cópula. Fotos de gente que copulaba en posturas muy poco naturales. Penes enhiestos que penetraban a mujeres. Era la primera vez en su vida que veía algo semejante. Sentada al escritorio, se puso a hojear aquellas páginas, observando con curiosidad cada fotografía. Imaginó que el chico seguramente se masturbaba mirando aquellas imágenes. Pero no sintió especial repulsión. Tampoco la desilusionó esa faceta oculta suya. Era consciente de que se trataba de una práctica natural. Tenía que liberar de alguna manera el esperma acumulado. El cuerpo masculino está hecho así (más o menos del mismo modo que la mujer tiene la regla). En ese sentido, no era más que un simple chico normal y corriente en plena adolescencia. Ni un defensor de la justicia, ni un santo. Es más, a Sherezade le alivió saber que era así.

—Fue paulatino, pero poco después de dejar de colarme en su casa, el intenso deseo que sentía por él empezó a menguar. Como la marea cuando retrocede en una playa poco profunda. No sé por qué, pero ya no buscaba el olor de su camiseta con tanto afán como antes y no me quedaba tantas veces absorta acariciando los lápices y la insignia. Me bajó la fiebre, como si me hubiera curado de una enfermedad. Y no es que fuera *algo semejante* a una enfermedad, sino que probablemente fuera una enfermedad de verdad, ¿sabes? Una enfermedad que por una temporada me hizo delirar con una fiebre alta. Puede que todos pasemos por esa etapa enloquecida alguna vez en nuestras vidas. O quizá se tratara de un episodio especial que sólo me ocurrió a mí. Dime, ¿a ti te ha pasado?

Habara intentó recordar, pero fue en vano.

—Creo que nunca he vivido nada así —dijo.

Sherezade pareció un poco decepcionada.

—En cualquier caso, al terminar el instituto ya me había olvidado de él. De una manera que incluso me sorprendió. Ni siquiera podía recordar qué me había atraído tan intensamente con diecisiete años. La vida es curiosa, ¿no crees? A veces, cuando observamos las cosas al cabo de un tiempo o desde una perspectiva un poco diferente, algo que creíamos absurdamente esplendoroso y absoluto, algo por lo que renunciaríamos a todo para conseguirlo, se vuelve sorprendentemente desvaído. Y entonces te preguntas qué demonios veían tus ojos. Bueno, ésta es la historia de « mi época asaltacasas» .

« Suena como la “época azul” de Picasso» , pensó Habara. Pero comprendía lo que ella había querido decirle.

Sherezade miró el reloj digital. Se acercaba la hora de regresar a casa. Guardó un silencio cargado de sugestión.

—Pero a decir verdad —prosiguió al rato—, la historia no termina ahí. Unos cuatro años después, creo, cuando cursaba segundo en la Escuela de Enfermería,

por azares del destino volví a encontrármelo. En esa ocasión también intervino la madre y, entre medio, se cruza una pequeña historia de fantasmas. No estoy segura de que vayas a creértela, pero ¿te gustaría escucharla?

—Mucho.

—Pues lo dejaremos para la próxima vez —dijo Sherezade—. Que si me pongo a hablar no tengo freno, y ya va siendo hora de que regrese a casa a preparar la cena.

Sherezade se levantó de la cama, se puso la ropa interior y se ajustó las medias; luego se vistió la combinación, la falda y la blusa. Habara observaba abstraído sus movimientos desde la cama. Se dijo que los gestos de una mujer posiblemente sean más interesantes cuando se viste que cuando se desnuda.

—¿Te apetece leer algún libro en concreto? —le preguntó ella antes de marcharse.

—Ninguno en especial —contestó Habara. « Sólo quiero escuchar el final de la historia» , pensó, pero no lo dijo. Tuvo la impresión de que, si lo decía, jamás sabría cómo había acabado aquella historia.

Esa noche, Habara se acostó temprano pensando en Sherezade. ¿Y si no volvía? Esa posibilidad lo inquietaba. No era descabellado. Entre ambos no había ningún pacto personal. Era una relación impuesta casualmente por alguien; una relación de la que podrían despojarlo en cuanto esa persona lo decidiera. En otras palabras, un vínculo que dependía a duras penas de un fino hilo. Tal vez algún día… No. *Sin duda un día* le anunciaría su fin. Cortarían el hilo. Tarde o temprano, el caso es que ocurriría. Y cuando Sherezade se marchase, Habara ya no volvería a escuchar sus historias. El curso de sus relatos quedaría cercenado y muchas de las enigmáticas historias todavía no contadas, ignotas para él, desaparecerían sin llegar a ser narradas.

O también era posible que le arrebatasen todas sus libertades y, en consecuencia, fuese apartado, ya no sólo de Sherezade, sino de todas las mujeres. Era muy probable. En ese caso, jamás podría volver a entrar en el húmedo interior de un cuerpo femenino. Ni podría sentir sus sutiles estremecimientos. Pero quizá para Habara lo peor, más que renunciar al acto sexual en sí, fuese no poder compartir esos momentos de intimidad con ellas. Al fin y al cabo, perder a una mujer consistía en eso. Perder esos momentos especiales que invalidaban la realidad, aun estando integrados en ella: eso le ofrecían las mujeres. Y Sherezade le proporcionaba eso a raudales, inagotablemente. La idea de que algún día lo perdería lo entristecía, acaso más que nada.

Habara cerró los ojos y dejó de pensar en Sherezade. Entonces se concentró en las lampreas. Las lampreas, que no tienen mandíbula y se mecen adheridas a

una piedra, ocultas entre las algas. Se había convertido en una de ellas y esperaba a que apareciera una trucha. Pero por más que aguardaba, no pasaba ni una. Una gorda, una delgada, una cualquiera. Y al final el sol se puso y una oscura sombra lo envolvió todo.

Kino

Aquel hombre se sentaba siempre en el mismo sitio: en el taburete del final de la barra. El asiento solía estar libre. Y es que, aparte de que el local por lo general no se llenaba, aquél era un asiento poco llamativo y precisamente no demasiado cómodo. Debido a la escalera que daba a la parte de atrás, el techo descendía en diagonal. Al levantarse uno había de ir con cuidado para no golpearse la cabeza. El hombre, pese a ser alto, parecía haberle cogido especial gusto a aquel asiento angosto.

Kino recordaba bien la primera vez que el hombre apareció en el local. En primer lugar porque llevaba la cabeza completamente rapada (tenía un tono azulado, como si hubiera acabado de pasarle la maquinilla), y aunque era delgado tenía anchas espaldas y una mirada en cierto modo penetrante. Pómulos altos, frente despejada. Andaría por los treinta y pocos. A pesar de que no llovía, ni parecía que fuese a llover, llevaba una larga gabardina gris. Al principio Kino se preguntó si no sería de la *yakuza*. Y por eso se advertía en el desconocido cierta tensión y cautela. Era una noche fresca de mediados de abril, poco después de las siete y media y no había más clientes.

Tras elegir el asiento al final de la barra y sentarse, se quitó la gabardina, que dejó en el colgador de la pared, pidió una cerveza con voz templada y a continuación se puso a leer un grueso libro. Por su expresión, parecía estar enfrascado en la lectura. Una vez apurada la cerveza, al cabo de una media hora, llamó a Kino alzando un poco la mano y le pidió un whisky. Cuando Kino le preguntó de qué marca, respondió que no tenía ninguna preferencia en particular.

—Si puede ser, un escocés normal y corriente, doble. Rebájemelo con la misma dosis de agua y póngale un poco de hielo.

¿Si puede ser un escocés normal y corriente? Kino sirvió un White Label en una copa a la que añadió la misma cantidad de agua, partió el hielo con un picahielos y echó dos bonitos pedazos. El hombre le dio un trago y, tras saborearlo, entornó los ojos.

—Está perfecto.

Después de leer durante otra media hora, se levantó del taburete y pagó la cuenta en efectivo. Del cambio, apartó la calderilla, que dejó de propina. Cuando se marchó, Kino notó cierto alivio. Sin embargo, la presencia de aquel hombre se percibió aún un rato. Mientras preparaba tras la barra las bases de los platos que habría de servir esa noche, de vez en cuando Kino alzaba la cabeza hacia el taburete donde, hasta hacía un rato, se había sentado el hombre. Tenía la impresión de que alguien había levantado ligeramente la mano para pedir algo.

Aquel hombre empezó a dejarse caer por el bar de Kino. A lo sumo, un par de veces por semana. Primero pedía cerveza y luego, whisky (White Label, la misma dosis de agua y un poco de hielo). En ocasiones se tomaba dos, pero por

lo general se bebía sólo uno. A veces también comía algo ligero, después de echar un vistazo al menú del día anotado en la pizarra.

Era un hombre reservado. Aun cuando empezó a frecuentar el local, no hablaba, salvo para pedir. Si su mirada se cruzaba con la de Kino, asentía levemente con la cabeza. Como diciendo: «Me acuerdo de tu cara». Llegaba a una hora relativamente temprana con un libro bajo el brazo, que leía apoyándolo en la barra. Volúmenes gruesos. Nunca lo había visto con libros de bolsillo. Cuando se cansaba de leer (seguramente se habría cansado), alzaba la vista de las páginas y observaba una por una las botellas de alcohol alineadas en la estantería de enfrente. Como si admirase animales exóticos disecados procedentes de países lejanos.

Sin embargo, Kino acabó por habituarse a su presencia y dejó de resultarle incómodo estar a solas con él. El propio Kino también era parco en palabras, de modo que estar callado en compañía de alguien no le causaba ninguna molestia. Mientras el hombre estaba enfrascado en la lectura, Kino fregaba los platos, preparaba una salsa, elegía un disco o se sentaba en una silla y leía las ediciones matutinas y vespertinas de la prensa del día, exactamente igual que cuando estaba solo.

Kino ignoraba el nombre del cliente. Éste, en cambio, sabía que él se llamaba Kino. Igual que el nombre del bar. Nunca se había presentado y Kino tampoco se había atrevido a preguntárselo. Era un mero cliente asiduo que llegaba, pedía su cerveza y su whisky, leía en silencio, pagaba y se marchaba. No molestaba a nadie. ¿Qué más necesitaba saber?

Kino había trabajado diecisiete años en una empresa dedicada al comercio de productos deportivos. En su paso por la Facultad de Educación Física, había sido un excelente corredor de medio fondo, pero en tercer curso una lesión en el talón de Aquiles lo había obligado a renunciar a la idea de formar parte de un equipo esponsorizado y, tras licenciarse, había conseguido un trabajo en aquella empresa gracias a la recomendación de su entrenador. En aquella empresa se encargaba principalmente del calzado para correr. Su trabajo consistía en lograr que las tiendas de prendas de deporte del país ofreciesen el mayor número posible de sus productos, aunque sólo fuese uno, y que al menos un atleta de primera línea (pero cuantos más, mejor) calzase zapatillas de aquella marca. Era una empresa mediana con sede en Okayama que no vendía tanto como Mizuno o Asics. Tampoco disponía de suficiente capital para realizar fichajes por altas sumas o firmar contratos exclusivos con deportistas de renombre internacional, como hacían Nike y Adidas. Ni siquiera contaban con fondos para agasajar a deportistas famosos. Si pretendían invitar a comer a alguno, o bien recortaban en gastos de desplazamiento, o bien lo sufragaban de sus propios bolsillos.

Sin embargo, numerosos deportistas valoraban el buen trabajo desarrollado por su empresa, que elaboraba a mano calzado para atletas de élite con sumo

esmero y sin pensar sólo en las ganancias. La consigna del presidente y fundador era que «el trabajo honrado da sus frutos». Ese carácter austero y contrario a los dictados de los tiempos parecía encajar con el carácter de Kino. Incluso un hombre serio y parco en palabras como él podía apañárselas bien en el mundo de los negocios. De hecho, si había entrenadores que confiaban en él y jugadores que le profesaban un afecto especial (aunque no fuesen demasiados) era debido a su carácter. Él registraba las necesidades de cada deportista en lo que a calzado se refería, y luego regresaba a la empresa y se las planteaba al encargado de producción. Aquel trabajo no estaba mal y le daba satisfacciones. No es que estuviese muy bien pagado, pero sentía que hacía algo a su medida. Aunque ya no podía correr, disfrutaba admirando la vigorosa planta de los atletas formados desde pequeños que corrían rebosantes de energía por las pistas.

No dejó la empresa porque se sintiera insatisfecho con su trabajo, sino por un imprevisto problema conyugal: se enteró de que el compañero de trabajo con quien mejor se llevaba mantenía relaciones con su esposa. Kino pasaba más tiempo de viaje de negocios que en Tokio. Recorría todas las tiendas deportivas del país con un bolso grande de gimnasio lleno de muestras de zapatillas y, en cada región, visitaba las universidades y empresas que tuviesen equipos de atletismo. La relación había nacido durante sus ausencias. Él era bastante ingenuo para esas cosas. Creía que su matrimonio iba bien y ni siquiera sospechaba de su mujer. Si no hubiese regresado por casualidad un día antes, quizá jamás se habría enterado de nada.

Al volver de un viaje, había descubierto a su mujer y a su compañero de trabajo desnudos en la cama en su apartamento de Kasai. Estaban abrazados, metidos en el lecho matrimonial, en el dormitorio de su propio hogar. No había lugar a malentendidos. Como ella estaba arriba, en cuclillas, al abrir la puerta Kino se encontró con su mirada. Sus bellos pechos se balanceaban arriba y abajo. Por entonces él tenía treinta y nueve años; ella, treinta y cinco. No tenían hijos. Kino se tapó los ojos, cerró la puerta del dormitorio y, con el bolso de viaje donde llevaba la ropa sucia de toda la semana colgado al hombro, salió de casa y jamás regresó. Al día siguiente, presentó una carta de renuncia en la empresa.

Kino tenía una tía soltera. Era una mujer bella, la hermana mayor de su madre. Su tía lo había mimado desde pequeño. Había tenido un novio mayor que ella (tal vez la palabra «amante» se ajuste mejor a la realidad), con quien mantuvo una larga relación y que tuvo la generosidad de regalarle una casita en Aoyama. Eso había sucedido en los viejos y buenos tiempos. Ella vivía en el piso de arriba; en el bajo había abierto una cafetería. Delante, en el jardincillo, había un espléndido sauce del que colgaban verdes frondas. Estaba al fondo de un callejón detrás del museo Nezu de Bellas Artes, en una zona muy poco apropiada

para un negocio como aquél, pero su tía tenía el extraño don de atraer a la gente y el local prosperaba a su manera.

Sin embargo, cumplidos los sesenta y con la cadera mal, se le fue haciendo cada vez más difícil llevar el negocio sola. Decidió, así pues, mudarse a una urbanización con un balneario de aguas termales en Izu Kōgen,[21] que incluso contaba con un centro de rehabilitación. Entonces le había hecho una propuesta a Kino: « ¿No querrías tomar las riendas del local?» . Aquella conversación había tenido lugar tres meses antes de que Kino descubriera la infidelidad de su mujer. Kino le respondió que se lo agradecía mucho, pero que de momento no se veía en aquel negocio.

Tras presentar la dimisión en la empresa, telefoneó a su tía y le preguntó si había vendido el local. Aunque ya lo había anunciado en la inmobiliaria, todavía no había recibido ninguna oferta seria. Kino le dijo que le gustaría montar una especie de bar y le preguntó si podía pagarle un alquiler mensual.

—¿Y tu empresa? —le preguntó su tía.

—Acabo de dejarla.

—¿Y tu mujer no se opone?

—Vamos a divorciarnos.

Kino no le explicó el motivo, ni ella se lo preguntó. Al otro lado del auricular se hizo un silencio. Luego, su tía le dijo la cantidad que debería abonarle cada mes por el alquiler. Era mucho menos de lo que él había supuesto. Kino dijo que pensaba que podría pagarlo.

—Creo que sacaré algo de la empresa por la dimisión y, además, no quiero causarte problemas económicos.

—Eso es lo que menos me preocupa —afirmó la tía.

Hasta entonces, Kino y su tía no habían compartido muchas cosas (a su madre no le hacía mucha gracia que su hijo congeniara con la tía), pero siempre habían tenido una extraña conexión mutua. Ella sabía que su sobrino no era un hombre que faltase a su palabra.

Kino gastó la mitad de sus ahorros en remodelar aquella cafetería y convertirla en un bar. Adquirió enseres lo más sencillos posibles, construyó una barra larga a partir de un tablón grueso y cambió los taburetes. Revistió las paredes con papel de tonos suaves y puso una iluminación más acorde con el ambiente del nuevo local. Sacó su humilde colección de discos de su casa y la colocó en la estantería. Tenía un equipo de música decente: un tocadiscos de marca Thorens y un amplificador Luxman. Así como unos JBL 2-way de tamaño pequeño, que había comprado no sin grandes esfuerzos cuando era soltero. Siempre le había gustado escuchar jazz clásico en formato analógico. Era prácticamente su única afición —que nadie de su entorno compartía—. Además, puesto que en su época de universitario había trabajado de barman en un pub de Roppongi, sabía preparar los cócteles más solicitados.

Llamó al bar «Kino». No se le ocurrió un nombre mejor. La primera semana no entró ni un solo cliente. Pero no le preocupó lo más mínimo, porque ya lo había previsto. Ni siquiera había avisado de la apertura del local entre sus conocidos. No puso publicidad ni sacó un letrero llamativo. Tan sólo abrió el local al fondo del callejón y esperó a que algún curioso se decidiese a entrar. Todavía le quedaba un poco de dinero que había recibido de la empresa y no deseaba depender económicamente de su mujer, de la que se había separado. Ella se había ido a vivir con el ex compañero de Kino y no necesitaban el piso en Kasai, hasta hacía poco el hogar del matrimonio. Así que lo habían vendido y se habían repartido a partes iguales lo que les había sobrado tras liquidar la hipoteca. Kino dormía en el piso encima del bar. De momento podía ir tirando.

Como no entraban clientes, Kino se dedicó a escuchar música y leer los libros que le apetecía, como en los viejos tiempos. Sobrellevó la calma, el silencio y la soledad con mucha naturalidad, como la tierra seca recibe la lluvia. Solía poner las grabaciones de piano de Art Tatum. Esa música se correspondía con sus sentimientos.

Por algún motivo, no había sentido rabia o rencor hacia su mujer ni hacia el ex compañero con quien ella se acostaba. Naturalmente, al principio había sufrido un tremendo golpe seguido de una fase en que había sido incapaz de pensar con claridad, pero al poco tiempo había empezado a creer que «ya no había remedio». Al fin y al cabo, estaba predestinado a algo así. Había llevado una vida sin ninguna clase de logro o provecho. No había conseguido hacer feliz a nadie, y menos a sí mismo. De hecho, ni siquiera había logrado hacerse una idea precisa de qué era realmente la felicidad. No experimentaba en profundidad ningún sentimiento, ya fuese dolor, odio, desesperación o resignación. Lo único que a duras penas podía hacer era procurarse un lugar al que amarrar su corazón, que había perdido todo peso y hondura, para que no diese tumbos de un lado a otro. Kino, el pequeño bar al fondo del callejón, se convirtió en ese lugar. Y en un espacio donde se sentía curiosamente a gusto —aunque sólo fuese por casualidad.

La primera que descubrió el ambiente acogedor del bar Kino, antes que cualquier humano, fue una gata callejera de pelaje gris. Era joven y tenía una preciosa y larga cola. Parecía haberle tomado gusto a una repisa abollada que había en un rincón del local, puesto que siempre se acurrucaba allí a dormir. Kino procuraba no prestarle demasiada atención. Seguramente quería que la dejasen en paz. Una vez al día le daba de comer y le cambiaba el agua. Nada más. Le habría hecho una pequeña entrada para que siempre pudiese circular libremente. Pero la gata, por alguna razón, prefería entrar y salir por la puerta principal, como las personas.

Tal vez fuera aquella gata la portadora de buenas vibraciones, pues por fin, aunque paulatinamente, el local empezó a recibir a sus primeros clientes. Un bar al fondo de un callejón, un pequeño y poco llamativo letrero, un espléndido sauce centenario, un dueño de mediana edad taciturno, viejos elepés que giraban en el tocadiscos, un menú a base de aperitivos con apenas dos platos al día, una gata gris acurrucada en un rincón. Algunos se hicieron asiduos, atraídos por aquel ambiente. A veces traían a nuevos clientes. Aunque no podía calificarse de un negocio próspero, al menos Kino ganaba lo suficiente para poder pagar el alquiler mensual. Con eso le bastaba.

El joven de la cabeza rapada empezó a dejarse caer por el local unos dos meses después de la apertura. Kino necesitó otros dos meses para saber su nombre. Se llamaba Kamita. «Se escribe con "dios" y "arrozal", y se lee Kamita, no Kanda», explicó el hombre.[22] Aunque no a Kino.

Aquel día llovía. Con aquella lluvia, uno dudaba de si coger o no paraguas. En el local estaban Kamita y un par de tipos con trajes oscuros. El reloj marcaba las siete y media. Kamita, como siempre, leía al final de la barra mientras se tomaba su White Label con agua. Los dos hombres bebían una botella de Haut-Médoc sentados a una mesa. Al entrar habían sacado la botella de vino de una bolsa de papel. «¿Te importa que nos la bebamos aquí? Te pagaremos cinco mil yenes por el descorche», dijeron. Era algo insólito, pero no había razón para impedirlo y Kino accedió. Descorchó la botella y sacó dos copas. También les sirvió un platillo con frutos secos. No le dieron ningún trabajo. Sin embargo, como fumaban mucho y Kino no soportaba el humo, no le apetecía demasiado que se quedaran. Dado que el local estaba casi vacío, Kino se sentó en un taburete y escuchó un elepé de Coleman Hawkins que incluía el tema *Joshua Fit The Battle of Jericho*. El solo de bajo de Major Holley era maravilloso.

Al principio, los dos hombres estuvieron bebiendo el vino amistosamente, con toda normalidad, pero al rato acabaron enzarzados en una discusión. No se sabía a cuento de qué, pero parecía que discrepaban en torno a un asunto determinado y el intento de encontrar un punto de entendimiento acabó en fracaso. Los ánimos se fueron calentando hasta el punto de que la discusión se convirtió en una acalorada riña. En cierto momento, cuando uno de ellos intentaba levantarse de la silla, la mesa se ladeó y cayeron al suelo el cenicero rebosante de colillas y una de las copas, que estalló en añicos. Kino acudió con la escoba, barrió y les dio otra copa y otro cenicero.

A Kamita —en ese momento, Kino todavía ignoraba su nombre— se le veía claramente irritado por la conducta insolente de aquellos dos hombres. Pese a que su semblante no había cambiado, los dedos de la mano izquierda toqueteaban la barra como el pianista que tantea preocupado una tecla determinada. «Debo tenerlo todo bajo control», pensó Kino. La situación requería que asumiese la

responsabilidad. Kino se acercó a los dos hombres y les pidió educadamente que moderasen el tono.

Uno de ellos le dirigió una mirada torva. Luego se levantó. Hasta ese momento Kino no había reparado en que el individuo en cuestión era muy corpulento. Aunque no fuera demasiado alto, tenía gruesos brazos y el pecho fornido. Podría haber sido perfectamente luchador de sumo. Jamás en su vida pierden una pelea. Están acostumbrados a mandar. No les gusta que los demás les manden. En la Facultad de Educación Física, Kino había visto a unos cuantos tipos así. Con ellos, la lógica y el razonamiento de nada valían.

El otro hombre era mucho más pequeño. Delgado, tenía la tez pálida y desde luego cara de avispado. Un experto en instigar a la gente para que hiciese lo que él quería. Al menos daba esa impresión. También él se levantó despacio. Kino se halló frente a frente ante ambos. Por lo visto, aprovechando la coyuntura, habían decidido aplazar la discusión y aliarse contra Kino. La respiración de los dos hombres se acompasó de manera sorprendente. Como si en el fondo hubieran estado aguardando que ocurriera algo así.

—¿Qué te pasa? ¿Te gusta hacerte el chulo e interrumpir las conversaciones de los demás? —le espetó el grandullón en tono grave y seco.

Sus trajes, que parecían de lujo, vistos de cerca no eran de muy buena confección. No se trataba de verdaderos *yakuza*, aunque quizá les faltara poco. En cualquier caso, no tenían pinta de dedicarse a una profesión demasiado loable. El grandullón tenía aspecto de militar y el pequeño llevaba el pelo teñido de castaño, recogido en una coleta estilo *chonmage*.[23] Kino supuso que las cosas podían complicarse. Ambos hombres rezumaban sudor.

—Disculpen —dijo una voz a sus espaldas.

Al volverse vieron a Kamita, que se había bajado del taburete, allí de pie.

—¿Quieren hacer el favor de dejar en paz al dueño? —dijo señalando a Kino —. Fui yo quien le pidió que les llamase la atención por el barullo que estaban armando. Pues me desconcentro y no puedo leer.

Kamita hablaba con lentitud y en un tono más sereno que de costumbre. Pero se percibía que, en algún punto invisible, algo se había puesto en marcha.

—*Y no puedo leer* —repitió en voz baja el hombre de menor estatura. Como si quisiera asegurarse de que no hubiera ningún error gramatical.

—¿Acaso no tienes casa? —le soltó el grandullón a Kamita.

—Sí, tengo —respondió Kamita—. Vivo cerca de aquí.

—Pues entonces lárgate a leer a tu casa.

—Me gusta leer aquí —repuso Kamita.

Los dos hombres se miraron.

—Préstame el libro —le dijo el hombre corpulento—, que yo te lo leeré.

—Prefiero leerlo yo mismo tranquilamente —repuso Kamita—. Además, no soporto que alguien lea mal los ideogramas.

—Eres un tipo muy gracioso —dijo el grandullón—. Me parto de la risa.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el Coletas.

—Se escribe con «dios» y «arrozal», y se lee Kamita, no Kanda —dijo Kamita, y en ese momento Kino se enteró de su nombre.

—Que sepas que me he quedado con tu nombre —dijo el grandullón.

—Me parece una buena idea. Recordar le será de ayuda —replicó Kamita.

—Oye, ¿por qué no salimos? Así podremos hablar y dejar las cosas claras —propuso el pequeño.

—Muy bien —dijo Kamita—. Vamos a donde quieran. Pero antes, ¿por qué no pagamos las cuentas? No quiero ocasionarle molestias al propietario.

—Claro —convino el más bajo.

Kamita pidió la cuenta a Kino y dejó la cantidad exacta sobre la barra. El Coletas sacó un billete de diez mil yenes de la cartera y lo soltó sobre la mesa.

—¿Con esto bastará para pagar también la copa rota?

—Es suficiente —dijo Kino.

—Qué cutre —soltó en tono burlón el grandullón.

—Quédate el cambio y a ver si compras unas copas más decentes —le dijo el Coletas a Kino—. Con semejantes copas hasta un buen vino se echa a perder.

—¡Qué sitio más cutre! —repitió el grandullón.

—Eso es, éste es un local cutre, donde se reúne gente cutre —terció Kamita—. No está hecho para ustedes. Seguro que encontrarán locales más adecuados en otra parte. Eso sí, no sé en dónde…

—Qué tipo más gracioso —dijo el grandullón—. Me parto de risa.

—Ya se partirá usted más tarde tranquilamente cuando se acuerde —repuso Kamita.

—Oye, mamón, no serás tú quien nos diga adónde tenemos que ir o dejar de ir —le espetó el Coletas. Y se relamió con su larga lengua. Como una serpiente ante su presa.

El grandullón abrió la puerta y salió seguido por el Coletas. A pesar de la lluvia, la gata también salió disparada tras ellos, quizá hostigada por aquel ambiente amenazador.

—¿Está seguro de que es una buena idea? —le preguntó Kino a Kamita.

—No se preocupe —contestó Kamita con una débil sonrisa—. Usted quédese aquí y espere. No me llevará mucho tiempo. —Y salió cerrando la puerta tras de sí.

Seguía lloviendo. Ahora con mayor intensidad. Kino se sentó en uno de los taburetes de la barra y, como le habían dicho, esperó a que pasase el tiempo. No parecía que fuesen a entrar nuevos clientes. Fuera reinaba un desagradable silencio, no se oía el menor ruido. El libro de Kamita yacía abierto sobre la barra a la espera de que su dueño volviera, como un perro adiestrado. Unos diez minutos después, la puerta se abrió y Kamita entró solo.

—¿Le importaría dejarme una toalla? —pidió.

Kino sacó una toalla limpia. Kamita se secó la cabeza mojada. A continuación la nuca, la cara y, por último, las piernas.

—Gracias. Ya está todo resuelto. Esos dos no volverán a pisar este local. Ni a causarle molestias, Kino.

—¿Qué demonios ha pasado?

Kamita se limitó a negar con la cabeza, como diciendo: « Es mejor que no lo sepa» . A continuación tomó asiento en su taburete, apuró el whisky y siguió leyendo como si nada. Cuando se disponía a marcharse quiso pagar, pero Kino le recordó que ya lo había hecho. « Es verdad» , dijo el otro, apurado; se subió el cuello de la gabardina, se caló el sombrero redondo con ala y se marchó.

Una vez que Kamita se hubo ido, Kino salió del local y dio una vuelta por allí cerca. Pero el callejón estaba en silencio. No había un alma. Ni señales de pelea, ni restos de sangre. ¿Qué demonios había ocurrido? Regresó al local y esperó a los clientes. Al final, sin embargo, no apareció nadie, tampoco la gata. Se sirvió un White Label doble rebajado con la misma dosis de agua, le añadió dos hielos pequeños y lo probó. No es que fuera nada especial. Era lo que era. Pero, de todas formas, aquella noche necesitaba beber.

En su época de universitario, una vez que iba caminando por una callejuela en Shinjuku había presenciado una pelea entre dos oficinistas jóvenes y un tipo con pinta de *yakuza.* El *yakuza* era un hombre de mediana edad y más bien esmirriado, mientras que los dos oficinistas eran bastante fornidos. Llevaban unas copas de más. Por eso subestimaron al señor, que algo debía de saber de lucha. En cierto momento, el *yakuza* apretó los puños y, sin mediar palabra, los golpeó a ambos a una velocidad imperceptible para el ojo. Una vez tumbados en el suelo, les lanzó varias patadas con sus zapatos de piel. Debió de romperles alguna costilla. Al menos se oyó esa especie de ruido sordo. Y el hombre se alejó caminando, como si tal cosa. Ese día Kino pensó: « Esto sí que es una pelea profesional» . No hay que hablar más de lo justo. Calculas previa y mentalmente los movimientos. Golpeas rápido, antes de que al contrincante le dé tiempo de reaccionar. Lo rematas en el suelo, sin vacilar. Luego te vas con toda tranquilidad. Las probabilidades de que un amateur gane son nulas.

Kino se imaginó a Kamita machacando de ese mismo modo a los dos hombres en cuestión de segundos. Ahora que lo pensaba, algo en el aspecto de Kamita le recordaba a un boxeador. Pero no tenía forma de saber qué había ocurrido exactamente aquella noche lluviosa. Y Kamita tampoco tenía intención de explicárselo. Cuanto más lo pensaba, más profundo era el misterio.

Una semana después del incidente, Kino se acostó con una clienta. Era la primera mujer con quien tenía relaciones desde que se había separado. Andaría

por los treinta, quizá un poco más. No era fácil juzgar si pertenecía o no a la categoría de las mujeres guapas, pero tenía el pelo largo y liso, nariz chata y un aura singular que atraía las miradas. Sus ademanes y su manera de hablar poseían cierta languidez y su semblante resultaba un tanto impenetrable.

Ella ya había estado en el bar otras veces. Siempre acompañada de un hombre de su misma edad. Él lucía gafas de pasta de carey y una perilla puntiaguda, como los antiguos *beatniks.* Tenía melena y, dado que no llevaba corbata, seguramente fuese un simple trabajador. Ella solía llevar un vestido fino que resaltaba su hermosa y esbelta silueta. Sentados a la barra, bebían un cóctel o un brandy y, de vez en cuando, se susurraban algo. Nunca se quedaban mucho tiempo. Kino se imaginaba que se trataba de la copa previa al polvo. O quizá de la posterior. No sabía a ciencia cierta cuál. En cualquier caso, algo en la manera de beber de aquellos dos hacía pensar en sexo. Un largo y apasionado polvo. Resultaba extraño lo poco expresivos que eran ambos y, sobre todo, Kino jamás había visto a la chica reírse.

De cuando en cuando, ella se dirigía a Kino. Siempre con algún comentario sobre la música que estaba sonando en ese momento. O hablaban del nombre del músico o de la pieza. Le contó que a ella también le gustaba el jazz y coleccionaba vinilos. «Mi padre solía escuchar este tipo de música en casa. Yo prefiero cosas más modernas, pero me trae muchos recuerdos.»

Por su voz no quedaba claro si los recuerdos tenían relación con la música o con su padre. Pero Kino no se atrevió a preguntárselo.

La verdad es que él procuraba no tratar demasiado a aquella chica. Le daba la sensación de que a su acompañante no le hacía mucha gracia que intimasen. En cierta ocasión habían mantenido una conversación un poco larga sobre música (acerca de las tiendas de discos de segunda mano en la ciudad y de cómo conservar los vinilos), y a partir de ese momento el hombre había empezado a lanzarle a Kino miradas frías y recelosas a la mínima ocasión. Kino procuraba guardar las distancias para evitar líos. Entre los sentimientos propios del ser humano, seguramente no haya nada peor que los celos y el orgullo. Y Kino ya había pasado un mal trago en tres ocasiones por culpa de ambos. «Quizá algo en mí desata ese lado oscuro de la gente», había pensado alguna vez.

Pero, una noche, la chica entró sola en el bar. No había más clientes. Caía un pertinaz aguacero. Cuando la puerta se abrió, la brisa nocturna con olor a lluvia se coló en el local. La chica se acodó en la barra, pidió un brandy y un disco de Billie Holiday. «Mejor algo antiguo.» Kino colocó en el tocadiscos un viejo elepé de la Columbia que incluía el tema *Georgia on My Mind.* A continuación, ambos escucharon el disco en silencio. Al acabar, ella le pidió que le diera la vuelta y él obedeció.

La chica se bebió con toda tranquilidad tres copas de brandy y escuchó unos cuantos discos antiguos más. *Moonglow* de Errol Garner, *I Can't Get Started* de

Buddy DeFranco. Al principio, Kino pensó que habría quedado con el hombre de siempre, pero la hora del cierre se acercaba y el hombre no aparecía. Ella tampoco daba la impresión de estar esperándolo. Prueba de ello era que no había mirado el reloj ni una sola vez. Escuchaba la música, reflexionaba calladamente y daba un sorbo a su brandy. El silencio no parecía incomodarla. El brandy es una bebida a la que le sienta bien el silencio. Uno puede matar el tiempo agitándolo suavemente y contemplando su color o aspirando su aroma. La mujer llevaba un vestido negro de manga corta y una fina rebeca azul marino. Y unos pequeños pendientes con perlas de imitación.

—Hoy no ha venido con su acompañante —le dijo Kino ya casi a la hora del cierre.

—No. Es que está lejos de aquí. —La chica se levantó del taburete, se acercó a la gata dormida y le acarició suavemente el lomo con las yemas de los dedos. La gata siguió a lo suyo, despreocupada—. Hemos decidido dejar de vernos —le confesó ella. Aunque quizá se dirigiese a la gata.

De todas maneras, Kino no sabía qué decir. Siguió recogiendo detrás de la barra en silencio. Frotó la suciedad adherida a la cocina, lavó los enseres y los guardó en los cajones.

—¿Qué puedo decir? —La chica dejó de acariciar a la gata y regresó a la barra taconeando—. Nuestra relación no era precisamente muy normal.

—No era precisamente muy normal —repitió Kino sin saber lo que decía.

Ella apuró el brandy que le quedaba.

—Quiero enseñarte una cosa.

Fuera lo que fuese, Kino no quería verlo. Y es que se trataba de algo *que no debía ver*. Lo sabía desde un principio. Pero las palabras que tenían que haber salido de su boca en ese momento se habían perdido por el camino.

La chica se quitó la rebeca y la dejó sobre el taburete. Luego se llevó las manos a la nuca y se bajó la cremallera del vestido. Entonces le mostró la espalda. Un poco más abajo del sostén blanco se veían una especie de pequeños cardenales. De tonos grisáceos y distribuidos de forma irregular, recordaban a una constelación en invierno. Una cadena de estrellas oscuras y consumidas. Tal vez fuesen las huellas de una erupción cutánea provocada por una enfermedad contagiosa. O quizá una cicatriz.

Ella permaneció largo rato sin decir nada, tan sólo mostrándole la espalda desnuda a Kino. El blanco frescor de su ropa interior, que parecía nueva, y la oscuridad de los moratones contrastaban de manera aciaga. Kino miraba la espalda enmudecido, como una persona a quien preguntan algo y no consigue entender la pregunta. Era incapaz de desviar la vista. Al rato, la chica se subió la cremallera y se volvió hacia él. Se tapó con la rebeca y se arregló el pelo, a modo de pausa.

—Son marcas de cigarrillo —declaró lacónica.

Kino había perdido la capacidad del habla. Pero tenía que decir algo.

—¿Te ha quemado alguien? —preguntó al fin con voz ronca.

Ella no contestó. Ni siquiera hizo ademán de responder. Y él no quiso insistir.

—¿Puedo tomarme otro brandy? —preguntó la mujer.

Kino le sirvió otra copa. Ella dio un trago, notando que el calor descendía lentamente por su pecho.

—Oye, Kino…

Él dejó de enjuagar las copas, alzó la cabeza y la miró.

—También tengo marcas como ésas en otra parte —le dijo la clienta en tono inexpresivo—. En una zona, ¿cómo explicarlo?, más complicada de mostrar.

Kino no recuerda qué clase de pulsión lo condujo a liarse con ella aquella noche. Desde un principio había captado algo en aquella chica que no era normal. *Algo* apremiaba en voz baja a sus instintos: «No te mezcles con esta chica. Pero si tiene cicatrices de quemaduras en la espalda… Kino, siempre fuiste un tipo prudente. Si lo que necesitas es acostarte con alguien, acude a una profesional. Sólo has de pagar». De hecho, no es que se sintiera especialmente atraído por ella.

Pero esa noche era evidente que ella estaba deseosa de que un hombre —Kino, en concreto— le hiciese el amor. Sus ojos carecían de expresión y, sin embargo, tenía las pupilas extrañamente dilatadas. Brillaban con desbordante decisión, no había cabida para un retroceso. Kino fue incapaz de resistirse a aquella fuerza. No tenía tanta energía.

Cerró la puerta del local y subieron juntos la escalera. A la luz del dormitorio, la chica se despojó deprisa del vestido y de la ropa interior y se abrió de piernas. Entonces le mostró lo que era «complicado de mostrar». Kino apartó sin querer la vista. Pero no le quedó más remedio que volver a mirar allí. Le costaba comprender los motivos que llevan a un hombre a cometer tal crueldad y a una mujer a soportar tal dolor. Ni siquiera deseaba entenderlo. Era el desolador paisaje de un planeta estéril a años luz del mundo que él habitaba.

La chica le tomó la mano y la guió hacia las quemaduras. Le hizo tocar, por orden, cada una de las cicatrices. Tenía marcas justo al lado de los pezones y del sexo. Guiadas por la chica, las yemas de sus dedos recorrieron la piel tensa y oscurecida. Como si con un lápiz trazase una línea siguiendo el orden de los números hasta que aflorara una imagen. Aunque daban la impresión de que se parecían a algo, al final no plasmaban nada. Luego, ella desnudó a Kino y lo hicieron sobre el tatami. No hablaron, ni hubo preliminares ni tiempo para apagar la luz o extender el futón. La larga lengua penetró hasta el fondo de la boca de Kino y sus uñas se clavaron en la espalda de él.

A plena luz y sin mediar palabra, como dos bestias hambrientas, devoraron

una y otra vez la carne del deseo. En diversas posturas, de diferentes formas y sin apenas respiro. Al empezar a clarear el día al otro lado de la ventana, se acostaron en el futón y, como arrastrados por la oscuridad, se durmieron. Cuando Kino despertó, poco antes del mediodía, ella ya no estaba. Sentía como si hubiese tenido un sueño muy real. Pero, por supuesto, no había sido un sueño. Todavía tenía la profunda marca de sus uñas en la espalda, de sus dientes en el brazo, y sentía el dolor sordo de su pene apretujado. Sobre la blanca almohada quedaban algunos cabellos negros y largos, formando una espiral, y en las sábanas, un intenso olor que le era desconocido.

Después de aquel día, la chica volvió al local en varias ocasiones. Siempre acompañada del hombre de la perilla. Se sentaban a la barra, charlaban con tranquilidad mientras tomaban algunos cócteles y luego se marchaban. A veces intercambiaba algunas palabras con Kino, principalmente sobre música. En un tono del todo normal y natural, como si no recordase lo que una noche había pasado entre ellos. Pero en lo profundo de sus ojos, brillaba una especie de fulgor de deseo. Kino lo percibía. Sin duda estaba ahí, como el candil que se vislumbra en lo más hondo de una oscura galería minera. Ese fulgor concentrado le traía a la mente el vivo recuerdo del dolor de las uñas en su espalda, de la sensación de estrujamiento del pene, de su larga lengua removiéndose y de ese extraño e intenso olor que había impregnado el futón. «Nunca podrás olvidarlo», le advertía.

En cuanto ellos intercambiaban algún comentario, el acompañante observaba con atención y detalle los gestos y las expresiones de Kino, con la mirada de un lector experto en leer entre líneas. En aquella pareja formada por la mujer y su acompañante había una pegajosa sensación de adherencia. Parecían cómplices de un pesado secreto que sólo ellos comprendían. Kino seguía sin averiguar si la visita al bar era pre o poscoital. De lo que no cabía duda es que se trataba de una o de otra. Y, por raro que parezca, ninguno de los dos fumaba.

Algún día, probablemente en otra serena noche lluviosa, ella aparecería sola en el bar. Cuando el acompañante de la perilla estuviese «lejos de allí». Kino lo sabía. Se lo decía aquel profundo fulgor de sus ojos. Se sentaría a la barra, se tomaría unos cuantos brandies y esperaría a que Kino cerrase. Entonces se encaminarían al piso de arriba, ella se desnudaría y, a plena luz, se abriría de brazos y piernas para enseñarle nuevas quemaduras. Luego volverían a copular como dos animales. Sin tiempo para reflexiones, hasta el alba. Pensando en ello, a Kino se le resecó la garganta. Tenía una sed insaciable, por más agua que bebiese.

Al final del verano, Kino y su ex mujer tuvieron que verse para oficializar por fin el divorcio. Quedaban algunos asuntos pendientes por hablar y resolver y, según el abogado de su ex mujer, ella deseaba tratarlos personalmente con Kino. Se citaron en el bar, antes del horario de apertura.

Enseguida arreglaron lo que tenían pendiente (Kino no puso ninguna objeción a las condiciones que ella le impuso) y ambos firmaron y sellaron los documentos. Ella llevaba un vestido azul nuevo y un corte de pelo inédito. Su expresión era más risueña y se notaba que gozaba de buena salud. También había perdido el exceso de grasa en el cuello y los brazos. Para ella se iniciaba una vida nueva, probablemente más plena que antes. Echó un vistazo al local y le dedicó halagos. « Qué local más bonito. Es tranquilo, limpio, con un ambiente acogedor, desde luego se nota que eres el dueño.» Luego se hizo un breve silencio. *«Pero no hay nada que me haga estremecer...»* O eso supuso Kino que habría querido decir.

—¿Te apetece tomar algo? —le preguntó él.

—Si tienes vino tinto, un poco.

Kino cogió dos copas y sirvió un Zinfandel de Napa. Bebieron en silencio. Como es lógico, no iban a brindar por la oficialización del divorcio. La gata se acercó y se subió de un salto al regazo de Kino, cosa rara en ella. Él le acarició detrás de las orejas.

—Quiero pedirte disculpas —dijo su ex mujer.

—¿Por qué? —preguntó Kino.

—Por el daño que te hice. Imagino que te dolería, ¿no? Al menos un poco.

—Claro —dijo él tras un breve silencio—. Yo también soy de carne y hueso, y doler me dolió. Lo de si mucho o poco ya no lo sé…

—Quería verte y pedirte disculpas como es debido.

Kino asintió.

—Tú me pides disculpas y yo las acepto. Así que no te preocupes más.

—Sabía que debía confesártelo todo antes de que ocurriera lo que ocurrió, pero fui incapaz.

—Bueno, el resultado habría sido el mismo, ¿o no?

—Supongo que sí —repuso ella—. Pero al no decidirme a contártelo sólo conseguí que acabase de la peor de las maneras.

Él se llevó la copa a los labios en silencio. La verdad era que ya casi había empezado a olvidar aquello. No conseguía recordar ciertos hechos de manera ordenada. Como un índice alfabético de fichas todo revuelto.

—No es culpa de nadie —dijo Kino—. Ojalá no hubiera regresado a casa un día antes de lo previsto. O podía haberte avisado con antelación. Así, no hubiera pasado lo que pasó.

Ella no dijo nada.

—¿Desde cuándo salías con él? —preguntó Kino.

—Creo que es mejor que no hablemos de eso.

—¿Quieres decir que es mejor que yo no lo sepa?

Ella guardó silencio.

—Sí, puede que tengas razón —reconoció Kino. Y siguió acariciando a la gata. El animal ronroneó ruidosamente. Eso también era raro en la gata.

—Quizá no sea la persona más indicada para decir lo que voy a decirte —afirmó la que una vez había sido su esposa—, pero creo que deberías olvidar ciertas cosas lo antes posible y encontrar una nueva pareja.

—¿Tú crees?

—En algún lugar tiene que haber una mujer con quien congenies. No creo que te resulte tan difícil encontrarla. Yo no pude convertirme en esa mujer y cometí una crueldad. Me arrepiento de ello. Pero es que entre nosotros siempre existió algo así como un botón mal abrochado. Creo que podrías ser feliz de una manera mucho más normal y corriente.

«Un botón mal abrochado», pensó él.

Kino miró otra vez el nuevo vestido azul de su ex mujer. Dado que estaban sentados frente a frente, no sabía si tenía cremallera o botones en la espalda. Pero no pudo evitar pensar en lo que se encontraría si le bajase la cremallera o le desabrochase los botones. Aquel cuerpo ya no era suyo. No podía verlo ni tocarlo. Tan sólo podía fantasear. Al cerrar los ojos, un sinfín de marcas de quemadura color pardo bulleron por su espalda blanca y tersa, como un enjambre de insectos moviéndose en todas direcciones. Para espantar esa funesta imagen, sacudió varias veces la cabeza. Su ex mujer debió de malinterpretar el gesto.

—Perdón —le dijo, posando suavemente su mano sobre la de Kino—. Lo siento de veras.

Con la llegada del otoño, primero desapareció la gata y luego empezaron a aparecer las serpientes.

Kino tardó unos días en darse cuenta de que la gata no estaba. Y es que el animal —que no tenía nombre— iba por el bar cuando le apetecía y a veces pasaba algún tiempo sin aparecer. Los gatos son criaturas amantes de la libertad. Además, a aquella gata debían de darle comida en otras partes. Por eso a Kino no le extrañó que se ausentase una semana o diez días. Pero cuando pasaron dos semanas, comenzó a preocuparse. ¿Habría sufrido un accidente? Y cuando su ausencia se alargó a las tres semanas, su intuición le dijo que la gata jamás regresaría.

Le gustaba aquel animal y la gata también parecía sentir simpatía por Kino.

Él le había procurado comida y un sitio donde dormir y había procurado dejarla tranquila. La gata le correspondía mostrándose afectuosa o no mostrándose hostil. Además, parecía el amuleto protector del local: mientras estuviese durmiendo acurrucada en un rincón, nada malo ocurriría. Ésa era la impresión que daba.

Más o menos por la misma época en que la gata se esfumó, empezaron a dejarse ver serpientes alrededor de la casa.

La primera que Kino vio tenía un color parduzco. Era bastante grande. Y avanzaba despacio, contoneándose, bajo el sauce que proyectaba su sombra en el jardín. Reparó en ella al abrir la puerta, cuando volvía de la compra cargado de bolsas. Las serpientes en pleno Tokio son poco habituales. Y si bien se sorprendió un poco, no le dio mayor importancia. En la parte trasera de su casa se hallaba el amplio jardín del museo Nezu, que aún conservaba su entorno natural. No sería de extrañar que allí anidasen serpientes.

Pero dos días más tarde, al abrir la puerta por la mañana para recoger el periódico, vio otra serpiente casi en el mismo lugar. Esta vez era de un color verdoso. Más pequeña que la otra, daba cierta sensación de viscosidad. Al aparecer Kino, la serpiente se quedó paralizada, luego alzó ligeramente la cabeza y lo miró a la cara (o eso le pareció). Él estaba perplejo, sin saber qué hacer; después el animal bajó la cabeza lentamente y se escabulló entre las sombras. Kino no pudo evitar sentir cierta repulsión. Pues era como si la serpiente *lo conociese*.

A la tercera serpiente la vio tres días más tarde, de nuevo prácticamente en el mismo lugar: debajo del sauce del jardín, por supuesto. Ésta era todavía mucho más corta que las otras dos y tiraba a negro. Kino ignoraba a qué género pertenecía. Con todo, de las tres era la que más le asustó. Parecía venenosa, pero no estaba seguro. La vio sólo por un instante. Al sentir la presencia de Kino, el animal se espantó y se ocultó entre los matorrales. Ver tres serpientes en una semana era demasiado. Algo debía de estar fraguándose en aquella zona.

Kino telefoneó a su tía en Izu. Tras informarle escuetamente de cómo le había ido, le preguntó si alguna vez había visto serpientes merodeando por la casa de Aoyama.

—¿Serpientes? —Su tía alzó la voz, sorprendida—. ¿Te refieres a esos bichos que reptan?

Kino le mencionó las tres serpientes que había visto delante de la casa.

—En todos los años que viví allí, no recuerdo haber visto nunca ninguna.

—Pues entonces no es muy normal que yo haya visto tres en apenas una semana, ¿no crees? —repuso él.

—Claro que no. No me parece normal. ¿No será señal de que se avecina un gran terremoto? Porque dicen que los animales, cuando detectan con antelación esa clase de fenómenos, se comportan de manera diferente.

—En ese caso, será mejor que haga acopio de víveres —respondió su

sobrino.

—Me parece buena idea —dijo la tía—. Al fin y al cabo, cuando uno vive en Tokio ya sabe que tarde o temprano habrá un terremoto.

—Pero ¿tanto les preocupan los terremotos a las serpientes?

Su tía le contestó que no tenía ni idea de cuáles eran las preocupaciones de las serpientes. Kino, por supuesto, tampoco sabía gran cosa al respecto.

—Pero debes saber que las serpientes son animales muy inteligentes —prosiguió su tía—. En la mitología antigua, solían tener la función de guiar a la gente. Y, aunque parezca sorprendente, eso es común a todas las mitologías del mundo. Lo que sucede es que, mientras te guían, no sabes si te llevarán por el buen o el mal camino. De hecho, en muchos casos son malvadas y bondadosas al mismo tiempo.

—Son ambivalentes —dijo Kino.

—Eso es, las serpientes son animales de naturaleza ambivalente. Y entre ellas, las más grandes e inteligentes esconden su corazón en otro lado para que nadie las mate. Así que si quisieras acabar con una, tendrías que encontrar su nido, encontrar su corazón palpitante y rajarlo en dos. Como comprenderás, no es fácil.

Kino quedó admirado de la sabiduría de su tía.

—El otro día estuve viendo un programa de la NHK[24] en el que comparaban distintos mitos del mundo y un académico los comentaba. La televisión te enseña cosas bastante útiles. No puede menospreciarse. Tú también deberías ver más la televisión en tu tiempo libre.

No era muy normal ver tres serpientes diferentes en la misma zona en una semana; desde luego, eso le había quedado muy claro después de la charla con su tía.

A las doce cerró el local y se dirigió a la planta superior. Se dio un baño y antes de las dos, después de haber leído un rato, apagó la luz y trató de dormir. Entonces empezó a sentirse asediado por las serpientes. Montones de ofidios rodeaban su vivienda. Podía sentir su sigilosa presencia. A medianoche, aquel barrio era muy tranquilo y no se oía ni un solo ruido, a excepción de alguna ocasional sirena de ambulancia. Parecía que incluso se oía reptar a las serpientes. En el hueco que había dispuesto para la gata, Kino había clavado una tabla a fin de que aquellos animales no entrasen en casa.

Al menos de momento, daba la impresión de que las serpientes no tenían intención de hacerle nada. Sólo rodeaban la pequeña casa con sigilo y ambivalencia. Probablemente por eso la gata había dejado de ir por allí. La chica de las quemaduras también llevaba algún tiempo sin aparecer. Kino temía que volviese sola una noche de lluvia, aunque al mismo tiempo, en el fondo de su corazón, lo deseaba. Ésa era, desde luego, otra ambivalencia.

Una noche, Kamita se presentó antes de las diez. Pidió una cerveza, se tomó un White Label doble e incluso llegó a comerse un *rolled cabbage*.[25] El que se pasara por el local tan tarde y se quedara tanto rato era insólito. De vez en cuando, alzaba la vista del libro que estaba leyendo y miraba fijamente la pared. Parecía reflexionar. Y esperó hasta que llegó la hora del cierre; era el último cliente.

—Oiga, Kino —dijo en un tono formal después de haber pagado la cuenta—. Es que no puedo evitar lamentar lo que está pasando.

—*¿Lo que está pasando?* —repitió de manera mecánica Kino.

—El que vaya a tener que cerrar el bar. Aunque sea temporalmente.

Kino lo miró en silencio. ¿Cerrar el bar?

Kamita echó un vistazo al local vacío. Luego miró a Kino y le dijo:

—Creo que todavía no ha comprendido lo que quiero decir.

—No, creo que no le he entendido bien.

—A mí me agradaba mucho este sitio —siguió Kamita en tono de confesión —. Podía leer en paz, la música era buena. Me alegraba de que hubiese un local así en la zona. Pero, por desgracia, parece que muchas cosas se han *desportillado*.

—¿*Desportillado*? —repitió Kino. No sabía a qué se refería en concreto con esa palabra. Lo único en lo que pensó fue en un pequeño cuenco con el borde roto.

—La gata gris no ha regresado, ¿me equivoco? —prosiguió Kamita, sin responderle—. Por lo menos, de momento.

—¿Y eso se debe a que este sitio se ha *desportillado*?

Kamita no contestó.

Imitándolo, Kino miró con atención alrededor, pero no captó nada diferente. Sólo sintió, aunque tal vez fuesen imaginaciones suyas, que estaba más vacío que de costumbre y había perdido vitalidad y color. Una vez cerrado, el local siempre se quedaba vacío, pero aun así…

—Usted es una persona incapaz de tomar decisiones erróneas por voluntad propia —aseguró Kamita—. Eso lo sé muy bien. Pero en este mundo hay momentos en que no basta con *no hacer* lo incorrecto. Aunque también haya quien se valga de ese vacío como atajo. ¿Me entiende?

Kino no comprendía.

—No, no lo entiendo —contestó.

—Piense bien lo que acabo de decirle —dijo Kamita mirándolo a los ojos—. Es una cuestión crucial y requiere que reflexione en profundidad. No obtendrá una respuesta tan fácilmente.

—Lo que quiere decirme, Kamita, es que ha surgido un problema grave no

por haber hecho algo incorrecto, sino por *no haber hecho* lo correcto, ¿es eso? Algo relacionado con el local o conmigo.

Kamita asintió.

—Sí, supongo que podría expresarse así, en términos más duros. Sin embargo, no es mi intención echarle toda la culpa a usted. Debí darme cuenta mucho antes. Me despisté. Éste era un lugar acogedor no sólo para mí, sino seguramente *para cualquiera*.

—¿Y qué puedo hacer ahora? —preguntó Kino.

Kamita guardó silencio y metió las manos en los bolsillos de la gabardina.

—Cierre el local por un tiempo y váyase lejos —dijo al cabo—. En este instante creo que es lo único que puede hacer. Si conoce a algún monje budista con autoridad, también estaría bien que le pidiera que viniese a rezar *sutras* y pegar talismanes de papel alrededor de la casa. Pero en la época en que vivimos no resulta fácil encontrar a nadie así. De modo que lo mejor será que se vaya de aquí antes de que descargue el próximo aguacero. Perdone que me inmiscuya, pero ¿dispone de dinero suficiente para hacer un viaje largo?

—Depende de lo largo que sea, pero podría arreglármelas por una temporada —dijo Kino.

—Perfecto. Llegado el momento ya pensará cómo apañárselas en adelante.

—Pero ¿quién demonios es usted?

—Yo sólo soy alguien que se llama Kamita —contestó éste—. Se escribe con «dios» y «arrozal», pero no se lee Kanda. Resido en esta zona desde hace mucho.

—Kamita, dígame una cosa —quiso saber Kino—, ¿alguna vez ha visto serpientes por aquí?

Kamita evitó contestar.

—¿Ha quedado claro? Váyase lejos y desplácese con la mayor frecuencia posible. Y otra cosa: todos los lunes y jueves envíe sin falta una postal. Así sabré que se encuentra usted bien.

—¿Una postal?

—Me vale cualquiera con tal de que sea una postal del lugar en que esté.

—Pero ¿a qué dirección las mando?

—Puede enviárselas a su tía de Izu. Jamás escriba mensajes, ni el nombre del remitente. Limítese a escribir la dirección. Es importante, así que no lo olvide.

Sorprendido, Kino lo miró a la cara.

—¿Conoce usted a mi tía?

—Sí, conozco bien a su tía. De hecho, fue ella quien me pidió que le vigilase para que no le pasara nada. Pero me parece que no he estado a la altura de las circunstancias.

«¿Quién diablos es este tipo?» Pero mientras Kamita no se ofreciese a aclarárselo, no habría manera de saberlo.

—Le avisaré cuando yo sepa que ya puede regresar. Mientras tanto, Kino, no se acerque a este lugar. ¿Entendido?

Esa misma noche, Kino hizo la maleta. *«Lo mejor será que se vaya de aquí antes de que descargue el próximo aguacero.»* Había sido un aviso demasiado repentino. Ni siquiera le habían dado una explicación y no entendía qué sucedía. Con todo, se fiaba de lo que Kamita le había dicho. Pese a la violencia de la historia, por algún motivo no había experimentado recelo hacia él. Cuanto salía por la boca de Kamita poseía una extraña fuerza de convicción, más allá de toda lógica. Metió mudas y las cosas de higiene personal en un bolso bandolera de tamaño medio. Era el mismo que había usado cuando trabajaba para la fábrica de productos deportivos y tenía que salir de viaje de negocios. Sabía perfectamente lo que necesitaría en un viaje largo.

Al amanecer, clavó una nota en la puerta con una chincheta: CERRADO TEMPORALMENTE. DISCULPEN LAS MOLESTIAS. *«Lejos»,* había dicho Kamita. Pero no se le ocurría adónde dirigirse. Ni siquiera sabía si ir hacia el norte o hacia el sur. Conque, por el momento, decidió emprender la ruta que solía hacer cuando se dedicaba a vender calzado deportivo. Se montó en un autobús nocturno rumbo a Takamatsu, en la prefectura de Kagawa. Su idea era dar la vuelta completa a la isla de Shikoku y luego cruzar a Kyūshū.

En un *business hotel*[26] cerca de la estación de Takamatsu se hospedó tres días. Deambuló por la calles y vio unas cuantas películas. De día, los cines estaban vacíos y las películas eran bodrios. Cuando el sol se ponía, regresaba a su cuarto y encendía la televisión. Veía principalmente programas culturales, siguiendo la recomendación de su tía. Sin embargo, no obtuvo ninguna información que le fuera de ayuda. Como el segundo día en Takamatsu era jueves, compró una postal en una tienda que estaba abierta las veinticuatro horas, le pegó un sello y se la envío a su tía. Sólo escribió el nombre y la dirección de ella, como Kamita le había indicado.

La noche del tercer día, se le ocurrió contratar los servicios de una mujer. El número de teléfono se lo había dado un taxista. Era joven, de unos veintitantos, con un cuerpo bello y esbelto. Sin embargo, fue un polvo flojo de principio a fin. Se trataba de un mero recurso para saciar la libido, pero, bien pensado, ni siquiera la había saciado. Al contrario, tenía aún más sed que antes.

« Piense bien lo que acabo de decirle» , había dicho Kamita mirándolo a los ojos. « Es una cuestión crucial y requiere que reflexione en profundidad.» No obstante, por más que pensaba, Kino no comprendía nada.

Aquella noche llovía. No con fuerza, sino que era la típica llovizna otoñal, pero no parecía que fuera a escampar. No había intersticios ni modulaciones; era como una confesión monótona y repetitiva. En ese momento ni siquiera recordaba cuándo había empezado a llover. Experimentó una fría y húmeda sensación de impotencia. No le apetecía coger un paraguas y salir a cenar. Prefería no comer nada. Los cristales de la ventana al lado de la cama estaban cubiertos de diminutas gotas que iban renovándose sin parar. Sumido en unos pensamientos deshilvanados, Kino observaba los sutiles cambios en la superficie de los cristales. Más allá de aquellas formas, las oscuras calles se extendían sin fin. Se sirvió un vaso de whisky de un botellín y se lo bebió rebajado con la misma cantidad de agua mineral. Sin hielo. Ni siquiera le apetecía arrastrarse hasta la máquina de hielo del pasillo. La tibieza del líquido le sentó bien a su cuerpo lánguido.

Kino se hospedaba en un *business hotel* que estaba bien de precio cerca de la estación de Kumamoto. Con techo bajo, cama angosta, televisor pequeño, bañera también pequeña, nevera minúscula. Cuanto había dentro de aquella habitación era de tamaño reducido. A tal punto que se sentía como un gigante deforme. Pero permaneció todo el tiempo encerrado en la habitación, sin que la estrechez lo angustiara. Como llovía sólo salió para ir al *konbini,* la tienda que estaba abierta veinticuatro horas. Compró un botellín de whisky, agua mineral y unos pepinillos. Se tumbó en la cama, leyó hasta que se cansó, luego vio la televisión y, cuando se cansó de la televisión, se puso a leer de nuevo.

Era su tercera noche en Kumamoto. En su cuenta corriente todavía disponía de dinero y, si quería, podría hospedarse en un hotel mejor. Pero en ese momento sentía que aquél le convenía. Cuando uno está quieto en un lugar angosto, no hace falta darle demasiadas vueltas a la cabeza y, en general, todo se halla al alcance de la mano. Para él eso era, contra toda expectativa, digno de agradecer. «Si pudiera oír música, ya sería perfecto», pensó. A veces le entraban unas ganas tremendas de escuchar jazz clásico, a Teddy Wilson, Vic Dickenson o Buck Clayton. Una técnica sólida, acordes simples, el sobrio deleite de tocar por tocar, un optimismo extraordinario. Lo que necesitaba en ese momento era esa clase de música que había dejado de existir. Pero su colección de discos se hallaba muy lejos de allí. Cuando apagó la luz, le vino a la mente el silencio sepulcral del local a oscuras ya después de cerrar. El fondo del callejón, el gran sauce. Los clientes que se acercaban daban marcha atrás resignados ante el aviso de cierre. ¿Qué habría sido de la gata? Aunque hubiera regresado, seguro que se habría llevado un buen chasco al ver la entrada tapada. ¿Y seguirían asediando la casa las misteriosas serpientes?

Delante del séptimo piso había un edificio de oficinas. Desde las ventanas de

su habitación podía observar a las personas que trabajaban al otro lado de las ventanas de la planta de enfrente, de la mañana al anochecer. Dado que aquí y allá había persianas bajadas, sólo veía de manera fragmentada y, por tanto, no sabía qué trabajo realizaban. Hombres con corbata entraban y salían, mujeres tecleaban en los ordenadores, atendían teléfonos y ordenaban documentos. No era un panorama especialmente interesante. Los rostros y la vestimenta de los trabajadores eran muy normales. El único motivo por el que Kino no se hartaba de observarlos durante tanto tiempo era porque no tenía nada mejor que hacer. Y lo que más inopinado o sorprendente le pareció fue que a veces en las caras de aquella gente aflorasen expresiones divertidas. Los había que incluso se reían con grandes aspavientos. ¿Cómo era posible? ¿Cómo podría darles tanta alegría trabajar todo el día en aquel despacho anodino, estresados por tareas que (a ojos de Kino) carecían de cualquier interés? ¿Ocultarían alguna especie de gran secreto que sólo ellos conocían? Al pensar en ello, Kino sintió una leve desazón.

Era hora de cambiar de destino. «Desplácese con la mayor frecuencia posible», le había dicho Kamita. Sin embargo, Kino era incapaz de levantarse y dejar atrás aquel agobiante hotel en Kumamoto. No se le ocurría ningún lugar al que ir o paisaje que contemplar. El mundo era un ancho mar sin señalizar y Kino, una barquichuela sin ancla ni carta de navegación. Al desplegar el mapa de Kyūshū para buscar un sitio al que dirigirse, sintió una ligera náusea, como un mareo en el mar. Se tumbó en la cama y se puso a leer; a veces alzaba la cabeza para espiar a los empleados de la oficina de enfrente. A medida que el tiempo pasaba, sintió como si poco a poco su cuerpo fuese perdiendo gravedad y la piel se le volviese transparente.

Como el día anterior había sido lunes, Kino compró una postal del castillo de Kumamoto en el quiosco del hotel y escribió a bolígrafo el nombre de su tía y su dirección en Izu. Luego pegó el sello. Cogió la postal y, absorto, miró largo rato el castillo. Era el típico paisaje de postal. El torreón principal se erguía majestuoso contra el cielo azul y unas nubes blancas. «También conocido como *ichō-jō,* el castillo ginkgo. Considerado uno de los tres castillos más importantes de Japón», rezaba la leyenda. Por más que lo contempló, no vio nada en común entre el castillo y él. A continuación, en un impulso, dio la vuelta a la postal y escribió un mensaje a su tía:

> ¿Qué tal estás? ¿Cómo te encuentras últimamente? Yo sigo viajando solo de un lado para otro. A veces siento como si me hubiese vuelto casi transparente. Tengo la impresión de que se me ven las entrañas, como a un calamar recién pescado. Pero, por lo demás, estoy bien. Un día de éstos me pasaré por Izu.
>
> Kino.

Ignoraba qué lo había llevado a escribir aquello. Kamita se lo había prohibido terminantemente. «Jamás escriba mensajes, ni el nombre del remitente. Limítese a escribir la dirección. Es importante, así que no lo olvide», le había dicho. Pero Kino no había podido contenerse. «Tengo que volver a conectar con la realidad. Si no, dejaré de ser yo mismo. Me convertiré en un hombre *de ninguna parte.»* De manera casi automática su mano se afanó en llenar el estrecho espacio de la postal con letra pequeña y pulcra. Y antes de que cambiase de idea, se apresuró hasta la oficina de correos próxima al hotel y envió la postal.

Cuando despertó, el reloj digital que había a la cabecera de la cama indicaba las dos y cuarto. Alguien llamaba a la puerta. No era un ruido fuerte, pero sí seco, duro y compacto como el de un clavo golpeado por un carpintero diestro. Y ese *alguien* que llamaba a la puerta era consciente de que Kino lo oiría. El ruido lo sacó del profundo sueño de medianoche, del efímero y compasivo reposo, y despejó cada rincón de su mente hasta extremos crueles.

Kino no sabía quién llamaba. Aquellos golpes le exigían que saliese de la cama y abriese la puerta. De manera enérgica, tenaz. Ese alguien no tenía suficiente poder para abrir desde fuera. La puerta debía abrirla desde dentro el propio Kino.

Al fin cayó en la cuenta de que esa visita era lo que más había ansiado y, al mismo tiempo, lo que más había temido. Sí, porque ser ambivalente significa soportar un vacío en medio de dos polos. «Imagino que te dolería, ¿no? Al menos un poco», la había preguntado su ex mujer. «Claro. Yo también soy de carne y hueso, y doler me dolió», había contestado él. Pero no era cierto. O al menos sólo a medias. *«No me dolió lo suficiente cuando tenía que haberme dolido»,* reconoció. «En el momento en que debí haber sentido un dolor verdadero, reprimí sentimientos de vital importancia. Rehuí encontrarme frente a frente con la verdad porque no quería asumir algo tan intenso y, debido a ello, he cargado con un corazón hueco, vacío. Las serpientes han acaparado ese espacio, en el cual intentan ocultar el frío latido de sus corazones.»

«Éste era un lugar acogedor no sólo para mí, sino seguramente *para cualquiera»*, había dicho Kamita. Ahora Kino por fin entendía lo que le había querido decir.

Arropado en el futón, cerró los ojos, se tapó los oídos con las manos y se refugió en su pequeño mundo. Luego se repitió: no mires, no escuches. Pero era incapaz de acallar aquel ruido. Mientras viviese, mientras le quedase una pizca de conciencia, el ruido de aquellos golpes lo perseguiría, aunque huyese a los confines de la Tierra o incluso se taponase los oídos con arcilla. No estaban llamando a la puerta de la habitación del hotel. Sino a las puertas de su corazón.

Nadie puede escapar a ese ruido. Y todavía le aguardaban largas horas hasta el amanecer —si es que aún existía eso que se llama amanecer.

¿Cuánto tiempo habría pasado? De repente se dio cuenta de que el ruido había cesado. Alrededor reinaba el silencio, como en la cara oculta de la Luna. No obstante, Kino permaneció en el futón sin moverse. No podía bajar la guardia. Trató de disimular su presencia, aguzó el oído e intentó captar alguna señal funesta en el silencio. *Lo que quiera* que estuviese del otro lado de la puerta no se rendiría con facilidad. No tenía prisa. La luna tampoco había salido. Del cielo sólo pendían negras constelaciones marchitas. El mundo todavía sería de ellos por algún tiempo. *Ellos* tenían diversas maneras de actuar. El deseo puede adoptar diferentes formas. Las negras raíces logran extender sus extremos hasta cualquier punto bajo tierra. Pueden soportar pacientemente el paso del tiempo, buscar las partes débiles y llegar a quebrar las rocas más duras.

Al cabo de un rato empezaron a llamar de nuevo, como él había previsto. Pero esta vez el ruido procedía de otro sitio. Y resonaba también de forma distinta. Mucho más cercano, literalmente al oído. Ahora ese *quienquiera que fuera* parecía estar en el exterior, junto a la ventana que había a la cabecera de la cama. Probablemente se habría adherido a la fachada del edificio, a siete pisos de altura, y con la cara apretada contra la ventana golpeaba, toc, toc, los cristales mojados de lluvia. Era la única opción.

Pero el modo de golpear no era lo único que había variado. Dos veces. Luego, dos veces más. Una breve pausa y otras dos veces. El patrón se repetía sin cesar. Primero el ruido era un poco más alto, luego más bajo. Como los latidos de un corazón singular provisto de sentimientos.

Las cortinas estaban descorridas. Antes de dormirse, Kino había estado contemplando indolentemente los dibujos que formaban las gotas de lluvia en los cristales. Podía imaginar lo que vería al otro lado de la oscura ventana si en ese instante sacase la cabeza de la funda del futón. « No, mentira, no me lo imagino. Debo acabar con la propia actividad mental que representa la imaginación. Sea como sea, no puedo verlo. Éste es todavía mi corazón, por muy hueco que esté. Si bien de forma tenue, en él aún permanece el calor humano de la gente. Algunos recuerdos personales esperan calladamente a que la marea suba, como algas enredadas en una estaca clavada en la orilla. Si se pudiesen cortar, de algunos pensamientos manaría sangre roja. Todavía no puedo permitir que mi corazón vague errante hacia algún lugar imposible.»

«Se escribe con “dios” y “arrozal”, y se lee Kamita, no Kanda. Vivo cerca.»

« Que sepas que me he quedado con tu nombre» , había dicho el grandullón.

« Me parece una buena idea. Recordar le será de ayuda» , había contestado Kamita.

De pronto Kino pensó que quizá Kamita estuviese vinculado de alguna forma al viejo sauce del patio. Aquel sauce lo había protegido a él y a la pequeña casa.

Sin llegar a comprender la lógica, cuando esa idea se le ocurrió, sintió que distintos puntos en aquella historia se conectaban entre sí.

Visualizó la silueta del sauce, con el profuso verdor de sus ramas que colgaban casi a ras de suelo. En verano proyectaba su fresca sombra en el modesto jardín. En los días lluviosos, un sinfín de gotas plateadas brillaba en el tierno ramaje. En los días sin viento, se sumergía profundo y callado en sus pensamientos y, en los días con viento, sacudía indeciso su corazón de un lado a otro. Los pajarillos acudían, se posaban con ligereza sobre las ramas ligeramente encorvadas, entablaban charlas con sus trinos agudos y estridentes y al poco se alejaban volando. Cuando las aves alzaban el vuelo, las ramas permanecían un rato meciéndose gozosamente.

Hecho un ovillo en el futón, como un insecto, y con los párpados apretados no hacía más que pensar en el sauce. Evocaba con todo detalle, uno tras otro, su color, su forma, sus movimientos. Y deseó que amaneciese. No quedaba más remedio que aguantar y esperar a que alrededor todo fuese clareando poco a poco y se reanudara la actividad diurna con el despertar de los cuervos y los pajarillos. No podía más que confiar en las aves del mundo. En todos los pájaros alados y provistos de pico. Hasta entonces, no debía dejar su corazón vacío ni un solo instante. Porque la laguna, el vacío que en él surgía, los atraía hacia sí.

Dado que con el sauce sólo no bastaba, pensó en la delgada gata gris y recordó cuánto le gustaba el alga *nori* tostada. Se acordó de Kamita, cuando leía absorto en la barra, de los jóvenes corredores de medio fondo que se entrenaban con rigurosas series de repeticiones en las pistas de atletismo, del hermoso solo de Ben Webster en *My Romance* (en medio sonaban dos *scratches.* Ras. Ras). *Recordar le será de ayuda*. Y afloró en su mente la imagen de su ex mujer, con el pelo corto y un nuevo vestido azul. Ante todo, Kino deseaba que ella tuviera una vida sana y feliz en un nuevo lugar. Ojalá su cuerpo no volviera a sufrir heridas. « Porque ella me pidió disculpas y yo las acepté. Tengo que aprender no sólo a olvidar, sino también a perdonar.»

Sin embargo, el tiempo parecía incapaz de avanzar con rectitud. El sangriento lastre del deseo, un ancla oxidada en el fondo marino, intentaba impedir su discurrir natural. Allí el tiempo no era una flecha que volara en línea recta. Seguía lloviendo, las manecillas del reloj se desconcertaban a menudo, los pájaros todavía estaban sumidos en un profundo sueño, un cartero sin rostro clasificaba postales en silencio, los bellos pechos de una mujer se balanceaban con ímpetu en el aire, alguien no dejaba de golpear insistentemente en la ventana. Con absoluta regularidad, como intentando atraerlo hacia un laberinto de profundas alusiones. Toc, toc, toc, toc. Y otra vez, toc, toc. « No apartes la vista, mírame de frente» , le susurraba alguien al oído. « Porque ésta es la apariencia de tu corazón.»

Las ramas del sauce se mecían suavemente con el viento de principios de

verano. En una oscura salita situada en lo más hondo de Kino, una mano cálida se alargaba hacia la suya y se posaba en ella. Con los ojos fuertemente cerrados, Kino sintió el calor de su piel, su tierno grosor. Era algo que había olvidado hacía mucho tiempo. Algo de lo que había estado separado largo tiempo. *«Sí, tengo una herida, y muy profunda»,* dijo en voz alta. Y las lágrimas brotaron. En aquella silenciosa y oscura habitación.

Entretanto, la fría lluvia seguía empapando el mundo.

Samsa enamorado

Cuando despertó, descubrió que se había metamorfoseado en Gregor Samsa.

Estaba boca arriba en la cama, observando el techo de la habitación. Sus ojos tardaron un tiempo en adaptarse a la penumbra. Por lo que pudo ver, era un techo normal y corriente, como el de cualquier otro sitio. Originalmente debió de haber sido blanco, de un tono crema claro o algo así. Pero a causa del polvo o la suciedad acumulada con el tiempo, ahora era de un color que recordaba a la leche cortada. No tenía adornos, ni ninguna característica en particular. Tampoco declaraciones o mensajes. Parecía desempeñar, aparentemente sin impedimentos, su función estructural de techo, sin mayores pretensiones.

En una de las paredes del cuarto (la que estaba a su izquierda) había una alta ventana cegada por dentro. Tras quitar las cortinas que sin duda una vez habían pendido de allí, habían clavado gruesos listones de madera horizontales en el marco de la ventana. Entre tabla y tabla —no estaba claro si lo habían hecho a propósito—, se abrían rendijas de unos pocos centímetros por los que el sol de la mañana se filtraba en la habitación trazando en el suelo líneas paralelas refulgentes. Ignoraba la razón por la cual habían condenado tan rotundamente la ventana. ¿Para que nadie entrase? ¿Quizá para que no saliese nadie? (¿Ese nadie sería él?) ¿O acaso estaría a punto de desatarse una gran tormenta o un tornado?

Aún tendido boca arriba, examinó la habitación con lentos movimientos de ojos y cuello. No había nada que pudiese considerarse mueble, excepto la cama donde dormía. Ni cómodas, ni mesas, ni sillas. Ningún cuadro, reloj o espejo colgados de la pared. Tampoco vio ninguna lámpara. Y hasta donde le alcanzaba la vista, parecía que en el suelo no había alfombras ni moqueta. El parquet estaba completamente desnudo. Las paredes se hallaban revestidas de un viejo papel descolorido con pequeños dibujos, pero con aquella luz mortecina era prácticamente imposible distinguirlos —aunque tal vez habría sucedido igual bajo una luz brillante.

En la pared que tenía a la derecha, en el lado opuesto a la ventana, había una puerta. Tenía un pomo de latón desgastado. La habitación seguramente había sido utilizada en su día como parte de una vivienda ordinaria. Se percibía en el ambiente. Pero, ahora, todo rastro de los antiguos moradores había sido netamente erradicado. La cama donde yacía en el centro del cuarto era lo único que quedaba. Sin embargo, estaba desprovista de ropa: carecía de sábanas, de edredón, de almohada. Sólo habían dejado un viejo colchón.

Samsa no tenía ni idea de dónde se encontraba ni de qué debía hacer. Lo único que a duras penas comprendía era que se había convertido en un *ser humano* llamado Gregor Samsa. ¿Cómo *lo* sabía? Tal vez alguien se lo había susurrado al oído mientras dormía: « Te llamas Gregor Samsa» .

¿Y quién demonios era antes de convertirse en Gregor Samsa? *¿Qué cosa*

era?

Pero tan pronto como se puso a pensar en ello, se le nubló la mente y se volvió pesada. Y en lo profundo de su cabeza se formó una especie de oscura nube de mosquitos. Poco a poco fue volviéndose más densa y se desplazó hacia la parte blanda del cerebro con un ligero zumbido. En ese preciso instante, Samsa dejó de pensar. En ese momento pensar en detalle sobre cualquier cosa era un lastre demasiado pesado para él.

Comoquiera que fuese, tenía que aprender a moverse. No iba a estar allí tumbado mirando ociosamente el techo para siempre. Estaba demasiado desvalido. Si en tal estado llegaba a toparse con un enemigo —por ejemplo, si lo atacaba una bandada de pájaros feroces—, no tendría ninguna esperanza de sobrevivir. Para empezar, probó a mover los dedos de la mano. Tenía diez largos dedos en total, cinco en cada mano, la izquierda y la derecha. Estaban provistos de numerosas articulaciones capaces de una compleja combinación de operaciones. También notaba el cuerpo entero entumecido (como si lo hubieran sumergido en un líquido denso y viscoso) y era incapaz de transmitir energía a los terminales de forma eficiente.

Aun así, cerró los ojos y se concentró y, a fuerza de experimentar pacientemente por tanteo y error, poco a poco consiguió que los dedos de ambas manos se moviesen con libertad. Además, fue cogiéndole el tranquillo a la manera de mover las articulaciones, aunque fuese a un ritmo lento. Al mover la punta de los dedos, el entumecimiento que atenazaba su cuerpo fue disminuyendo y retrocediendo paulatinamente. Pero entonces, como para colmar el vacío dejado, un intenso dolor comenzó a atormentarlo —era como si una siniestra roca oscura hubiese emergido al bajar la marea.

Tardó un poco en darse cuenta de que se trataba de la sensación de hambre. Un hambre brutal, como nunca había experimentado, o al menos como nunca recordaba haber experimentado. Daba la impresión de que no hubiera ingerido ni un poco de comida en toda una semana —así se sentía—. Parecía que se le hubiese abierto una caverna en medio del cuerpo. Le crujían los huesos, tenía los músculos agarrotados y sentía retortijones.

Incapaz de aguantar más aquel sufrimiento, se incorporó poco a poco apoyándose en los codos. Crac. La espalda le crujió varias veces con un ruido espantoso. ¿Cuánto tiempo llevaría acostado en aquella cama? Cada una de las partes de su cuerpo clamaba a gritos su negativa a levantarse y cambiar de postura. A pesar de ello, logró soportar el dolor y, concentrando todas sus fuerzas en la idea de erguirse, logró sentarse en la cama.

¡Qué cuerpo más horrible! Samsa no pudo evitar pensarlo al entrever sus carnes desnudas y palpar lo que no estaba al alcance de su vista. Pero no sólo era horrible. Estaba también demasiado desprotegido. Aquella piel blanca y lisa (la presencia de vello resultaba casi anecdótica), el vientre blando completamente

desamparado, los genitales con una forma imposible, apenas un par de brazos y un par de piernas esmirriados, estrechas venas que abultaban en forma de líneas azules, un cuello larguirucho e inestable que podría partirse con facilidad, una cabeza grande y deforme. La coronaban duras y largas greñas, y dos orejas se desplegaban abruptamente a ambos lados como conchas. *«¿Será éste mi verdadero yo?* ¿Puede este cuerpo absurdo y de aspecto tan frágil (desprovisto de un caparazón para protegerse o de un arma para atacar) sobrevivir en el mundo? ¿Por qué no me convertí en pez? ¿Por qué no me convertí en un girasol?» Convertirse en pez o girasol habría tenido más sentido. Por lo menos mucho más que convertirse en Gregor Samsa. No pudo evitar pensar eso.

Aun así, bajó con decisión las piernas de la cama y plantó los pies en el suelo desnudo. Estaba más frío de lo esperado y Samsa tragó saliva sin querer. Tras repetir una serie de fallos garrafales y chocar aquí y allá, por fin logró levantarse valiéndose de las piernas. Permaneció erguido un rato apoyándose con una mano en la estructura de la cama. Pero al quedarse quieto, notó que la cabeza le pesaba demasiado y no conseguía mantener el cuello recto. El sudor le corría por las axilas y el órgano reproductor se le encogió debido al extremo nerviosismo. Respiró hondo varias veces e intentó relajar la tensión de los músculos.

Una vez que su cuerpo se habituó en cierto modo a estar erguido, lo siguiente fue aprender a caminar. Pero andar con ambas piernas supuso un esfuerzo similar a aguantar una tortura y aquellos movimientos le provocaron intensos dolores musculares. Avanzar alternando la pierna izquierda y la derecha era, se mirase por donde se mirase, un acto absurdo que quebrantaba las leyes de la naturaleza, y el hecho de que el campo de visión se hallase alto, en una posición inestable, hizo que su cuerpo se tensase. Desde el primer momento le resultó terriblemente difícil entender que debía sincronizar las articulaciones de la cadera y las rodillas para mantener el equilibrio. A cada paso que daba las rótulas le temblaban por miedo a caerse y tenía que apoyar las manos en la pared.

Pero no iba a quedarse en aquella habitación eternamente. Si no encontraba algo decente que comer y se lo llevaba a la boca, más pronto que tarde aquella hambre lacerante consumiría su cuerpo y lo destruiría.

Le llevó largo rato avanzar a trompicones, siempre agarrado a la pared, hasta la puerta. Ignoraba las unidades de tiempo o cómo medirlo. Pero, *en todo caso,* le había llevado mucho tiempo. Quedaba demostrado por la cantidad de dolor que acumulaba. No obstante, a fuerza de desplazarse fue asimilando la manera de usar músculos y articulaciones. Todavía se movía a una velocidad lenta y con gestos desmañados. Además, requería de un apoyo. Seguramente podría pasar por una persona discapacitada.

Tocó el pomo de la puerta y probó a tirar de él. La puerta no se abrió ni un

ápice. Empujar tampoco servía. A continuación lo giró hacia la derecha y tiró. La puerta se abrió hacia dentro con un leve chirrido. No estaba cerrada con llave. Asomó un poco la cabeza por el hueco. Ni rastro de un alma humana en el pasillo. Todo estaba tan silencioso como el fondo del océano. Para empezar, pisó con la pierna derecha fuera, luego sacó medio cuerpo de la habitación agarrándose con una mano al marco de la puerta y después sacó la pierna izquierda. Entonces, con las manos pegadas a la pared fue avanzando paso a paso descalzo por el corredor.

En el pasillo había cuatro puertas en total, incluida la de la habitación de la que acababa de salir. Todas eran de madera y en tonos oscuros, con idéntico aspecto. ¿Cómo serían por dentro? ¿Habría alguien? Sentía unas ganas tremendas de abrir las puertas y echar un vistazo. Así quizá podría aclarar un poco la incomprensible situación en que se hallaba. Quizá encontraría algún indicio que explicara las cosas con lógica. Pero al final pasó de largo con sigilo. Antes que la curiosidad, tenía que satisfacer el hambre. Debía apresurarse a llenar con algo sustancioso aquella agreste caverna que anidaba en su interior.

Y, ahora, Samsa sabía adónde dirigirse para conseguir ese *algo sustancioso*.

«Sigue el olor», pensó mientras movía de manera compulsiva las narinas. Olía a comida caliente. El aroma de los alimentos cocinados flotaba en el aire, quedamente, transformado en diminutas partículas que estimulaban de forma enloquecida las mucosas de su nariz. El olfato transmitió en menos de un segundo la información al cerebro y, como resultado, un nítido presentimiento y un intenso anhelo retorcieron con crueldad propia de expertos inquisidores su aparato digestivo. La boca se le hizo agua.

Pero, para llegar a la fuente del olor, primero tenía que bajar una escalera. Si caminar por un lugar llano era ya de por sí una mortificación, descender una empinada escalera de diecisiete peldaños era lo más parecido a una pesadilla. Se dirigió a la escalera y empezó a bajar agarrándose con ambos brazos a la barandilla. Con cada escalón, el peso de su cuerpo recaía en sus finas muñecas y en varias ocasiones estuvo a punto de caer rodando, incapaz de mantener el equilibrio. Cada vez que adoptaba una postura poco natural, todos los huesos y los músculos de su cuerpo se estremecían del dolor.

Mientras bajaba la escalera, Samsa pensaba básicamente en peces y girasoles. Si fuese un pez, no habría necesitado andar bajando y subiendo escaleras y habría podido llevar una vida tranquila. Y, sin embargo, ¿por qué tenía que realizar él una operación tan sumamente peligrosa y antinatural? Era absurdo.

Cuando por fin llegó al último de los diecisiete escalones, Samsa corrigió una vez más la postura y, haciendo acopio de la energía que le restaba, se encaminó hacia el lugar de donde provenía el olor a comida. Atravesó el vestíbulo, de techos altos, y se adentró en el comedor por la puerta abierta. En la gran mesa

ovalada habían dispuesto platos con comida. En torno a la mesa había cinco sillas, pero ni un alma. De los platos todavía se alzaba un tenue vapor blanquecino. En el centro había un florero de cristal con una docena de lirios blancos. Aunque la mesa estaba provista de cubiertos y servilletas blancas para cuatro comensales, no parecía que los hubiesen tocado. Daba la impresión de que hubieran servido el desayuno y de pronto, cuando los comensales se disponían a hincarle el diente, algo inesperado hubiera sucedido y todos se hubieran levantado y desaparecido sin más. No había transcurrido mucho rato de eso.

¿Qué diablos había ocurrido? ¿Adónde se habrían ido? ¿O adónde se los habrían llevado? ¿Regresarían por fin a desayunar?

Pero no era el momento de perderse en tales pensamientos. Samsa se derrumbó sobre la silla que tenía más cerca y, sin usar cuchillo, cuchara, tenedor ni servilleta, sólo valiéndose de las manos, se comió los platos dispuestos sobre la mesa, uno tras otro. Rompía el pan en pedazos, que se llevaba a la boca tal cual, sin untarlos con mantequilla ni mermelada; engullía las gruesas salchichas cocidas enteras, mordisqueaba un huevo cocido sin ni siquiera molestarse en quitarle la cáscara, se tragaba las verduras encurtidas a puñados. Se llevó el puré caliente de patatas directamente a la boca con las manos. Trituraba con los dientes aquel revoltijo de alimentos y para ayudar a bajar lo que quedaba a medio masticar bebía agua de la jarra. El sabor no le importaba. Ni siquiera distinguía entre algo que estuviera bueno o malo, entre picante o amargo. Lo primordial era llenar el vacío de su cuerpo. Devoraba, fuera de sí, como si librase una carrera contra el tiempo. De tal modo que mientras chupaba algo que tenía en la mano, por error se mordió con fuerza un dedo. Los restos de comida se desparramaban sobre la mesa y un plato cayó al suelo y se hizo añicos. Pero nada de eso le importaba.

La mesa presentaba un aspecto lamentable. Como si una enorme bandada de cuervos se hubiera colado por la ventana abierta y, tras arremolinarse para picotear cuanto allí había, se hubiera alejado volando. Cuando por fin, después de haber comido todo lo que pudo, se tomó un respiro, apenas quedaba nada sobre la mesa. Lo único intacto eran los lirios del florero. Si no hubiera habido suficiente comida, quizá también se habría zampado las flores. Tanta hambre había tenido.

A continuación, permaneció un buen rato sentado a la mesa, ensimismado. Posó ambas manos sobre el tablero y, respirando trabajosamente, subiendo y bajando los hombros, contempló con ojos entornados los lirios blancos. Lentamente, una sensación de plenitud fue invadiéndolo, como cuando sube la marea en una playa. Sintió cómo la caverna interior se había ido llenando de forma paulatina y el vacío se había achicado.

Acto seguido, cogió la cafetera metálica y se sirvió café en una taza de

porcelana blanca. El intenso y penetrante aroma le hizo evocar algo. No era un recuerdo directo. Era totalmente indirecto, había superado varias etapas. Se produjo una extraña duplicidad temporal, como si lo que estaba experimentando en el presente fuese el pasado visto desde el futuro. Como si las vivencias y los recuerdos circulasen en un ir y venir por un ciclo cerrado. Le echó un montón de nata al café, lo removió con el dedo y bebió. Aunque estaba bastante frío, todavía conservaba una ligera tibieza. Lo mantenía un instante en la boca y luego lo enviaba al estómago poco a poco, con precaución. El café le calmó un poco los nervios.

De pronto sintió frío. Su cuerpo se echó a temblar con fuertes sacudidas. Hasta entonces, la sensación de hambre había sido tan brutal que ni siquiera se había fijado en otras sensaciones corporales. Pero una vez satisfecha el hambre, percibió el helado aire matutino. Habían apagado la chimenea y hacía frío. Encima, se hallaba descalzo y desnudo.

Samsa *se percató* de que necesitaba vestirse con algo. En aquel estado, no soportaría el frío. Además, aquél no era el aspecto más apropiado para presentarse delante de nadie. En cualquier momento podría aparecer alguien en la entrada. Tal vez quienes habían estado allí hasta hacía poco —los mismos que se disponían a desayunar— regresarían en breve. Si lo encontraban así, sin duda Samsa se vería en un aprieto.

De algún modo se dio cuenta de todo esto. No fue una suposición, ni conocimiento, sino un puro percatarse. Samsa ignoraba qué recorrido había seguido ese percatarse hasta llegar hasta él. Quizá también formase parte de esa memoria suya que giraba en círculos.

Se levantó de la silla, salió del comedor y se encaminó al vestíbulo. Aunque todavía era bastante torpe y necesitaba tomarse su tiempo, ahora lograba andar con las dos patas sin agarrarse a nada. En el recibidor había un paragüero de hierro con algunos paraguas y bastones. Decidió tomar un bastón negro de roble para que le sirviera de apoyo. El tacto sólido de la empuñadura le transmitió coraje y sosiego. Podría usarlo como arma en caso de que un pájaro lo atacase. Luego se acercó a la ventana y escudriñó un rato entre los blancos visillos de encaje.

Delante de la casa había una calle. No era demasiado ancha. Apenas estaba transitada y se veía demasiado vacía. Las personas que de cuando en cuando cruzaban a paso ligero iban cubiertas de pies a cabeza con ropa. Prendas de distintas formas y colores. Casi todos eran hombres, pero también pasaron una o dos mujeres. Vestían distinto en función del sexo. Y calzaban zapatos de cuero duro. Había también quien llevaba botas bien lustradas. Las suelas hacían un ruido breve y seco, tac, tac, contra el pavimento de cantos rodados. Todos se tocaban con sombrero. Como es natural, todo el mundo caminaba a dos patas y no iba con los genitales al aire. Samsa se plantó frente al espejo de cuerpo entero

de la entrada y se comparó con los transeúntes de la calle. En el espejo se veía débil y desaliñado. Le goteaba salsa y grasa de la barriga y tenía migajas de pan adheridas como algodón al pubis. Se limpió con las manos.

«Debo vestirme», se dijo de nuevo.

A continuación volvió a mirar hacia la calle y buscó aves. No se veía ni una.

En la planta baja se hallaba la entrada, el comedor, la cocina y la sala de estar. Pero no encontró nada que pudiera ponerse. La planta baja seguramente no era el lugar donde la gente se vestía. Las vestimentas debían de estar todas juntas en algún lugar de la primera planta.

Armado de decisión, volvió a subir la escalera. Para su sorpresa, fue mucho más fácil que bajarla. Se agarró a la barandilla y logró ascender los diecisiete peldaños en un tiempo relativamente corto, con algún descanso de por medio, y sin sentir especial miedo o dolor.

Cabe decir que por fortuna ninguna de las puertas estaba cerrada con llave. Se abrían hacia dentro, girando el pomo a la derecha. Las habitaciones de la primera planta eran cuatro en total y, excepto la estancia fría y desnuda en que había despertado, disponían de todas las comodidades. Había camas con sábanas limpias, armarios, escritorios, lámparas y alfombras de complejos diseños. Todo estaba ordenado y limpiado con esmero. Los libros se hallaban bien colocados en las estanterías y de las paredes colgaban paisajes al óleo enmarcados. Todos representaban acantilados blancos en la costa. En el cielo azul marino flotaban nubes blancas con forma de dulce. Habían adornado los jarrones de cristal con flores de vivos colores. No se les había ocurrido condenar las ventanas con toscos listones de madera ni nada similar. La bendita luz diurna se colaba en silencio a través de las ventanas con cortinas de encaje. En cada cama se veían señales de que alguien había estado durmiendo hasta hacía poco. La concavidad de la cabeza todavía se marcaba en las blancas almohadas.

En el armario de la habitación más grande encontró una bata que se ajustaba a su cuerpo. Le serviría para taparse. Las otras prendas eran demasiado complejas e ignoraba cómo ponérselas o con qué combinaciones se suponía que debía vestirse. Tenían demasiados botones y no sabía bien cuál era la diferencia entre delante y detrás, arriba y abajo. Tampoco tenía claro en qué se distinguía la ropa interior de la otra. Había demasiadas cosas por aprender en lo relativo a vestimenta. La bata, en cambio, era mucho más sencilla y práctica, tenía pocos elementos decorativos y hasta él se veía capaz de ponérsela. Estaba hecha de un tejido blando y ligero, suave a la piel. Era de color azul marino. Encontró además unas zapatillas del mismo tono que hacían juego.

Cubrió su desnudez con la bata y, tras intentarlo varias veces, logró anudar el cinturón por delante. Luego se miró en el espejo ataviado con la bata y las zapatillas. Al menos era mejor que andar dando vueltas en cueros. Si observaba con mayor detalle de qué manera vestía la gente, poco a poco acabaría

comprendiendo cómo ponerse correctamente las prendas más comunes. Hasta ese momento, debería apañárselas con la bata. No podía decirse en absoluto que fuese bastante cálida, pero hasta cierto punto le permitía soportar el frío, al menos mientras siguiese dentro de la casa. Y sobre todo a Samsa lo tranquilizaba que su piel blanda y desnuda no estuviese expuesta y desprotegida frente a los pájaros.

Cuando sonó el timbre, se había quedado adormilado tapado con un edredón en la cama del dormitorio más amplio (que era también la cama más grande de la casa). Bajo el edredón de plumas se estaba tan a gusto y caliente como metido en la cáscara de un huevo. Estaba soñando. Ya no recordaba qué. Pero era un sueño de algún modo alegre, agradable. Sin embargo, en ese instante el timbre de la entrada resonó por toda la casa, alejó de una patada el sueño y devolvió a Samsa a la fría realidad.

Bajó de la cama, se ató bien el cinturón de la bata, se calzó las zapatillas azules, agarró el bastón pintado de negro y, sujetándose a la barandilla, empezó a bajar despacio la escalera. Esta vez le resultó también mucho más fácil que la primera. Pero aun así corría el riesgo de caer. No podía despistarse. Con prudencia, peldaño a peldaño, asegurando cada paso, se dirigió escalera abajo. Entretanto, el timbre sonaba sin descanso y chillonamente. Quienquiera que llamara debía de ser una persona impaciente y, al mismo tiempo, de carácter porfiado.

Cuando por fin llegó abajo, se pasó el bastón a la mano izquierda y abrió la puerta de la entrada. Tuvo que girar el pomo a la derecha y estirar hacia dentro.

Fuera había una mujercilla. Era muy bajita. Parecía mentira que hubiese sido capaz de llegar al timbre. Pero bien mirado, no era baja en absoluto. Simplemente tenía la espalda encorvada, con el tronco hacia delante. Por eso parecía pequeña. Pero en sí no era de baja estatura. Llevaba el pelo recogido atrás con una goma, de manera que no le cayese sobre la cara. Tenía el cabello castaño oscuro y muy abundante. Vestía una larga falda hasta los tobillos y chaqueta de tweed gastada. En el cuello llevaba enroscado un fular de algodón de rayas. No llevaba sombrero. Calzaba botas recias con cordones y andaría por los veintipocos años. Todavía había algo de niña en ella. Tenía ojos grandes, nariz pequeña y labios un poco curvados hacia un lado, como una luna fina. Las cejas eran negras, rectas y denotaban suspicacia.

—¿Es ésta la casa del señor Samsa? —preguntó la chica girando el cuello para mirarlo desde abajo. Y se contorsionó agitando todo el cuerpo. Como cuando la tierra se estremece sacudida por un fuerte terremoto.

Tras dudar un instante, Samsa contestó con seguridad: « Sí» . Dado que él era Gregor Samsa, lo más probable es que aquélla fuese la casa de los Samsa. No

había ningún inconveniente en admitirlo.

Pero a ella no pareció agradarle aquella manera de contestar. Frunció ligeramente el ceño. Quizá percibió en la respuesta de Samsa la sombra de una duda.

—¿*De veras* es ésta la casa del señor Samsa? —repitió la muchacha subiendo el tono. Como un portero avezado que interroga a un extraño mal vestido.

—Yo soy Gregor Samsa —respondió Samsa lo más tranquilo posible. Ésa era una verdad, sin duda.

—Estupendo entonces —repuso ella. A continuación levantó con esfuerzo un gran bolso negro de tela que había a sus pies. Estaba raído y parecía haber sido usado durante muchos años. Quizá lo hubiera heredado—. Vayamos dentro, pues. —Y sin esperar respuesta, se metió deprisa en la casa.

Samsa cerró la puerta. Ella se quedó allí de pie mirándolo recelosa de arriba abajo, con su bata y sus zapatillas.

—Me da la impresión de que acabo de despertarle, ¿no? —dijo al cabo con frialdad.

—Qué va, no tiene importancia —dijo Samsa. Por la oscura mirada de su interlocutora comprendió que la ropa que vestía no era la más adecuada en aquellas circunstancias—. Lamento recibirla con este aspecto, pero es que me he visto en un apuro… —dijo él.

Ella lo miró con los labios apretados.

—¿Y? —dijo ella después.

—¿Y? —repitió Samsa.

—¿Y dónde está la cerradura en cuestión?

—¿La cerradura?

—Sí, la cerradura estropeada. —Desde el primer momento, la muchacha había renunciado a esforzarse para evitar que su voz sonase exasperada—. El asunto es que tenía que arreglar una cerradura rota.

—¡Ah! —exclamó Samsa—. Sí, claro, la cerradura rota.

Desesperado, puso la mente a funcionar. Pero cuando se concentraba en algo, sentía que la negra nube de mosquitos volvía a alzarse en lo profundo de su cabeza.

—A mí no me han dicho nada de la cerradura —dijo él—, pero creo que es una de las puertas de la primera planta.

Ella frunció el ceño y miró desde abajo a Samsa con la cabeza ladeada.

—¿*Tal vez*? —Su frialdad fue en aumento. Una de las cejas se arqueó hacia arriba—. ¿Cuál?

Samsa era consciente de que se había ruborizado. Se sentía avergonzado por no saber nada de lo de la cerradura rota. Carraspeó, pero no le salieron las palabras.

—Señor Samsa, ¿no están sus padres en casa? Creo que lo mejor sería que

hablase directamente con ellos.

—Deben de haber salido a hacer algún recado.

—¿Han salido? —replicó atónita la muchacha—. ¿Qué se les ha perdido ahí fuera en medio de este berenjenal?

—No lo sé, pero cuando me he despertado esta mañana, no había nadie en casa.

—Vaya por Dios —exclamó la chica. Y soltó un largo suspiro—. Y eso que les avisé con mucha antelación de que vendría a esta hora de la mañana…

—Lo siento.

Ella frunció los labios un rato. Luego bajó despacio la ceja que había levantado y observó el bastón negro que Samsa sujetaba con la mano izquierda.

—¿Está mal de las piernas, Gregor?

—Sí, un poco —respondió de manera ambigua él.

Todavía agachada, la chica volvió a contorsionarse sacudiendo todo el cuerpo. Samsa ignoraba qué significaba ese movimiento o cuál era su propósito. Pero instintivamente sintió cierta simpatía hacia esa compleja forma de moverse.

—¡Qué se le va a hacer! —dijo resignada—. Ya que estamos, echaré un vistazo a las cerraduras de la primera planta. Es que he venido adrede y para ello he tenido que atravesar la zona y cruzar el puente con todo este jaleo. Casi me juego la vida. Ahora no voy a quedarme de brazos cruzados y decirle: « ¿Ah, sí? ¿No hay nadie más? Pues hasta otro día» . ¿No le parece?

¿Este jaleo? Samsa no entendía bien la coyuntura. ¿Qué estaba ocurriendo? Sin embargo, optó por no preguntarle. Prefirió no seguir haciendo alarde de su ignorancia.

Con el cuerpo todavía doblado por la mitad, la muchacha cogió con la mano derecha el bolso negro de apariencia pesada y se arrastró escaleras arriba como un insecto. Samsa, agarrado a la barandilla, la siguió despacio. Su manera de caminar despertó en él una nostálgica sensación de afinidad.

Al llegar al pasillo de la primera planta, la muchacha echó un vistazo a las cuatro puertas.

—¿Cuál será, *tal vez,* la puerta de la cerradura rota?

Samsa volvió a ruborizarse.

—No sé. ¿Cuál será? —dijo. Y añadió tímidamente—: Mmm…, me da la impresión de que podría ser la que está al fondo a la izquierda. —Era la habitación vacía, sin amueblar, donde él se había despertado esa mañana.

—Le da la impresión… —dijo la muchacha en un tono inexpresivo que hacía pensar en una hoguera apagada—. *Podría ser…* —Entonces se volvió y miró a Samsa a la cara desde abajo.

—Me parece —dijo Samsa.

—Señor Gregor Samsa, es un placer hablar con usted. Tiene un dominio del léxico y se expresa con tal precisión… —dijo ella en tono seco. A continuación volvió a suspirar y en otro tono añadió—: Bueno, no pasa nada. Por de pronto, echémosle un vistazo a la del fondo a la izquierda.

La muchacha se acercó a la puerta y giró el pomo. Después la empujó. La puerta se abrió. No se había operado ningún cambio en aquella habitación desde que él la había abandonado. El único mueble seguía siendo la cama. Estaba en el centro, como una isla solitaria entre corrientes oceánicas. En la cama sólo había un colchón no demasiado limpio. Era el colchón sobre el que había despertado Gregor Samsa. No había sido un sueño. El suelo estaba frío y al descubierto. La ventana había sido condenada con tablones. Al verlo, la muchacha no pareció sorprenderse. Como si pensara que eso era el pan de cada día en aquella ciudad.

Se puso en cuclillas, abrió el bolso negro y sacó un paño de franela color crema que extendió en el suelo. Luego eligió unos cuantos pertrechos y los dispuso por orden sobre el paño. Con el mismo esmero que un experto torturador prepararía sus ominosas herramientas ante su pobre víctima.

Primero agarró un grueso alambre, lo introdujo en el agujero de la cerradura y con manos expertas lo movió en distintas direcciones, mientras se mantenía ojo avizor, aguzando asimismo el oído. Luego cogió un instrumento de un calibre más fino y repitió la operación. Acto seguido, en un gesto de hastío, apretó los labios hasta que adquirieron la forma impertérrita de una espada china. Echó mano de una linterna grande y examinó los entresijos de la cerradura con extrema adustez.

—Dime, ¿no tendrás la llave de esta cerradura? —le preguntó la muchacha.

—No sé dónde está —contestó él con franqueza.

—¡Ah, Gregor Samsa! A veces desearía morirme —exclamó ella, alzando los ojos al techo.

Pero en vez de mostrar más interés por él, se dedicó a elegir un destornillador de entre las herramientas colocadas sobre el paño de franela, dispuesta a desmontar la cerradura. Despacio, con cuidado, para no dañar los tornillos. Entretanto, hizo varias pausas durante las cuales se contorsionó con grandes sacudidas.

Mientras observaba aquellas *torsiones*, el cuerpo de Samsa empezó a experimentar una extraña reacción. Así, sin más, le fue subiendo poco a poco la temperatura y sintió que las fosas nasales se le dilataban. La boca se le resecó y, al tragar saliva, oyó un sonoro *glup* brotar de él. Por alguna razón, le picaban los lóbulos de las orejas. Y el órgano reproductor, que hasta entonces había colgado desmañadamente, se tensó, se hizo más largo y grueso y empezó a alzarse. Debido a ello, en la parte delantera de la bata se formó una protuberancia. Pero él no tenía ni la más remota idea de qué diablos era aquello.

La muchacha cogió el juego de cerradura que había desmontado, lo llevó

junto la ventana y lo estudió con detalle a la luz que se proyectaba entre los intersticios de la madera. Mientras apretaba con fuerza los labios en un gesto sombrío, punzó el interior con unas pequeñas piezas metálicas, lo sacudió con fuerza y comprobó su sonido. Luego exhaló un hondo suspiro acompañado de un encogimiento de hombros y se volvió hacia Samsa.

—El mecanismo está totalmente estropeado —dijo—. Tenías razón, Samsa. Este chisme no sirve para nada.

—Bien.

—No sé de qué te alegras. Resulta que no podré arreglarla aquí. Es una pieza un poco especial. Tendré que llevármela a casa y que la mire mi padre o mis hermanos. Ellos quizá puedan repararla. Es un mecanismo complicado, y yo todavía soy una aprendiz y sólo sé arreglar cerraduras normales.

—Ya —dijo Samsa. «Esta chica tiene padre y hermanos. Y la familia al completo se dedica al negocio de la cerrajería.»

—En principio eran mi padre o alguno de mis hermanos quienes debían haber venido, pero ya sabes la que se ha montado. Así que me mandaron como sustituta. Porque la ciudad está llena de puestos de control. —Y entonces volvió a soltar un suspiro valiéndose de todo su cuerpo—. Pero ¿cómo ha podido estropearse de esta manera tan rara? No sé quién lo habrá hecho; lo único que se me ocurre es que la hayan destrozado por dentro con algún aparato especial. —Y una vez más se contorsionó con pequeñas sacudidas.

Cuando torcía el cuerpo, sus brazos rotaban en las tres dimensiones, como una persona que practicara un estilo de natación peculiar. Y por alguna razón esos movimientos atraían y estremecían a Samsa.

—¿Te importa que te haga una pregunta? —se atrevió a decirle él.

—¿Una pregunta? —repuso la muchacha, recelosa—. No sé qué será, pero adelante.

—¿Por qué te retuerces a veces de esa manera?

La muchacha abrió ligeramente la boca y lo miró a la cara.

—¿Retorcerme? —Luego reflexionó un instante—. ¿Te refieres a esto? —E hizo una demostración de la contorsión.

—Exacto.

Ella lo miró fijamente un rato con los ojos como un par de guijarros.

—Es el sujetador, que me viene pequeño —respondió hastiada—. Sólo eso.

—¿El sujetador? —repitió Samsa. No pudo asociar la palabra con ninguno de los recuerdos que atesoraba.

—Sí, el sujetador. ¿Te enteras? —le espetó ella—. ¿O acaso te parece raro que una chica jorobada lleve sujetador? ¿Quizá desvergonzado?

—¿Jorobada? —repitió Samsa. El vasto vacío de su mente también se tragó ese vocablo. No conseguía comprender a qué se refería ella. Pero tenía que decir algo—. No, no me lo parece en absoluto —se excusó en voz baja.

—Mira, pues que sepas que yo también tengo mis dos tetas y necesito llevar sujetador. Ni soy una vaca, ni me apetece llevarlas bamboleándose al andar.

—Por supuesto —convino Samsa, sin haber entendido todavía nada.

—Pero como tengo esta constitución, no se adapta bien a mi cuerpo. Porque la forma de mi cuerpo es un poco diferente a la de una chica normal y corriente. Así que de vez en cuando necesito retorcerme y corregir la postura. Ser mujer es más duro de lo que te imaginas. En muchos sentidos. ¿Te divierte quedarte mirando de esa manera? ¿Te parece gracioso?

—No, no es gracioso. Simplemente me ha parecido extraño y me he preguntado por qué lo hacías.

Samsa dedujo que un sujetador era un accesorio para sostener los pechos, y lo de jorobada, la peculiar forma de su cuerpo. En verdad, había muchísimas cosas que aprender en aquel mundo.

—No estarás burlándote de mí, ¿verdad? —le dijo la muchacha.

—Claro que no.

Ella ladeó la cabeza y lo miró. Entonces comprendió que no se reía de ella. No parecía tener malicia. Dedujo que simplemente sería corto de entendederas. Pero parecía de buena familia y era bastante guapo. Tendría unos treinta años. De lo que no cabía duda es de que estaba demasiado flaco, y tenía las orejas muy grandes y la tez muy pálida, pero era amable.

A continuación, se dio cuenta de que la zona del bajo vientre de la bata de Samsa sobresalía en un ángulo empinado.

—¿Qué es eso? —preguntó la chica con una voz sumamente fría—. ¿Qué diablos es ese *bulto*?

Samsa miró hacia abajo, hacia la zona abultada de la bata. Por el tono de la chica, dedujo que debía de tratarse de un fenómeno inapropiado para mostrar a la gente.

—Ya veo. Lo que te pasa es que tienes curiosidad por saber cómo será follarse a una jorobada, ¿no? —le espetó ella.

—¿Follarse? —dijo él. Esa palabra no le sonaba de nada.

—Crees que, como tengo la espalda encorvada, es la postura ideal para metérmela por detrás, ¿no? —dijo la muchacha—. ¿Sabes? Hay bastantes tíos a los que les van esas perversiones. Y todos piensan que, por ser como soy, dejaré que me lo hagan. Pues lo siento mucho, pero las cosas no funcionan de esa manera.

—No entiendo lo que pasa —dijo Samsa—, pero si te he ofendido, te pido disculpas. Lo siento. Perdóname. No ha sido con mala intención. Como he estado enfermo algún tiempo, todavía no me entero de muchas cosas.

La chica volvió a suspirar.

—Bueno, está bien. No pasa nada. De mollera eres un poco *lento,* me parece a mí. Pero el pito lo tienes en forma, eso sí. No tienes remedio.

—Lo siento.

—Bueno, ya está, hombre —dijo ella con resignación—. Con los cuatro impresentables de mis hermanos mayores en casa, estoy harta de ver esas cosas desde pequeña. Me la enseñan adrede para burlarse de mí. Son unos cerdos. Así que lo que es estar acostumbrada, lo estoy. —Y, arrodillándose, recogió las herramientas una por una, y envolvió la cerradura rota en el paño de franela color crema, que guardó junto con las herramientas en el gran bolso negro. Seguidamente, lo levantó con la mano—. Me llevo la cerradura. Díselo a tus padres. O bien la arreglamos en mi casa o bien habrá que sustituirla por otra nueva. Aunque quizá tardemos un tiempo en conseguir una nueva. Dales el recado a tus padres cuando vuelvan, ¿vale? ¿Te acordarás?

—Me acordaré —dijo Samsa.

Entonces, tomando la delantera, ella empezó a bajar lentamente la escalera, seguida de cerca por Samsa. La imagen de ambos al descender ofrecía un gran contraste. Bajaban más o menos a la misma velocidad, pero la una casi se arrastraba a gatas y el otro caminaba de manera poco natural, como echando el cuerpo atrás. Mientras tanto, Samsa se esforzaba por contener de algún modo el «bulto», aunque éste se resistía a volver a su estado normal. Su corazón latía dura y secamente; sobre todo cuando la veía caminar desde detrás. La sangre fresca y caliente, bombeada con fuerza, mantenía con insistencia aquel «bulto».

—Como te dije antes, en principio eran mi padre o mis hermanos los que en teoría iban a venir —le comentó la muchacha ya en la puerta de entrada—. Pero la calle está llena de soldados con fusiles y hay tanques enormes apostados por todas partes. Es más, han levantado puestos de control en todo puente que se precie y se han llevado a mucha gente. Por eso los hombres no pueden salir. Si los vieran, se los llevarían a rastras y a saber cuándo regresarían. Es peligrosísimo. Por eso me tocó venir a mí. Tuve que atravesar sola las calles de Praga. Ya sabes, por ser como soy seguramente nadie se fije en mí. Hasta yo soy útil a veces.

—¿Tanques? —repitió Samsa despistado.

—Hay un montón. De los que llevan cañones y ametralladoras. —Dicho lo cual, señaló con el dedo el *bulto* en la bata de Samsa—. Tu cañón también debe de ser impresionante, pero los de ahí fuera son mucho más grandes, duros y bestias. Ojalá tu familia regrese sana y salva. No sabes exactamente adónde ha ido, ¿verdad?

Samsa negó con la cabeza. No, no lo sabía.

—¿No podré volver a verte? —se atrevió a preguntarle.

La chica giró lentamente el cuello y lo miró con suspicacia.

—¿Acaso quieres verme de nuevo?

—Sí, me gustaría.

—¿Con el pito levantado de esa manera?

Samsa volvió a mirarse el bulto.

—No sé cómo explicarlo, pero creo que no tiene nada que ver con mis sentimientos. Debe de ser un problema del corazón.

—Mmm… —murmuró ella admirada—, « un problema del corazón» . ¡Vaya opinión interesante! Es la primera vez que oigo algo así.

—Es que es superior a mí.

—¿Quieres decir que no está relacionado con follar?

—No pienso en follar. En serio.

—Entonces, lo de que el pito crezca y se endurezca de ese modo, aparte de por pensar en follar, también se debe simplemente al corazón. ¿Es eso lo que quieres decirme, en definitiva?

Samsa asintió con la cabeza.

—¿Lo juras por Dios? —insistió la muchacha.

—Dios —dijo Samsa. Ese vocablo tampoco le sonaba. Guardó silencio.

La chica negó con la cabeza, resignada. Entonces volvió a contorsionarse hacia todos lados para recolocarse el sujetador.

—Bueno, lo de Dios no tiene importancia. Al fin y al cabo, seguro que hace días que se marchó de Praga. Debía de tener un asunto muy importante que atender. Así que olvidémonos de él.

—Entonces, ¿volveré a verte? —repitió Samsa.

La muchacha arqueó una ceja. E hizo un gesto como si divisase un paisaje lejano cubierto de neblina.

—Te he preguntado si te gustaría verme de nuevo.

Samsa asintió.

—¿Para qué?

—Para charlar con calma.

—¿De qué, por ejemplo? —preguntó ella.

—De distintas cosas. Muchas.

—¿Sólo para hablar?

—Hay un montón de cosas que querría preguntarte —dijo Samsa.

—¿Sobre qué?

—Sobre los orígenes del mundo. Sobre ti. Sobre mí.

Ella se quedó pensativa un instante.

—¿Seguro que lo que quieres no es metérmela por ahí?

—No, no es eso —afirmó Samsa categóricamente—. Solamente tengo la sensación de que hay muchas cosas que debo hablar contigo. De los tanques, de Dios, de los sujetadores, de las cerraduras.

Se hizo un profundo silencio. Se oyó el ruido de alguien que pasaba por delante de la casa arrastrando lo que parecía una carreta. Era un ruido en cierto modo aciago y opresivo.

—¿Qué quieres que te diga? —dijo la muchacha negando con la cabeza

despacio. Su voz, en cambio, era ahora más cálida—. Tú has nacido en una cuna demasiado buena para mí. A tus padres tampoco les hará gracia que su amado hijo salga con una muchacha como yo. Además, ahora mismo la ciudad está atestada de tanques y soldados extranjeros. Nadie sabe cómo serán las cosas, qué sucederá de ahora en adelante.

Samsa, obviamente, tampoco sabía qué sucedería de ahora en adelante. Y es que no se trataba sólo del futuro, pues apenas comprendía nada del presente o el pasado. Ni siquiera sabía cómo vestirse.

—De todas formas, creo que dentro de unos días volveré a pasarme por aquí —dijo ella—. Con la cerradura. Si se arregla, vendré a traerla, y si no puede arreglarse, a devolverla. Además, tengo que cobrar el servicio a domicilio, claro. Si ese día estás en casa, podremos vernos. Aunque no sé si seré capaz de charlar con tranquilidad sobre los orígenes del mundo. Pero, en todo caso, creo que será mejor que ocultes el bulto delante de tus padres. En el mundo de la gente normal y corriente, no está bien visto andar exhibiéndolo por ahí.

Samsa asintió. En realidad, no sabía cómo ocultarlo adecuadamente a los ojos de los demás, pero ya lo pensaría más tarde.

—La verdad es que resulta curioso… —dijo pensativa la chica—. Todavía hay gente a quien, a pesar de que el mundo está resquebrajándose, le preocupa una cerradura rota, gente que pide que se la arreglemos como es debido. Bien pensado, es raro, ¿no te parece? Pero quizá sea positivo. Tal vez incluso correcto, contra toda lógica. Puede que la gente mantenga de algún modo la cordura, aunque el mundo esté rompiéndose ahora mismo, gracias a conservar en perfecto estado minucias como éstas. —La muchacha volvió a torcer el cuello para mirar a Samsa a la cara. Una de sus cejas se alzaba en pico—. Por cierto —continuó—, quizá me meta donde no me llaman, pero ¿para qué se usaba hasta ahora esa habitación de la primera planta? ¿Por qué se molestaron tanto tus padres en ponerle una cerradura tan recia a un cuarto sin amueblar, y por qué les preocupará que se haya roto? ¿Y para qué habrán clavado esos listones en la ventana? ¿Acaso había algo encerrado?

Samsa se quedó callado. ¿Por qué lo habrían encerrado en aquella habitación?

—Bah, seguramente no sirva de nada preguntártelo a ti —dijo la muchacha—. Es hora de irme. Si tardo, mi familia se preocupará. Reza por mí, para que consiga cruzar las calles sana y salva. Para que los soldados se apiaden de una desgraciada jorobada. Para que no haya entre ellos ningún depravado al que le gusten las desviaciones. Que para joder, ya tienen suficiente con la ciudad.

—Rezaré por ti —dijo Samsa, aunque todavía no había logrado comprender qué significaban las palabras «desviaciones» o «rezar».

A continuación, con el cuerpo doblado en dos, la chica alzó aquel bolso pesado y salió por la puerta.

—¿Volveré a verte? —preguntó de nuevo Samsa, y por última vez.

—Si constantemente deseas ver a una persona, seguro que un día acabarás viéndola —dijo la muchacha, ahora con un ligero tono de amabilidad.

—¡Ten cuidado con los pájaros! —gritó Gregor Samsa en dirección a la espalda encorvada de la chica.

Ella se dio la vuelta y asintió. Parecía que sus labios fruncidos habían esbozado una débil sonrisa.

Samsa observó por entre las cortinas cómo la cerrajera se alejaba por las calles empedradas con el cuerpo echado hacia delante. Su manera de andar resultaba torpe a primera vista, pero era rápida y no cometía fallos. A sus ojos, cada uno de los gestos de la muchacha tenía encanto. Parecía un girino desplazándose con fluidez por la superficie acuática. Aquel modo de andar resultaba, a todas luces, mucho más lógico y natural que el caminar inestable a dos patas.

Un rato después de que su figura hubiera desaparecido de la vista, el órgano sexual de Samsa volvió a encogerse y ponerse flácido. De pronto, el ardiente *bulto* había desaparecido. Ahora colgaba entre sus piernas, tranquilo y desvalido como un fruto inofensivo. El par de testículos también reposaba dentro de sus bolsas. Samsa se ciñó bien el cinturón de la bata, tomó asiento en una silla del comedor y se tomó los restos fríos de café.

La gente que había estado allí se había marchado a alguna parte. No sabía cómo eran, pero quizá fuesen su familia. De repente, por algún motivo, se habían ido, sin más. Y tal vez no regresaran nunca. El mundo estaba resquebrajándose, pero Gregor Samsa ignoraba qué significaba eso. No tenía ni idea. Los soldados extranjeros, los puntos de control, los tanques… Todo se hallaba envuelto en un halo de misterio.

Lo único que sabía es que deseaba ver una vez más a aquella chica jorobada. Deseaba *intensamente* verla. Quería estar a solas con ella y poder charlar tranquilamente. Quería ir desvelando poco a poco con ella los misterios del mundo. Quería observar desde distintos ángulos cómo se contorsionaba en todas las dimensiones para ajustarse el sujetador. Y, si era posible, quería tocar su cuerpo aquí y allá. Quería sentir directamente el tacto y el calor de su piel en las yemas de los dedos. Y probar a subir y bajar, uno detrás del otro, escaleras de todo el mundo.

Al pensar en ella y recordar su imagen, sintió una suave calidez en el pecho. Y poco a poco comenzó a alegrarse de no haberse convertido en pez o girasol. No cabía duda de que andar a dos patas, vestirse, comer valiéndose de cuchillo y tenedor era muy pesado. Había demasiadas cosas que aprender en este mundo. Pero de haber sido un pez o un girasol, y no un ser humano, ¿habría notado esa misteriosa calidez en el corazón? Eso es lo que sentía.

Permaneció largo rato con los ojos cerrados. Saboreó a solas, serenamente, el calor, como si se hallara junto a una hoguera. Luego, animado, se levantó, asió el bastón negro y se encaminó a la escalera. Una vez más subiría a la primera planta e intentaría aprender a vestirse correctamente. Eso era, de momento, lo que tenía que hacer.

Porque este mundo aguardaba a que él se instruyera.

Hombres sin mujeres

El timbre del teléfono me despierta pasada la una de la madrugada. Una llamada telefónica en plena noche siempre resulta violenta. Es como si alguien intentase destruir el mundo valiéndose de una brutal pieza metálica. Como miembro del género humano, tengo la obligación de acallarlo. Así que me levanto de la cama, voy a la salita de estar y descuelgo el auricular.

Una voz grave de hombre me da un aviso: una mujer ha desaparecido para siempre de este mundo. La voz pertenece al marido de la mujer. Por lo menos así se presentó. Y me dijo algo: «Mi mujer se suicidó el miércoles de la semana pasada y, en cualquier caso, pensé que debía comunicárselo»; eso me dijo. *En cualquier caso.* Su tono me pareció desprovisto de todo sentimiento. Daba la impresión de que dictara un texto para un telegrama. Apenas había silencios entre palabra y palabra. Un aviso puro y duro. La verdad sin ornamentos. Punto.

¿Qué respondí yo? Debí de decirle algo, pero no recuerdo qué. De todas formas, se hizo un silencio. Un silencio como si cada uno nos asomásemos a un extremo de un hondo agujero abierto en el medio de una carretera. Luego él colgó, sin más ni más, sin haber añadido nada. Como si suavemente depositase una frágil obra de arte en el suelo. Y yo me quedé allí plantado, con el teléfono en la mano, absurdamente. En camiseta blanca y bóxers azules.

No sé de qué me conocía. ¿Le habría dicho ella que yo era un «viejo amante»? ¿Para qué? ¿Y cómo es que tenía mi número, si no viene en la guía telefónica? Además, para empezar, *¿por qué yo?* ¿Por qué tuvo el marido que tomarse la molestia de llamarme e informarme de que ella había desaparecido para siempre? Me resulta difícil creer que ella se lo pidiera por escrito en el testamento. De nuestra relación hacía una eternidad. Y una vez rota, nunca volvimos a vernos. Ni siquiera a hablar por teléfono.

Pero, en fin, eso no tenía importancia. El asunto es que no me dio ni una sola explicación. Él creyó que tenía que informarme de que su mujer se había suicidado. Y en algún sitio consiguió el número de teléfono de mi casa. Pero no vio necesario informarme de nada más. Todo indica que su intención era dejarme en ese punto intermedio entre el conocimiento y la ignorancia. Pero ¿por qué? ¿Pretendería hacerme pensar en *algo*?

¿En qué?

No lo sé. El número de interrogantes sólo fue en aumento. Como un niño que estampa su sello de juguete sin ton ni son en su cuaderno.

Y es que ni siquiera tenía idea de por qué se había suicidado o cómo había puesto fin a su vida. Aunque hubiera querido averiguarlo, no habría podido. Desconozco dónde vivía y, ya puestos, ni siquiera sabía que se hubiera casado. Como es natural, tampoco sé su apellido de casada (el marido no me dijo su nombre por teléfono). ¿Cuánto tiempo había estado casada? ¿Había tenido hijos,

hijas?

No obstante, acepté sin más lo que el marido me había comunicado. No albergaba ninguna sospecha. Tras romper conmigo, ella siguió viviendo en este mundo, se enamoraría (probablemente) de alguien con quien luego se habría casado, y el miércoles de la semana pasada acabó con su vida por algún motivo, de algún modo. *En cualquier caso*. En la voz del marido había, sin duda, un vínculo profundo con el mundo de los muertos. En la quietud de la noche, fui capaz de sentir esa cruda conexión. Percibí la tirantez del hilo tensado y su agudo destello. En ese sentido, llamarme pasada la una de la madrugada —fuese o no su intención— era la opción correcta para él. A la una de la tarde seguramente no habría causado el mismo efecto.

Cuando por fin colgué el auricular y volví a la cama, mi mujer estaba despierta.

—¿Quién ha llamado? ¿Se ha muerto alguien? —preguntó ella.

—No, nadie. Se han confundido de número —contesté arrastrando las palabras, con voz somnolienta.

Pero ella, por supuesto, no me creyó. Porque incluso en mi tono se percibía un atisbo de muerte. La conmoción que provoca una muerte reciente es altamente contagiosa. Se transforma en un temblorcillo que se propaga por la línea telefónica, deforma el eco de las palabras y hace que el mundo se sincronice con su vibración. Mi esposa, con todo, no añadió nada. Estábamos acostados a oscuras, cada uno pensando en sus cosas, con el oído pendiente de aquella quietud.

De modo que aquélla era la tercera mujer que elegía la vía del suicidio de entre todas con quienes había salido. Bien pensado…, no, no, tampoco hace falta pensarlo tanto, pues la verdad es que es una tasa de mortandad considerable. Apenas puedo creerlo. Porque tampoco he salido con tantas mujeres. Me cuesta entender cómo pueden ir quitándose la vida, una tras otra, siendo tan jóvenes. Ojalá no sea culpa mía. Ojalá no me vea implicado. Ojalá ellas no me tomen como testigo o cronista. Lo deseo de veras, de corazón. Además…, ¿cómo expresarlo?.., ella —la tercera (dado que me resulta incómodo no nombrarla de algún modo, he decidido llamarla provisionalmente M)— no era, en absoluto, una persona con rasgos suicidas. Y es que a M siempre la vigilaban y protegían todos los marineros fornidos del mundo.

No puedo explicar con detalle qué clase de mujer era, dónde y cuándo nos conocimos ni las cosas que hacía. Lamentándolo mucho, aclarar ciertos aspectos me causaría diversos problemas en la vida real. Posiblemente se generarían unas molestias que afectarían a personas (todavía) vivas de su entorno. Así que sólo puedo decir que mantuve una relación muy íntima con ella durante una época,

pero que un buen día sucedió algo y nos separamos.

A decir verdad, creo que conocí a M cuando tenía catorce años. En realidad no fue así, pero aquí lo daré por hecho. Nos conocimos en el colegio a los catorce años. Debió de ser en clase de biología. Estaban hablándonos sobre los amonites, los celacantos o algo por el estilo. Ella estaba sentada en el pupitre de al lado. Yo le dije: « ¿Podrías pasarme la goma, si tienes? Es que he olvidado la mía» , y ella partió su goma de borrar en dos y me dio un pedazo. Sonriendo. Y, literalmente, en ese mismo instante tuve un flechazo. Ella era la chica más guapa que jamás había visto. O eso pensaba yo entonces. Así es como quiero ver a M. Quiero imaginar que nos encontramos por primera vez en un aula. Por la abrumadora y subrepticia intermediación de los amonites, los celacantos o lo que quiera que fuese. Y es que al imaginarlo así, muchas cosas encajan a la perfección.

A los catorce años, yo estaba sano como un producto recién fabricado y, por consiguiente, cada vez que soplaba el cálido viento de poniente tenía una erección. Al fin y al cabo, estaba en la edad. Pero con ella no me empalmaba. Porque ella superaba con creces a todos los vientos de poniente. Bueno, y no sólo a los de poniente: era tan maravillosa que anulaba cualquier viento que soplase desde cualquier dirección. ¿Cómo iba a tener una sucia erección delante de una chica tan perfecta? Era la primera vez en mi vida que me encontraba con una chica que provocaba en mí tal sensación.

Siento que ése fue mi primer encuentro con M. En realidad no fue así, pero si lo pienso de esa manera, todo cobra sentido. Yo tenía catorce años y ella también. Para nosotros fue la edad del encuentro perfecto. Así fue como *de verdad* debimos conocernos.

Pero luego M desaparece de pronto. ¿Adónde habrá ido? La pierdo de vista. Algo ocurre y, en el preciso instante en que miro hacia otro lado, ella se va sin más ni más. Cuando me percato, ya no está, aunque un rato antes se encontraba ahí. Quizá algún astuto marino la haya engatusado y se la haya llevado a Marsella o a Costa de Marfil. Mi desesperación es más profunda que cualquier océano que hayan podido surcar. Más profunda que cualquier mar, guarida de calamares gigantes y dragones marinos. Me aborrezco. Ya no creo en nada. ¡Cómo es posible! ¡Con lo que me gustaba M! ¡Con el cariño que le tenía! ¡Con lo que la necesitaba! ¿Por qué tuve que mirar hacia otro lado?

Pero, por el contrario, desde entonces M está en todas partes. Puedo verla en cualquier sitio. Sigue ahí, y la veo en distintos lugares, en distintos momentos, en distintas personas. Me doy cuenta. Yo metí la mitad de la goma de borrar en una bolsa de plástico y la llevé siempre conmigo. Como una especie de talismán. Como una brújula que marca el rumbo. Si la llevaba en el bolsillo, algún día encontraría a M en un rincón del planeta. Estaba convencido. Lo único que ocurría era que se había dejado engañar por las sofisticadas lisonjas de un marinero que la embarcó en un gran buque y se la llevó a tierras remotas.

Porque ella era una chica que siempre procuraba creer en algo. Una persona que no titubeaba a la hora de partir una goma en dos y ofrecerte la mitad.

Intento obtener siquiera algún retazo de ella en distintos lugares, a través de distintas personas. Pero, por supuesto, no son más que fragmentos. Un fragmento es un fragmento, por muchos que se reúnan. El núcleo de M siempre me rehúye, como un espejismo. Y el horizonte es infinito. Tanto en la tierra como en el mar. Yo sigo desplazándome incansablemente tras ella. Hasta Bombay, Ciudad del Cabo, Reikiavik y las Bahamas. Recorro todas las ciudades portuarias. Pero cuando llego, ella ya se ha esfumado. En la cama deshecha permanece todavía el tenue calor de su cuerpo. El fular con adornos de espirales que llevaba cuelga del respaldo de la silla. Hay un libro sobre la mesa, abierto boca abajo. Unas medias algo húmedas se secan en el lavabo. Pero ella ya no está. Los pesados de los marineros del mundo intuyen mi presencia y se la llevan a toda prisa a otro lugar, la esconden. Yo, claro, ya no tengo catorce años. Estoy más moreno y más curtido. Llevo barba y he aprendido la diferencia entre un símil y una metáfora. Pero cierta parte de mí todavía tiene aquella edad. Y esa parte eterna de mí que es mi yo de catorce años espera con paciencia a que un suave viento de poniente acaricie mi sexo virgen. Allí donde sople ese viento, allí estará M.

Ésa es M para mí.

Ella no es amiga de permanecer en un sitio.

Pero tampoco es de las que se quitan la vida.

Ni siquiera yo sé qué pretendo al contar todo esto. Supongo que intento escribir sobre la esencia de algo irreal. Pero escribir sobre la esencia de algo irreal se asemeja a quedar con alguien en la cara oculta de la Luna. Está oscuro y no hay señales. Encima, es vastísima. Lo que quiero decir es que M era la chica de quien *debí enamorarme* cuando tenía catorce años. Pero en realidad fue mucho más tarde cuando me enamoré de ella y, para entonces, ella (por desgracia) ya no tenía catorce años. Nos equivocamos en el momento de conocernos. Como quien confunde el día de una cita. La hora y el lugar eran correctos. Pero no la fecha.

En M, sin embargo, todavía vivía aquella niña de catorce años. Yacía dentro de ella en su totalidad —no de manera parcial—. Si yo aguzaba bien la vista, podía vislumbrar su figura, que iba y venía dentro de M. Cuando hacíamos el amor, a veces envejecía espantosamente entre mis brazos y otras se transformaba en niña. Siempre transitaba de ese modo por su propio tiempo personal. Me gustaba esa faceta suya. En esos momentos yo la abrazaba con todas mis fuerzas, hasta hacerle daño. Quizá hiciese demasiada fuerza. Pero no podía evitarlo, porque no quería entregársela a nadie.

No obstante, llegó de nuevo el día en que volví a perderla. Y es que todos los

marineros del mundo van tras ella. Solo, soy incapaz de protegerla. Cualquiera tiene un despiste en algún momento. Necesito dormir, ir al baño. Incluso limpiar la bañera. Picar cebollas y quitar las hebras a las judías. Necesito revisar la presión de los neumáticos del coche. Así fue como nos alejamos. Es decir, ella se fue distanciando de mí. Detrás, claro, se hallaba la sombra infalible de los marineros. Una densa sombra que trepaba sin ayuda de nadie por los muros de los edificios. La bañera, las cebollas y la presión del aire no eran más que fragmentos de una metáfora que esa sombra se dedicaba a esparcir como quien esparce chinchetas por el suelo.

Seguro que nadie imagina cuánto sufrí, lo hondo que caí cuando ella se marchó. No, es imposible que alguien se haga una idea. Porque ni siquiera yo logro recordarlo. ¿Cuánto habré sufrido? ¿Cuánto me dolió el alma? Ojalá existiera en el mundo una máquina que midiese fácilmente y con precisión la tristeza. Así podría expresarlo en cifras. Una máquina semejante jamás cabría en la palma de la mano. Eso pienso cada vez que mido la presión de los neumáticos.

Y al final ella murió. Me enteré gracias al telefonazo en plena noche. Ignoro el lugar, los medios, el motivo y el objetivo, pero el caso es que M estaba decidida a quitarse la vida, y eso hizo. Se retiró de este mundo real tranquilamente (quizá). Aunque yo pudiese disponer de todos los marineros del mundo y de todas sus sofisticadas lisonjas, ya nunca podré rescatarla —ni siquiera raptarla— de las profundidades del más allá. Si a medianoche escuchas con atención, es posible que tú también percibas a lo lejos el canto fúnebre de los marineros.

Además, tengo la impresión de que, debido a su muerte, he perdido para siempre a mi yo de catorce años. Esa parte ha sido arrancada de cuajo de mi vida, como el número retirado del uniforme de un equipo de béisbol. La han depositado en una robusta caja fuerte con una compleja cerradura y arrojado al fondo del océano. Tal vez la puerta no se abra en mil millones de años. Los amonites y celacantos la vigilan en silencio. El espléndido viento de poniente ya ha dejado de soplar. Todos los marineros del mundo lamentan de corazón su muerte. Así como todos los antimarineros del mundo.

Cuando me enteré de la muerte de M, me sentí el segundo hombre más solo del planeta. El primero, sin duda, es su marido. Le cedo la plaza. No sé qué clase de persona será. No dispongo de ninguna información sobre su edad, a qué se dedica o a qué no se dedica. Lo único que conozco de él es que su voz es grave. Pero el hecho de que tenga la voz grave no me da ningún dato concreto sobre él. ¿Será un marinero? ¿O quizá alguien al que no le gustan los marineros? Si fuese de estos segundos, tendría en mí un aliado. Si fuese de los primeros… aun así

contaría con mi solidaridad. Ojalá pudiese hacer algo por él.

Pero no tengo manera de acercarme al que un día fue el marido de M. No sé su nombre ni dónde vive. Quizá haya perdido también el nombre y el lugar. Después de todo, es el hombre más solo del planeta. En pleno paseo, me siento delante de la estatua de un unicornio (la ruta que siempre hago pasa por un parque con una estatua de un unicornio) y, mientras observo una fresca fuente, pienso en él. Intento imaginar qué se siente al ser el hombre más solo del mundo. Yo ya sé qué se siente al ser el segundo hombre más solo del mundo. Pero todavía ignoro qué se siente siendo el hombre más solo del planeta. Entre la segunda y la primera soledad discurre un hondo abismo. Quizá. No es que solamente sea hondo, sino que además tiene una anchura espantosa. Tanto que desde el fondo se eleva una alta montaña formada por los restos de los pájaros muertos que, incapaces de franquearlo de extremo a extremo, cayeron extenuados en pleno vuelo.

Un buen día, de repente, te conviertes en un hombre sin mujer. Ese día sobreviene de repente, sin mediar el menor indicio o aviso, sin corazonadas ni presentimientos, sin llamar a la puerta y sin carraspeos. Al doblar la esquina, te das cuenta de que ya *estás* allí. Y no puedes dar marcha atrás. Una vez que doblas la esquina, se convierte en tu único mundo. En ese mundo pasan a decir que eres uno de esos « hombres sin mujeres» . En un plural gélido.

Sólo los hombres sin mujeres saben cuán doloroso es, cuánto se sufre por ser un hombre sin mujer. Por perder ese espléndido viento de poniente. Por que te arrebaten eternamente los catorce años (la eternidad debe de andar alrededor de los mil millones de años). Por escuchar a lo lejos el lánguido y doloroso canto de los marineros. Por hundirte en el oscuro fondo marino con los amonites y los celacantos. Por llamar a alguien por teléfono pasada la una de la madrugada. Por recibir una llamada telefónica de alguien pasada la una de la madrugada. Por citarte con un desconocido en un punto intermedio al azar entre el conocimiento y la ignorancia. Por derramar lágrimas sobre el pavimento seco mientras mides la presión de los neumáticos del coche.

El caso es que, para mis adentros, ruego delante de la estatua del unicornio que algún día el marido levante cabeza. Pido que, sin olvidarse de lo que realmente importa —eso que por mera casualidad llamamos « esencia» —, logre borrar de la memoria la mayoría de los hechos secundarios. Ojalá se olvide incluso de que los ha olvidado. Lo deseo de corazón. ¿A que resulta increíble que el segundo hombre más solo del mundo tenga consideración y ruegue por el hombre más completamente solo del mundo (al que ni siquiera conoce en persona)?

Pero ¿por qué se tomaría la molestia de telefonearme? No es por criticarlo; simplemente aún hoy sigo preguntándomelo de manera pura o, por decirlo así, primordial. ¿De qué me conocía? ¿Por qué se preocupaba por mí? Seguramente

tenga fácil respuesta: porque M le habló de mí o le contó *algo* de mí. Es lo único que se me ocurre. No tengo ni idea de qué pudo contarle. ¿Qué clase de valor o sentido había en mí, un antiguo amante, que fuese digno de contarse (y sobre todo a su marido)? ¿Será algo fundamental relacionado con su muerte? ¿Habrá arrojado su muerte una especie de sombra sobre mi ser? Tal vez le contara a su marido que mis genitales son bonitos. Cuando estábamos en la cama, pasado el mediodía, solía contemplar mi pene. Lo sostenía con cuidado en la palma de la mano como si admirase una antigua joya incrustada en una corona real hindú. « Es precioso» , me decía. Aunque yo no sabía si hablaba en serio.

¿Fue ése el motivo por el que el marido de M me llamó por teléfono, pasada la una de la madrugada? ¿Para presentar sus respetos a mi pene? Es imposible. Carece de sentido. Además, mi pene, se mire por donde se mire, no tiene nada de especial. Siendo objetivos, es normal y corriente. Ahora que lo recuerdo, fueron muchas las veces en que puse en duda el sentido de la estética de M. Y es que ella tenía unos criterios raros, muy diferentes a los del resto de la gente.

¿No será (no me queda más remedio que imaginar) que le contó que me había dado media goma cuando íbamos a clase? Como una mera anécdota de lo más inocente, sin malicia ni segundas intenciones. Pero el marido, como cabe suponer, se puso celoso. Lo de haberme dado aquella goma debió de provocarle unos celos *mucho* más feroces que si M se hubiera acostado con tantos marineros como caben en dos autobuses. ¿No es natural? ¿Qué más dan dos autobuses repletos de fornidos marineros? Después de todo, M y yo teníamos catorce años y yo por esa época me empalmaba con que apenas soplase el viento de poniente. Quién es capaz de prever las consecuencias que pueden derivarse del hecho de partir una goma nueva por la mitad y darle un pedazo a semejante individuo. Es como ofrecer una docena de vetustos graneros a un gran tornado.

Desde entonces, cada vez que paso por delante de la estatua del unicornio me siento allí un rato y reflexiono sobre la cuestión de los hombres sin mujeres. ¿Por qué justo allí? ¿Por qué un unicornio? Tal vez el unicornio también sea miembro del grupo de los hombres sin mujeres. Porque, hasta ahora, nunca he visto una *pareja* de unicornios. Él —no hay duda de que es *él*— siempre está solo, alzando con ímpetu su afilado cuerno hacia el cielo. Tal vez, como representante de los hombres sin mujeres, debamos erigirlo en símbolo de la soledad que llevamos a nuestras espaldas. Tal vez deberíamos desfilar en silencio por las calles del mundo luciendo chapas con forma de unicornio en el pecho y la gorra. Sin música, sin banderas, sin confeti. Quizá (abuso de la palabra quizá. Quizá).

Convertirse en un hombre sin mujer es muy sencillo: basta con amar locamente a una mujer y que luego ella se marche a alguna parte. En la mayoría de los casos (como bien sabrás), son taimados marineros quienes se las

llevan. Las seducen con su labia y las embarcan deprisa hacia Marsella o Costa de Marfil. Prácticamente nada podemos hacer frente a ello. También es posible que ellas mismas acaben quitándose la vida, sin haberse relacionado con ningún marinero. Frente a eso tampoco podemos hacer nada. Ni siquiera los marineros pueden.

Sea como fuere, así es como te conviertes en un *hombre sin mujer.* Todo sucede en un abrir y cerrar de ojos. Y una vez convertido en hombre sin mujer, el color de la soledad va tiñendo hasta lo más hondo de tu cuerpo. Como una mancha de vino que se derrama sobre una alfombra de tonos claros. No importa cuán amplios sean tus conocimientos en labores domésticas, porque eliminar esa mancha será una tarea terriblemente ardua. Quizá el color se vuelva desvaído con el tiempo, pero probablemente la mancha permanecerá hasta que exhales el último suspiro. Es una mancha cualificada y, como tal, también tendrá su derecho a manifestarse en público de vez en cuando. No te quedará más remedio que vivir con la suave transición de su color y con su contorno polisémico.

En ese mundo, todo suena de distinta manera. La forma de tener sed es distinta. El modo en que el pelo crece es distinto. La manera de atenderte de los empleados de Starbucks es distinta. Los solos de Clifford Brown también suenan distintos. La puerta del metro se abre de manera distinta. Incluso la distancia que hay caminando desde Omotesando hasta Aoyama-itcho-me es bastante distinta. Aunque más tarde conozcas a otra mujer, y por muy estupenda que ésta sea (de hecho, cuanto más estupenda, peor), empiezas a pensar que la perderás desde el mismo instante en que la conoces. La sombra evocadora de los marineros, el timbre de las lenguas extranjeras en sus bocas (¿griego?, ¿estonio?, ¿tagalo?) te pondrán nervioso. Todos los nombres exóticos de los puertos del mundo te harán temblar. Porque ya sabes qué se siente al ser un hombre sin mujer. Tú eres una alfombra persa de tonos claros, y la soledad, la mancha del Burdeos que nunca se eliminará. La soledad la traen de Francia, y el dolor de la herida, de Oriente. Para los hombres sin mujeres, el mundo es una mezcolanza vasta e intensa, es la otra cara de la Luna en su totalidad.

Estuve saliendo con M unos dos años. No es un periodo demasiado largo. Pero fueron dos años intensos. Sólo dos años, podría haber dicho. O también durante un periodo de dos años. Naturalmente, es cuestión de perspectiva. Aunque haya dicho que *estuve saliendo,* solamente nos veíamos dos o tres veces al mes. Ella tenía sus asuntos, y yo, los míos. Además, por desgracia ya no teníamos catorce años. Esos diversos asuntos acabaron echándonos a perder. Justo en el momento en que yo la abrazaba con fuerza y le juraba que nunca me alejaría de ella. La densa y oscura sombra de los marineros desparramaba las puntiagudas chinchetas de la metáfora.

Lo que mejor recuerdo de M es que le encantaba la música « de ascensor» . Esa clase de música que suele sonar en los ascensores, como Percy Faith, Mantovani, Raymond Lefèvre, Frank Chacksfield, Francis Lai, 101 Strings, Paul Mauriat o Billy Vaughn. Su afición por ese tipo de música inocua (así la califico yo) estaba predestinada. Un conjunto de cuerda sumamente fluido y elegante, unos vientos de madera que asoman con dulzura, metales asordinados, los acordes de un arpa que acarician suavemente el corazón. Una melodía encantadora que jamás se derrumba; una armonía que deja buen sabor de boca, como un caramelo; una grabación con su justa medida de eco.

Cuando voy conduciendo solo, suelo escuchar rock o blues. Derek and the Dominos, Otis Redding, los Doors, etcétera. Pero M *jamás* me dejaba poner esa clase de música. Siempre traía media docena de casetes de música de ascensor en una bolsa de papel, que ponía desde el primero hasta el último. Nos subíamos al coche e íbamos de aquí para allá prácticamente sin rumbo fijo, mientras ella movía en silencio los labios al ritmo de *13 jours en France* de Francis Lai. Unos labios sexys y maravillosos pintados de carmín claro. El caso es que tenía miles de casetes de música de ascensor. Y vastísimos conocimientos sobre música inocua de todo el mundo. Tantos que podría abrir un « museo de la música de ascensor» .

Cuando hacíamos el amor pasaba lo mismo: de fondo siempre sonaba aquella música de ascensor. ¿Cuántas veces oiría *A Summer Place* de Percy Faith mientras la estrechaba entre mis brazos? Aunque me avergüence confesarlo, aún hoy me excito si escucho ese tema. Se me acelera un poco el pulso y me ruborizo. Si alguien buscase en el mundo a un hombre que se excite sexualmente al escuchar la *intro* de *A Summer Place* de Percy Faith, probablemente yo sería el único. No, no es cierto: es posible que a su marido le suceda lo mismo. Cedámosle, en cualquier caso, ese espacio. Si alguien buscase en el mundo entero a un hombre que se excite sexualmente al escuchar la *intro* de *A Summer Place* de Percy Faith (incluyéndome a mí), probablemente seríamos los dos únicos. Digámoslo así. Así está mejor.

Espacio.

—Me gusta esta música —me dijo M en cierta ocasión— sobre todo porque es una cuestión de espacio.

—¿Una cuestión de espacio?

—Me refiero a que al escucharla me siento como si estuviese en un amplio espacio vacío. Es amplio de verdad, no hay divisiones. Ni techo ni paredes. Y en él no hace falta que piense en nada, ni que diga o haga nada. Simplemente basta con estar ahí. No tengo más que cerrar los ojos y dejarme llevar por el bello sonido de las cuerdas. No existen las migrañas, ni la sensibilidad al frío, ni la regla o las ovulaciones. Allí todo es solamente bello, apacible y sin estorbos. No te

piden *nada más*.

—¿Como si estuvieras en el Paraíso?

—Eso es —dijo M—. En el Paraíso seguro que suena de fondo música de Percy Faith. Oye, ¿me acaricias más la espalda?

—Claro. Por supuesto —dije.

—Se te da de maravilla.

Henry Mancini y yo nos miramos sin que ella se diese cuenta. Sonriendo ligeramente.

Como es natural, también he perdido la música de ascensor. Eso pienso cada vez que voy conduciendo solo. Mientras espero a que cambie el semáforo, me pregunto si no habrá alguna chica desconocida que abra de golpe la puerta, se suba al asiento de al lado y, sin decir ni una palabra, sin mirarme siquiera, me haga el favor de meter a la fuerza en el reproductor del coche una cinta con *13 jours en France*. Incluso lo he soñado. Pero esas cosas, claro, no suceden. Para empezar, ya no tengo un aparato capaz de reproducir casetes. Ahora, cuando conduzco y quiero escuchar música, conecto el iPod con un cable USB. Y, por supuesto, no tiene canciones de Francis Lai, ni 101 Strings, sino de Gorillaz o Black Eyed Peas.

En eso consiste perder a una mujer. Y en ocasiones perder a una mujer supone perderlas a todas. Así es como nos convertimos en hombres sin mujeres. Al mismo tiempo perdemos a Percy Faith, Francis Lai y 101 Strings. Perdemos los amonites y los celacantos. Nos quedamos, naturalmente, sin su encantadora espalda. Yo solía acariciarle la espalda a M con la palma de la mano al ritmo del dulce compás ternario del *Moon River* de Henry Mancini. *My huckleberry friend*. Lo que nos aguarda al otro lado del meandro… Pero todo eso acabó desapareciendo. Sólo quedó un trozo de una vieja goma de borrar y la elegía de los marineros que se oye a lo lejos. Y, por supuesto, el unicornio que, solitario, alza su cuerno hacia el cielo al lado de la fuente.

Me gustaría que ahora M estuviese en el Paraíso —o en algún lugar semejante—, escuchando *A Summer Place*. Ojalá esa amplia música sin divisiones la envuelva suavemente. Espero que no esté sonando Jefferson Airplane ni nada por el estilo (no creo que Dios sea tan cruel. Al menos eso espero). Y ojalá de vez en cuando se acuerde de mí, al escuchar el *pizzicato* de los violines de *A Summer Place*. Pero tampoco pido tanto. Aunque sea sin mí, ruego para que M viva feliz y tranquila junto con su imperecedera música de ascensor.

Como uno más de los hombres sin mujeres, lo ruego de corazón. Parece que lo único que puedo hacer es rogar. Por ahora. Quizá.



HARUKI MURAKAMI (Kyoto, Japón el 19 de enero de 1949). Es uno de los pocos autores japoneses que ha dado el salto de escritor de culto a autor de prestigio y grandes ventas tanto en su país como en el exterior.

Vivió la mayor parte de su juventud en Kōbe. Su padre era hijo de un sacerdote budista. Su madre, hija de un comerciante de Osaka. Ambos enseñaban literatura japonesa.

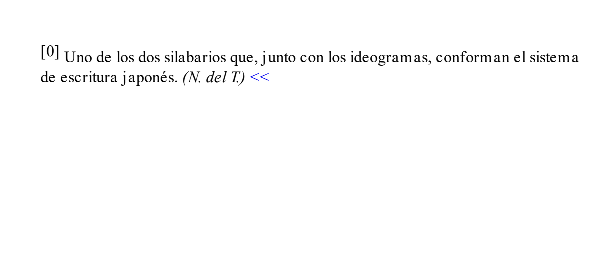
Estudió literatura y teatro griegos en la Universidad de Waseda (Soudai), en donde conoció a su esposa, Yoko. Su primer trabajo fue en una tienda de discos. Antes de terminar sus estudios, Murakami abrió el bar de jazz Peter Cat en Tokio, que funcionó entre 1974 y 1982.

En 1986, con el enorme éxito de su novela *Norwegian Wood*, abandonó Japón para vivir en Europa y América, pero regresó a Japón en 1995 tras el terremoto de Kōbe, donde pasó su infancia, y el ataque de gas sarín que la secta Aum Shinrikyo («La Verdad Suprema») perpetró en el metro de Tokio. Más tarde Murakami escribiría sobre ambos sucesos.

La ficción de Murakami, que a menudo es tachada de literatura pop por las autoridades literarias japonesas, es humorística y surreal, y al mismo tiempo refleja la soledad y el ansia de amor en un modo que conmueve a lectores tanto orientales como occidentales. Dibuja un mundo de oscilaciones permanentes, entre lo real y lo onírico, entre el gozo y la obscuridad, que ha seducido a Occidente. Cabe destacar la influencia de los autores que ha traducido, como

Raymond Carver, F. Scott Fitzgerald o John Irving, a los que considera sus maestros. Es un defensor de la cultura popular. Le encantan las series de televisión, las películas de terror, las novelas de detectives, la ropa de sport, las canciones pop…, ya que todo ello le sirve como nexo con los lectores. Muchas de sus novelas tienen además temas y títulos referidos a una canción en particular, como *Dance, Dance, Dance* (The Dells), *Norwegian Wood* (The Beatles), entre otras. Murakami, también es un aguerrido corredor y triatleta. Sale a practicar todos los días, lo cual lo conserva en muy buena forma para su edad. A pesar de que comenzó a correr a una edad relativamente tardía (33 años) ya ha completado varios maratones. Mientras la gente va a Hawai de vacaciones, él va a correr y a trabajar.

Notas



[0] Uno de los dos silabarios que, junto con los ideogramas, conforman el sistema de escritura japonés. *(N. del T.)* <<

[1] La más septentrional de las cuatro islas principales que forman el archipiélago japonés. *(N. del T.)* <<

[2] En Japón los vehículos circulan por el carril izquierdo. *(N. del T.)* <<

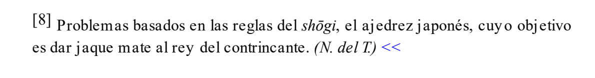
[3] El nombre Kafuku se compone de dos ideogramas que significan respectivamente «casa» o «familia», y «fortuna». *(N. del T.)* <<

[4] Periodo comprendido entre 1867 y 1902. *(N. del T.)* <<

[5] Región que comprende las prefecturas de Shiga, Kioto, Osaka, Hyōgo, Nara y Wakayama. En toda esta área se habla el dialecto de Kansai, conocido en japonés como *kansai-ben. (N. del T.)* <<

[6] Los dos ideogramas con que se escribe el apellido Kitaru significan «madera», «árbol» y «barril». *(N. del T.)* <<

[7] En Japón, se llama *rōnin*, al igual que a los antiguos samuráis errantes sin señor al que servir, a los estudiantes que no han aprobado el examen de ingreso a la universidad o, pese a aprobarlo, no han obtenido suficiente nota para cursar la carrera que desean y se preparan a fin de aprobar o mejorar su nota en futuras convocatorias. *(N. del T.)* <<



[8] Problemas basados en las reglas del *shōgi*, el ajedrez japonés, cuyo objetivo es dar jaque mate al rey del contrincante. *(N. del T.)* <<

[9] Se refiere a la novela de Natsume Sōseki sobre un estudiante de la prefectura de Fukuoka que, terminado el instituto, se muda a la capital. *(N. del T.)* <<

[10] Referencia al *manzai*, una famosa fórmula cómica originada en Kansai que se basa en el juego entre un personaje que dice y hace cosas graciosas o disparatadas *(boke)* y otro que es el que impone el sentido común o corrige o reprende al primero *(tsukkomi)*. *(N. del T.)* <<

[11] Zona del centro de Tokio con algunos barrios que suelen asociarse a gente pudiente. *(N. del T.)* <<

[12] Antiguo nombre del parque de atracciones conocido desde 2003 como Tokyo Dome City Attractions. *(N. del T.)* <<

[13] Fideos de alforfón cocidos y servidos en caldo, fríos o calientes, normalmente con otros ingredientes. *(N. del T.)* <<

[14] Pastel de origen alemán muy popular en Japón hecho de finas capas de bizcocho con un agujero en el medio. *(N. del T.)* <<

[15] Kantō-daki es como se conoce habitualmente en la región de Kansai al *oden*, un plato hecho de diversos ingredientes (patata, nabo, huevo, alga konbu, pulpo, tofu, etcétera) cocidos en caldo y acompañados a menudo con mostaza japonesa. Existen diferencias entre los ingredientes usados y el modo de preparación en las dos regiones. *(N. del T.)* <<

[16] Guiso popular hecho de carne, patatas y otros ingredientes. *(N. del T.)* <<

[17] *Lateolabrax japonicus,* pescado de carne blanca. *(N. del T.)* <<

[18] Posada tradicional japonesa. *(N. del T.)* <<

[19] Referencia al conocido refrán japonés *Saru mo ki kara ochiru* («Los monos también se caen de los árboles»). *(N. del T.)* <<

[20] Otro de los nombres del poeta noble Fujiwara no Atsutada (906-943), que participó en la famosa antología *Hyakunin Isshu* con el poema de estilo *tanka* arriba mencionado. *(N. del T.)* <<

[21] Meseta de Izu. Lugar de gran actividad comercial y con numerosos complejos turísticos situado en la prefectura de Shizuoka. *(N. del T.)* <<

[22] En japonés, en ocasiones, los ideogramas pueden leerse de distintas maneras. En este caso, otra posible lectura de los dos ideogramas que forman el nombre de Kamita es Kanda, como un famoso barrio de Tokio. *(N. del T.)* <<

[23] Peinado típico de la era Edo, que suele verse en películas de samuráis y luchadores de sumo. *(N. del T.)* <<

[24] Corporación pública japonesa de radiotelevisión. *(N. del T.)* <<

[25] En japonés, *rōru kyabetsu.* Plato nipón con forma de paquetito que se prepara con carne picada y otros ingredientes que se cuecen envueltos en una hoja de repollo. *(N. del T.)* <<

[26] Los *business hotel* son hoteles de ciudad, muchas veces cerca de las estaciones, relativamente pequeños y con habitaciones a precios módicos; se llaman así porque los usan los hombres de negocios y empleados que viajan por motivos de trabajo. *(N. del T.)* <<